

Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas

SELECCIÓN DE ENSAYOS

GONZALO ZALDUMBIDE

GONZALO ZALDUMBIDE

SELECCIÓN DE ENSAYOS

COMISIÓN NACIONAL PERMANENTE DE CONMEMORACIONES
CÍVICAS

SELECCIÓN DE ENSAYOS

Edición:

Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas

Páez 552 y Carrión, esquina. Cuarto piso. Quito, Ecuador

dgreIcul@mrrree.gov.ec

Año 2003

Autor Gonzalo Zaldumbide.

Introducción: Galo René Pérez.

Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas

Miembros:

Dr. Juan Leoro Almeida, Presidente (e)

Tte. Coronel Edison Narváez, Representante de la FF.AA

Dr. Juan Paz y Miño, Representante del Ministerio de Educación

Lcdo. Raúl Pazmiño, Representante de la Casa de la Cultura Ecuatoriana

Dr. Galo René Pérez, Representante de la Academia Ecuatoriana de la

Lengua

Dr. Manuel de Guzmán P. Representante de la Academia Nacional De

Historia

Ec. Fabiola Cuvi Ortiz ,Instituto Ecuatoriano de Investigaciones de la Mujer

Leda, María José Vásquez Ríos, Secretaria

Tiraje

1000 ejemplares

Impresión, portada y diagramación:

Producción Gráfica

José maría Guerrero N. 60-14 1

Telf. 2 593 348

Quito

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

PRESENTACIÓN

Ilustre ecuatoriano, nace el 25 de diciembre de 1882 en la ciudad de Quito, pero sus bases formativas las recibe en Francia. Esa experiencia estuvo reforzada por su profesión diplomática, ejercida con brillantez en varias naciones del mundo.

Gonzalo Zaldumbide, aparte de su vastísima cultura, muestra en su estilo la profundidad del pensamiento y conocimiento de la lengua. La fuerza de sus frases se ve diáfananamente plasmada en sus ensayos. Ensayista y observador de los hechos sociales y políticos, Zaldumbide permite evidenciar en sus escritos una manifestación suprema del culto de la frase, pero no por ello deja en sitio subalterno su penetración de crítico, especialmente en los temas de Juan Bautista Aguirre y Me- dardo Ángel Silva.

Esto lo confirman los estudios que hace sobre Rodó y Barbusse y especialmente sobre Montalvo. Este doble carácter, basado en su dual forma de vida: la de diplomático viajero y la de “hombre sencillo”, lo sume en una profunda soledad, la misma que la vive especialmente en Pimán, al norte del Ecuador, y lugar de inspiración de su novela. Ella es muestra de las mejores dentro del modernismo. Valgan como ejemplo estas líneas de “Egloga Trágica” la aludida novela:

“Nunca me hallé así, de pronto, a solas con la noche enorme, ni más a solas conmigo mismo. En las ciudades insomnes, noctámbulo extraviado por bares lívidos y febriles antros de placer; andando con falsos amigos en busca de falsa alegría, nunca vi en mi desvelo profano, la extenuante solemnidad de los cielos, ni la gravedad del mundo con nuestras vidas, bajo la mirada de las estrellas...”

Juan Leoro Almeida
Presidente (e) de la Comisión Nacional
Permanente de Conmemoraciones Cívicas

GONZALO ZALDUMBIDE
(1884 -1966)

Hijo del poeta romántico Julio Zaldumbide. Nació en la ciudad de Quito. Aquí mismo cursó la enseñanza media y parte de la universitaria. Fue tempranamente requerido por el servicio diplomático de este país. Por eso vivió muchos años lejos, en naciones europeas y latinoamericanas. El consideraba tal ocupación como cosa nefasta para su vocación literaria, pues que las consabidas nimiedades oficinescas y sociales interfirieron el desarrollo de sus libros. En su ancianidad, singularmente lúcida, buscó el reposo del tranquilo medio nativo para recoger y revisar la páginas dispersas que había venido escribiendo a lo largo de Su peregrinación extranjera, y así dirigió la publicación de su novela “Egloga Trágica”, aparecida fragmentariamente en los años juveniles, y de dos volúmenes antológicos de sus ensayos y crónicas.

A Zaldumbide se lo estima tanto en nuestra América como en España. El estilo de su prosa tiene validez dentro de las amplias fronteras del idioma castellano. Y seguirá teniéndola porque no es de esas cosas desmoronadizas que no resisten a la embestida plural de los cambios. Al contrario, hay en él un equilibrio de lenguaje y de ideas que es su fuerza, su soporte duradero. Porque Zaldumbide escribió siempre, desde su iniciación hasta su senectud, con una percepción clara de lo que debe ser esencialmente la literatura.

Tal virtud no es frecuente en la incontenible aventura que corren las letras de nuestro tiempo. Muy pocos averiguan cuál tiene que ser su responsabilidad de escritores en medio de la creciente densidad de las multitudes literarias de nuestro siglo. Fenómeno sin duda ingrato, parece que hemos llegado —parodiando la expresión de Ortega— al escritor-masa. Los estímulos de la cultura han precipitado el nacimiento de millares de páginas impresas. Hay un cínico abuso de la palabra escrita. Lo que alguna vez fue apostolado singular ha degenerado en oficio de muchos, aun de los parias de la inteligencia. Y los vicios de las ocupaciones menos nobles han prendido también en esta manía papelera. Todo afán repugnante y toda ruín maquinación han entrado como en campo abierto en los dominios de la literatura. Se necesita un buen sentido de orientación para no errar en la elección de los frutos. Para saber encontrar la joya confundida entre los abalorios. Y se necesita, por cierto, una dimensión superior, una personalidad muy firme y muy rica de méritos para dejarse advertir entre esa multitud vocinglera.

La literatura hispanoamericana ha ido colocando en una posición visible sólo a contadas figuras, quizás las verdaderas. Ellas destacan sobre la parda mediocridad. Y justamente Gonzalo Zaldumbide se muestra en ese grupo representativo de la cultura continental. Podrán ser disparejos los criterios que se expongan en torno de sus libros, pero difícilmente se quebrantará la unanimidad del elogio sobre las condiciones de gran hablante de nuestra lengua que hay en aquel autor. La dignidad de su estilo es harto notable para que se pretenda discutirla. Ella procede del caudal ideativo como de la gracia natural del vocablo. Es decir de una inspiración de veras profunda e inteligente. Una carta conservaba Zaldumbide. Era de uno de los más ilustres ensayistas de nuestro continente, don Alfonso Reyes. Allí le decía éste que lo admiraba como a “una de las cabezas más cabales” de la América española. Y en decir eso no había ni hipérbole ni lisonja interesada y fementida.

Poseía Zaldumbide una innata virtud de esteta frente a la palabras. Por eso escogió, aun en sus lecturas tempranas, las obras en las que no se echa de menos el encanto del estilo. Llevó su afán de selección al máximo rigor, en una como aristocracia del gusto que no admitía contemporizaciones. Sentía repulsión por el desaseo de la frase y por cualquier plebeyez en los medios de persuasión. Había tanto de cosa radical en sus exigencias, que pocos autores le colmaban de veras de satisfacción. A pesar de todos los encomios de su hermosa crítica sobre Montalvo, más de una vez —en el grupo de sus íntimos— confesaba cierto desdén por el estilo montalvino. Parecía mostrar desestima semejante por lo de Unamuno y lo de Azorín. Acaso la prosa de Valle-Inclán ejercía sobre él un sugestión más poderosa. Todo eso tiene su explicación. La magia dannunziana le había arrebatado desde la juventud. Se acercó a ella con deleite e interés crítico. Para disfrutarla al mismo tiempo que para analizarla. Vio que aquello coincidía con su ritmo de pensar y de decir. Con la rotación de sus ideas y de sus palabras. Asimismo se dio cuenta de que en nuestra América estaba sonando la hora del Modernismo. Se sintió reclamado. Se incorporó al discipulado arielista. Precisamente su primer trabajo de algún aliento fue una exégesis de “Ariel”. El continente vivía la apoteosis de Rodó y de Darío. Esto es la gloria de estilo. El triunfo de los selecto. Los ultrajes a la materialidad y a las asperezas de los vulgar. Buen momento para acordar su voz acompasada con la del grupo. Gonzalo Zaldumbide se hizo también modernista. Lo fue en muchos aspectos. Y habrá que considerar siempre su nombre dentro de aquel movimiento hispanoamericano. Esa es su ubicación correcta. Odió, con sentimiento rodosiano, las imperfecciones de la democracia. Creía en efecto en la aristocracia del talento. Le seducía, por otra parte, nuestra vieja tradición latina, por la que batallaban Darío, Rodó y sus seguidores. 1-lizo entrar en la fluencia de su habla —como lo hicieron también aquellos— la gracia de ciertos giros galicados. Pero siempre respetando y exaltando y ennobleciendo el rico decir castellano.

Su parentesco mas cercano en la prosa crítica hay que encontrarlo en el maestro uruguayo. Se parece a José Enrique Rodó en la perspicacia del juicio. En el equilibrio de las ideas. En la vigilada composición de la forma. Su alma consonaba sin duda con la de Rodó. Allí están los antecedentes que permitieron la jerarquía impar de su obra acerca de la producción rodoisana, estimada como una de las mejores que se han escrito con aquel tema. Fue pues Gonzalo Zaldumbide figura destacada de las promociones modernistas de este continente. Sus trabajos principales fueron: “En elogio de Henri Barbusse”; “La evolución de Gabriel d’Annunzio”; “Cuatro grandes clásicos americanos: Rodé, Montalvo, Gaspar de Villaroel, J.B. Aguirre” y la novela “Egloga Trágica”.

Zaldumbide escribió “Egloga Trágica” entre fines de 1910 y 1911, en la hacienda de Pimán, al norte del Ecuador, tras seis años de ausencia vividos en Francia. Fue, así, la narración poemática de sus impresiones del regreso a los campos queridos de la heredad paterna, en donde se desenvuelven conflictos de sabor romántico. Se arman estos mediante un triángulo amoroso formado por el protagonista — Segismundo-, su tío Juan José y su prima Marta. Los tres sienten encenderse en su aislada interioridad una pasión que no se atreven a confesar a nadie, ni se la confiesan entre sí, y cuya desazón, que les envuelve secretamente, halla hacia el final de la novela una solución trágica: el suicidio de Marta.

Van sucediéndose, ligadas más bien por una corriente de sostenida emoción lírica y por una atmósfera de reflexiones de buena filosofía, algunas escenas en las que el protagonista observa la vida de la gente sencilla de la hacienda y el variado y pluricolor paisaje campesino que le rodea, de montañas, páramos, valles, ríos y lagos. Una parte del valor de la narración descansa en la maestría de la prosa, y otra, muy esencial, en los cuadros fieles de la existencia del indio. Se debe aclarar, sobre este respecto, que no hay en “Egloga Trágica” los arduos problemas sociales que trajo después la novela indigenista (particularmente la de Jorge Icaza); pero no por eso se omiten escenas sombrías de los ilotas del cam-

po, cuyo único bien es la resignación, “especie de triste felicidad, felicidad de los infelices que ignoran, callan y pasan”.

Zaldumbide no deseó tal vez, no lo intentó sin duda, expandir su notoriedad de escritor al auxilio de “Egloga Trágica”. La compuso más bien como desahogo de emociones, de frescas incitaciones dialécticas, de inquietudes de imperioso orden estético. Esa obra venía a ser como una demostración que se hacía a sí mismo de sus aptitudes de novelista. Por eso la mantuvo inédita e intocada durante medio siglo, y al cabo de ese tiempo la publicó sin alteraciones de contenido, ni de estructura, ni de forma siquiera. La primera edición se debió a los requerimientos del autor de esta líneas. Apareció en 1956, con su introducción explicativa, en la imprenta de la Universidad Central, de Quito.

En el género del ensayo fue, en cambio, donde Zaldumbide concentró su vocación de escritor, con legítimas resonancias internacionales. Le placía expresarse en una prosa de amplitud afilosophada, de sutilezas conceptuales, de penetraciones analíticas — sobre todo en el juicio literario-, y de eficaces atributos idiomáticos. También le gustaba trazar descripciones ricas de una poesía esencial y cristalina. Amaba la claridad, en el pensamiento y en la frase. Ella le era como un hábito de indispensable pureza espiritual.

Su estilo sobre Juan Bautista Aguirre, gran figura del gongorismo ecuatoriano, llegó a ser de la más evidente utilidad. Zaldumbide rescató a ese poeta, ignorado o preterido durante casi dos siglos, de su aislamiento y olvido. Poco después realizó un empeño semejante, en la Argentina, el profesor Tomás Carilla. Y ahora, por la difusión acaso mayor de las páginas de éste, los estudiosos de las letras de Hispanoamérica toman sus referencias y no las de Zaldumbide, que tienen no únicamente el mérito de la antelación, sino el de un juicio mas amplio y comprensivo.

A Gaspar de Villarroel, brillante prosador ecuatoriano del siglo XVI 1, le consagró también un ensayo extenso, de exégesis, comentarios y evaluación crítica. Otro, aun mayor, a Juan Montal

yo, con una admirable virtud de iluminación de lo teológico — antecedentes familiares, sociales, políticos, culturales- de la rica producción montalvina, y con una bien gobernada apreciación biográfica y literaria. Otro, de estructura similar, al maestro de “Ariel”, José Enrique Rodó, Y otros, bastante anteriores a los estudios y apólogos que se han publicado en Europa y América, los destiné a D’Annunzio y Barvusse. En esas páginas se dejan ver los atributos de una cultura celosamente descantada y la airosa marcha de un crítico honrado y sagaz. Figura de la más elevada jerarquía intelectual es la del autor de esta Selección de Ensayos.

GALO RENE PEREZ

(De “Montalvo”)

Sobre el más ilustre de los escritores ecuatorianos nada se ha escrito comparable al estupendo, insuperable ensayo que José Enrique Rodó compuso en hora, rara en él, de nostalgia y como de resarcimiento.

Imperecedero más que de piedra y bronce, aquel elogio estatuario, América lo reputa como el mejor monumento “a la gloria del hijo de Ambato”

Incólume a las veleidades de la opinión y las épocas, ahí se está ese soberbio trozo inmaculado de las canteras del idioma. Nada puedo en honor a la memoria de Montalvo, como no sea encarecer la lectura de esas páginas supremas del maestro uruguayo.

Datos biográficos de Montalvo, iré trazando los esenciales a la apreciación de su destino y de su obra. Seguiremos a grandes pasos sus grandes libros. Le mostraremos sucesivamente en su primer aspecto de viajero romántico y sentimental, el menos estudiado; en su aspecto tradicional de luchador político; de ensayista y escritor a filosofado; de imitador de Cervantes y creador de un nuevo Don Quijote; libelista airado y gigantesco caricaturista; de polemista cortés; de cronista sonriente; de moralista acompasado y grave; y en fin y a través de todo, de hablista y prosador insigne.

Y como en este escritor tan personal, la vida y la obra se entrelazan, se reflejan, se asemejan y se unifican, se verá fácilmente surgir, del estudio más impersonal, su figura entera. El escritor y el hombre llegaron a compenetrarse, a identificarse de tal suerte que no sólo inseparables son, sino indiscernibles; aun las flaquezas del hombre, y como mortal las tuvo, refluyen en la transfiguración del artista: ambos forman un patético ejemplar de genio y de infortunio, como los que solía celebrar él mismo, en sus héroes de predilección. A través de su obra se le adivina, se le ve vivir; y no porque vaya contándonos, con indiscreta confianza de protagonista romántico, sus personalidades. El acento de su convicción, el aliento de su pasión, la entereza de su actitud, revelando están que vienen de lo hondo.

Y puesto que nuestros países son tan análogos en condiciones y vicisitudes, bien puede afirmarse que nada de los que caracteriza a Montalvo les es extraño. En la presente individualidad de este americano por excelencia, americano por entero, bien pueden remirarse sin mezquindad veinte patrias.

Nació Juan Montalvo el 13 de abril de 1832 en Ambato, pequeña ciudad recatada en el regazo de los Andes ecuatorianos.

Hacia 1853 comenzó en Quito sus escauceos, a la manera de un buen discípulo romántico.

Su genio no fue propiamente de los más precoces, ni su forma de espíritu malcontento se presentaba con gracia de devaneo juveniles. Naturaleza poética, sensible al encanto vigoroso de la belleza romántica, Montalvo amó juvenilmente la poesía y a la Lamartine por sobre todos los poetas. Parecía sin embargo constitucionalmente negado para el verso; no adquirió el tacto para componerlos ni con la experiencia literaria más acendrada de la madurez, durante la cual reincidió más de una vez. Apenas si dos o tres estrofas de “La Juventud se va”, guardan uno que otro toque furtivo de la divina ciencia infusa, Podéis ver, en El Cosmopolita, una oda a don Andrés Bello: no la leáis, por favor, como poesía, mas leedla como prosa, poniendo mentalmente a renglón seguido esos versos de música desapacible y elocuencia enfática: veréis qué magnífica prosa... No terminó sus estudios universitarios. Pero realizó, hacia los 26 años, el sueño que inquietaba a todo hispanoamericano: ir a Europa. Los gobiernos de nuestras repúblicas, tan calumniados por la leyenda, tiene con frecuencia rasgos paternos para con los jóvenes algo cultivados cuya disposición promete frutos deseables. Fue así cómo Montalvo, habiéndose distinguido un tanto desde sus comienzos, fue enviado a Francia, de Adjunto a la Legación de su país. Ni siquiera fue menester que el plenipotenciario nombrado pudiese partir con él: retenido por motivos de política exterior, el jefe de misión —el mismo General Urbina contra quien Montalvo había de revolverse más tarde con tan airado talante- despachó de antemano a sus secretarios, no sin recordarles “lo que la tierra esperaba de ellos”.

Montalvo no escribió nunca un relato seguido de sus viajes; pero a cada vuelta de continuo vagabundear de su pensamiento, recurrió a sus recuerdos de lejanas tierras. Cobraba en ellos mayor autoridad para sus palabras y lecciones. No olvidemos cuánto tenía de maravilla inaudita el venirse, en su época, de tras los Andes a Europa...Montalvo, que creía en la fuerza educativa de los viajes — (quería enviar a García Moreno a Francia, para que ahí suavizara su ferocidad)- se llenó de enseñanzas que cautivaron para siempre su memoria y dieron un fondo de paisajes reales, una perspectiva verosímil, a sus ensimismadas contemplaciones de la historia. En su primera obra, la primera de importancia, y anunciadora ya de cuánto habían de ser las subsiguientes, verse brotar además de los dones congénitos del estilo, todos los gérmenes de aquel romanticismo que exaltó hasta el fin su espíritu de gran clásico. Pero de entre las múltiples fases de esta naturaleza genial, llamó más tempranamente la atención esa gallardía de viajador sentimental, de peregrino meditabundo, de “bárbaro” que defiende, al contacto de la civilización, no sin ingenua altivez, su nativa grandeza de alma y su pureza de afectos.

En llegando a Francia, su mayor empeño fue el de ver a Lamartine. No esperó a que nadie lo presentase al gran poeta, por entonces ya desdeñado entre los suyos. A los franceses que podían hallar algo excesivo en su entusiasmo por esa gloria ya pretérita, Montalvo se toma el cuidado de explicarles el sortilegio con que los poetas cautivan a la distancia la imaginación. Mas todos sabemos que Lamartine ejercía, de cerca como de lejos, sobre sus allegados, tanto como sobre desconocidos, su seducción sin igual. Huellas de la especie de éxtasis que su presencia suscitaba en sus admiradores, se ven en numerosos testimonios “Gran día en mi vida”, exclama Charles Alexandre en su libro de Souvenirs; “hoy he visto a Lamartine en su hogar”. Montalvo se acercó a verlo con parecida devoción. Lo halló, “inclinado en un sillón antiguo, con su cabeza medio emblanquecida, su mirada melancólica”. Lamartine debía de tener a la sazón cosa de 66 años, pero era todavía bello, sin duda con la belleza de expresión que la perenne frescura de su sensibilidad renovada sobre su rostro parco y enjuto. “Era lírico de la cabeza a los pies”, dice Alexandre. Leonardo de Vinci explica por ahí que lo interno repuja lo externo y que el alma modela el cuerpo.

Familiar y magnífico, el poeta recibió al extraño visitante a lo gran señor, y lo invitó a cazar en sus tierras...si lograba salvarlas de manos de sus acreedores. Montalvo nos cuenta de la invitación poniendo en su relato reflejos de la visión mágica que hacía esplender ante él la gloria de aquella amistad radiosa. “Que orgulloso me sentiría yo al lado de mi gran huésped escribe. “Me parecería al zorzal bajo la protección del águila, sería el pequeño mirto junto a la encina. El me ha preguntado cuál era mi edad; le he dicho que soy joven todavía. Pues bien, repuso —y Montalvo emplea para el diálogo imaginario el noble tutear homérico que cuadra a la circunstancia —pues bien, tanto mejor para que puedas correr por la pendiente en persecución del cervatillo...” Y Montalvo prosigue fantaseando: “Lamartine me esperaría al pie de algún antiguo tronco, rodeado de sus más viejos perros. A la hora del crepúsculo, solos, esperando la luna en alguna alameda silenciosa” me refería esas cosas vagas y encantadoras que sólo saben los poetas”.

Bien sabía Montalvo que todo ello quedaría en ilusión. “Lamartine perderá su viejo castillo, pensaba; no tendrá árboles a cuya sombra reposar”. El poeta debía estar repitiéndose por entonces, envejecido y más desencantado, sus versos. A la terre natale, compuestos cuando tembló por primera vez ante la perspectiva de tener que enajenar sus viejos campos de Milly. Montalvo pensó que el poeta, pródigo aún e inmaterial como un niño”, se quedaría sin techo para sus últimos días; y sabiendo que había abrigado siempre la idea de irse al Nuevo Mundo, no pudo resistir al deseo de invitarlo a su turno. “Qué feliz me encontraría yo siendo su guía en este largo viaje! ¡Qué feliz sería llevándolo conmigo! Allí vería tantas cosas dignas de él! Yo le haría realizar una navegación mitológica sobre el Daule; los altos tamarindos y las ananás se inclinarían a su paso. Subiríamos al Chimborazo, desde la cima de los Andes arrojaría él una mirada inmensa sobre esa América inmensa. Descenderíamos por el otro lado y luego nos encontraríamos en medio de esas llanuras, en donde tiembla la verde espiga. ¿Veis esos ancianos sauces que inclinan sus viejas cabezas, ya de un lado, ya de otro? Yo tengo ahí flores y laureles para ofrecer a mi gran huésped; yo lo llevaría a casa de mi padre; nos internaríamos juntos en el bosque de Ficoa, y avanzando nuestro camino, se sentiría él repentinamente inspirado del fuego divino, al poner sus ojos

sobre los poéticos lagos de Imbabura. Iríamos de valle en valle, sería recibido por todas partes con arcos de verdes ramas y flores. Los jóvenes agitarían en el aire sus banderas blancas: las jóvenes cantarían sus canciones más queridas, los viejos de cabellos canos, saldrían de sus cabañas preguntando: “¿Dónde está él? ¿cuál es él?” Todo ello tan hermoso como inverosímil.

Lamartine agradeció a Montalvo estas efusiones en bella carta: “He leído estas líneas y he amando la mano extranjera que las ha escrito. Si en mi patria se alimentaran sentimientos semejantes, yo no me vería obligado a repartir la sobra de mis árboles entre mis acreedores y mis deudos. La Francia, interrogada, ha respondido que yo muera. Pues bien, así será: moriré lejos de ella, a fin de que no tenga ni mis huesos”.

Sabemos todos cómo Lamartine ennoblecía del modo más natural los más triviales actos cotidianos, y ponía en la familiaridad de su conversación la sencilla majestad de los relatos homéricos o la grandeza de las imágenes bíblicas. Por ejemplo en su admirable carta al señor d’Esgrigny. Llevada por el aliento de su elocuencia espontánea, la tristeza romántica asume en él un aspecto de serenidad antigua, que la transfigura. Todos sabemos cuán pronta era su fantasía en ornar los avatares de su destino. El mismo día en que escribía el desprendido comentario al sublime y para él desgarrador poema a su tierra de Milly, leyó, en los diarios, que “la Puerta Otomana hacía una inmensa concesión de terreno en Asia al señor de Lamartine”. Era verdad; y ¡cómo magnificó aquel sueño, desplegándolo a distancia!

Y así como se vio ya de mago antiguo, hablando de Job y se Salomón en medio de la hospitalidad de Oriente, así, si alguna vez pensó en ir de veras a buscar en nuestra América un refugio donde envejecer y morir en paz, debió de haberse fabricado en imaginación una alma e inventándose una vida conforme a alguna lírica visión de estas comarcas para él algo fabulosas. Acaso, releendo la historia de América, se representó él mismo como uno de esos “civilizadores” cuyas vidas escribió en su declinar atareado y pobre. Bien pudo fingirse virrey magnánimo, o redentor de los indios, o libertador ardiente, o republico catoniano. Si el pobre grande hombre hubiera en verdad realizado ese viaje a América, cómo el Nuevo Continente, que ya lo amaba, lo habría acogido y hecho suyo, con un amor exclusivo, adoptándolo, dis-

putándolo al viejo mundo, al modo como Montalvo se lo disputaba a los franceses. “Lamartine”, le decía, “es más popular en América que entre vosotros. Nosotros lo amamos más. En mi país todos conocen a Lamartine: sus más bellas palabras se han puesto en boca de un pastor y yo me complacía en oírle cuando subía la colina en pos de su rebaño,.,

Los tiempos han cambiado; ahora pudiera venir a establecerse entre nosotros el mayor genio de Europa, que eso nos dejaría sin cuidado. Pero en la América sensitiva y soñadora de entonces, qué gran acontecimiento, el poeta cantor del amor. Fácil ironía sonreír de la ingenuidad de la invitación de Montalvo. Bien podemos nosotros hallar en todo ello una nobleza como de otra edad, una cándida belleza de leyenda.

ticos lagos de Imbabura. Iríamos de valle en valle, sería recibido por todas partes con arcos de verdes ramas ‘y flores. Los jóvenes agitarían en el aire sus banderas blancas; las jóvenes cantarían sus canciones más queridas, los viejos de cabellos canos, saldrían de sus cabañas preguntando: “¿Dónde está él? ¿cuál es él?” Todo ello tan hermoso como inverosímil.

Lamartine agradeció a Montalvo estas efusiones en bella carta: “He leído estas líneas y he amando la mano extranjera que las ha escrito. Si en mi patria se alimentaran sentimientos semejantes, yo no me vería obligado a repartir la sobra de mis árboles entre mis acreedores y mis deudos. La Francia, interrogada, ha respondido que yo muera. Pues bien, así será: moriré lejos de ella, a fin de que no tenga ni mis huesos”.

Sabemos todos cómo Lamartine ennoblecía del modo más natural los más triviales actos cotidianos, y ponía en la familiaridad de su conversación la sencilla majestad de los relatos homéricos o la grandeza de las imágenes bíblicas. Por ejemplo en su admirable carta al señor d’Esgrigny. Llevada por el aliento de su elocuencia espontánea, la tristeza romántica asume en él un aspecto de serenidad antigua, que la transfigura. Todos sabemos cuán pronta era su fantasía en ornar los avatares de su destino. El mismo día en que escribía el desprendido comentario al sublime y para él desgarrador poema a su tierra de Milly, leyó, en los diarios, que “la Puerta Otomana hacía una inmensa concesión de terreno en Asia al señor de Lamartine”. Era verdad; y ¡cómo magnificó aquel sueño, desplegándolo a distancia!

Y así como se vio ya de mago antiguo, hablando de Job y se Salomón en medio de la hospitalidad de Oriente, así, si alguna vez pensó en ir de veras a buscar en nuestra América un refugio donde envejecer y morir en paz, debió de haberse fabricado en imaginación una alma e inventándose una vida conforme a alguna lírica visión de estas comarcas para él algo fabulosas. Acaso, releendo la historia de América, se representó él mismo como uno de esos “civilizadores” cuyas vidas escribió en su declinar atareado y pobre. Bien pudo fingirse virrey magnánimo, o redentor de los indios, o libertador ardiente, o republico catoniano. Si el pobre grande hombre hubiera en verdad realizado ese viaje a América, cómo el Nuevo Continente, que ya lo amaba, lo habría acogido y hecho suyo, con un amor exclusivo, adoptándolo, dis-

putándolo al viejo mundo, al modo como Montalvo se lo disputaba a los franceses. “Lamartine”, le decía, “es más popular en América que entre vosotros. Nosotros lo amamos más. En mi país todos conocen a Lamartine: sus más bellas palabras se han puesto en boca de un pastor y yo me complacía en oírle cuando subía la colina en pos de su rebaño,.,

Los tiempos han cambiado; ahora pudiera venir a establecerse entre nosotros el mayor genio de Europa, que eso nos dejaría sin cuidado. Pero en la América sensitiva y soñadora de entonces, qué gran acontecimiento, el poeta cantor del amor. Fácil ironía sonreír de la ingenuidad de la invitación de Montalvo. Bien podemos nosotros hallar en todo ello una nobleza como de otra edad, una cándida belleza de leyenda.

Fuera de estos goces del espíritu y los de la iniciación intelectual, Montalvo se plugo poco en París, al comienzo por lo menos; y lo confesaba: “Cuando estuve en París, siempre anhelé por algo que no fuese París”, decía. Tal vez no estaba sino desorientado. Pero se expresa como herido de nostalgia aguda. “Solo el que ha padecido este mal puede saber lo que ello es”, dice, y lo llama “enfermedad horrible”. “A ella están sujetos, observa, principalmente los hijos de las montañas, los escoceses, los suizos: ¿qué sucederá, pues, con los hijos de los Andes, los habitantes del Ecuador, el país más montuoso del mundo?” Y con un acento en que resuena el eco de antiguos sentimientos íntimos, Montalvo exclamaba: “Más de un vez se ha arrepentido el viajero de haberse alejado del hogar. En el fondo del corazón queda siempre algo que martiriza; porque al fin, estoy lejos de mi patria”. Cuenta a este propósito que “un salvaje de Haití, llevado a Francia, vio en el Jardín de Plantas de París, el árbol del pan, y con los brazos abiertos, abalanzóse a él, abrazóle, estrechóle, lloró a gritos y cayó exánime”. Este es, concluye, “el amor a la patria”. Rabia oído que a Olmedo le sucedió lo propio y no le pareció exagerado ese sentimiento. Y en ese mismo jardín de Plantas, adonde iba Montalvo con frecuencia, “a los leones y tigres de Bengala prefería los animales americanos” y “quien creyera, dice, el cóndor de los Andes rivaliza en mi afecto con el águila del Monte Athos; y si un gran gallo tanisario echaba por ahí su canto prolongado y melancólico, le prestaba el oído y el corazón con más placer que al rugido del tigre de Mauritania”.

Con esta disposición nostálgica, es fácil presa del tedio, y no acierta a defenderse. Echa de menos la limpidez del cielo, la igualdad de los días y las noches, la suavidad del aire y tantas como son “las cosas que”, según él, “deben hacemos muy adictos a esta porción del globo que nos señaló la Providencia y no locos o necios admiradores y ambiciosos

de las regiones en donde la naturaleza no sonríe sino una vez al alfo, y todo lo demás lo pasa gestuda y aburrida, feroz y enemiga del hombre”. Montalvo profesa, pues, esa especie de ingenuo orgullo geográfico bastante general entre nosotros. Pero prof salo sobre todo por lo que representa, a sus ojos, de cualidades de corazón. “Los puros aires de nuestros grandes montes”, dice, “conservan la pureza de nuestro espíritu”. Montalvo hacía residir en el sentimiento la superioridad del bárbaro sobre el civilizado, y entre bromas y veras compl cese en llamarse “el salvaje americano”. Como los Chactas entienden menos de engañar y de conversar, dice aplic ndoselo a sí mismo, “preciso es que entiendan más de sentir y de querer”. Y quiere preservarse. París le asusta. Se le aparecía, son sus palabras, “como una sirena: dice mucho a los ojos, mas su aliento emponzo a y acarrea la muerte. Figuraos una mujer bella de alma corrompida, una mujer hirviendo en ardides, filtros diabólicos y misteriosos de amor y brujería, una Circe”. Busca la soledad. El Luxemburgo es uno de los pocos rincones en que se halla a su sabor, en donde se refugia del bullicio y alegría que le hostigan. “Tiene eso de bueno”, dice, “reina en él una melancolía, un espíritu incierto, una cosa triste y vaga que le hace por extremo grato a quien en algo tiene esa influencia de lo misterioso. Sus dos cisnes fueron mis amigos...Todo era de mi genio”. Y recuerda que el autor de Atala, ya viejo, se agradaba de la sombra de esos árboles: “figur base tal vez andar poetizado todavía a orillas del Metchaseb , en el selvoso Nuevo Mundo, cuyo silencio y grandiosidad imprimen en el alma grande una imagen de la Soberana Esencia, creadora de las cosas”.

Una tarde en que sin duda esta “imagen de la Soberana Esencia” estaba más presente a su alma religiosa —pues si bien no muy ortodoxo quizá en el fondo, era un espíritu creyente como hay pocos (“alma religiosa y pensamiento heterodoxo”, dijo de él doña Emilia Pardo Bazán, causándole con ello gran satisfacción)- Montalvo det vose frente a una casa de “mediano parecer”, y pregunt  por Pierre Joseph Proudhon. El sentimiento que le guiaba esta vez no era de admiración, sino una especie de indignado espanto, de respeto medroso y lleno de reproches. Montalvo cultivaba en su interior, junto con la noción de la alta dignidad humana, y no sin grandilocuencia castellana, la veneración de lo divino, el acatamiento a la sublimidad de Dios. El Señor tenía para él toda la terrible majestad y el tonante aparatoso bíblicos. El

Encontró el país en discordia. Llegó enfermo. Inerme, instintivamente ajeno al sectarismo de los bandos, no tomó parte en la lucha; pero sintiéndose ya, por naturaleza, y a pesar de su juventud —tenía 28 años- censor y juez de la moral pública, dirigió al caudillo vencedor en la contienda una carta en que el tono puede más que las razones: alta y remirada, orgullosa y contenida, con ella Montalvo, para expresarlo mediante imagen que fuera de su gusto caballeroso, hizo su entrada airosa en la estacada. Hubo de abandonar el campo luego. No cabía justar con el déspota: el destierro, el calabozo, eran su réplica inmediata. Tuvo por fuerza que esperar tiempos propicios. En rincones agrestes, fueron los libros su refugio. Leyó mucho y bueno. Durante cuatro años maduraron en silencio, maduraron mejor por lo reprimidos, sus dones y sus cóleras: la magnífica abundancia con que irrumpieron y llenaron el país a la primera tregua, preparada fue en aquel silencio remordido, que acendrabá su fogosidad. De tiempo en tiempo iba a Quito. Allí, solaz de su ánimo, taciturno en sociedad como hecho ya a la soledad nemorosa, era el ir, las tardes, a la tertulia de don Julio Zaldumbide, que gustaba de airear su sombría filosofía de la vida con el trato de los espíritus más finos de la época. Parece que Montalvo prefería escuchar a dialogar, y antes que seguir de tema en tema la volubilidad de los contertulios, se ensimismaba o esperaba más bien el momento de salir, con su amigo Julio a pasear. Ambos eran románticos en el alma si bien clásicos en el respecto de la cultura y de la lengua. Nutridos de Ossian y de poesía vigorosa, iban, pues, Montalvo y su amigo, a oír los ecos de la tarde “en los prados silenciosos de los alrededores de Quito o sobre las verdes colinas que circundan la ciudad”. Iban sin duda en silencio comunicativo y unánime, y deleitába-

les embriagarse de la ¡limitaba poesía crepuscular. Pero tan blando y melancólico pasatiempo no les impedía concentrar su viril disgusto de la servidumbre en actitudes que luego hubieron de traducirse en protesta escrita y en acción. El primero en hablar fue el poeta filósofo. “Llamáosle cobarde”, escribe Montalvo, “por haber dado a luz ese escrito cuando García Moreno dejó el mando y se apeó de la presidencia de la República, sin fuerza ya para vengarse a su modo y a sus salvo.. .Pero sabe el mundo entero que reinando don Gabriel García la prensa ha estado con bozal, enmudecida, bien como el ladrón de casa sabe hacer con el fiel perro, para que de noche no haga ruido”. Y tras dos páginas de ironía vengadora, en defensa de Zaldumbide y de sí propio, pues no había tardado en sacar a luz El Cosmopolita, concluye que no había cobardía en callar y sí hubo valor en hablar tan pronto como fue posible. “García Moreno ha dejado el mando, es cierto”, decía; “pero con el mando no se le acaba su carácter ni los ímpetus de su genio son menos de temer: siempre es audaz, siempre arrojado, siempre poderoso de su persona, y según es lengua, diestro en el ejercicio de las armas. ¿Será de cobardes irritarle con la verdad y arrostrar su ira?. La cosa es clara, nadie que no esté firmemente resuelto, ni se sienta con ánimo de morir de su mano o matarle en propia y natural defensa, habrá de ir inconsideradamente a echarle el agraz en el ojo”. Montalvo prosiguió solo o casi solo la lucha. Este cuerpo a cuerpo con el “tirano”, decidió, puede decirse, de su destino de escritor y de hombre; imprimió carácter a su obra, rumbo a su vida, sello a su figura. La publicación de El Cosmopolita, que Montalvo hacía imprimir en gruesos cuadernos sucesivos, y lanzaba para impedir que cuajara de nuevo la candidatura de García Moreno a un nuevo período presidencial, lleva en sí el fallo de su fortuna. Frente a García Moreno, hombre para él fasto y nefasto, ya que ni la gloria ni el infortunio de Montalvo se conciben sin aquel coloso por derribar —alma y estilo cobran mayor relieve en el luchador; y en esta actitud pugnaz, su obra y su vida le esculpen prodigiosamente. La lucha airada contra aquel hombre vivo y efectivo, como más tarde la lucha despectiva contra Veintimilla, toman de su mismo carácter personalista, un nervio, un acicate extraordinario.

Cuando Montalvo atacaba en general los vicios y la corrupción de las costumbres, sus hermosas cóleras perdían un tanto de su briosa eficacia, como embotándose en el blanco fofo, anónimo y disperso de la multitud. En toda multitud hay dos clases de ignorancia: la una, **primitiva**, arcilla cándida e ingenua, dócil al toque del pulgar modelador; la otra, la de los semi letrados, suspicaz y cominera por dárseles de precavida. Esta última se alzó contra Montalvo. La falsa interpretación de sus palabras, la malintencionada sutileza, la taimada bobería; la hipócrita gazmoñería o la interesada santurronería, le obligaban a cada paso a la rectificación preventiva, a la explicación innecesaria, que eran rémora al discurso, donde éste podía soltar su vena cuan ancha era; y eran traba inoportuna y enfadosa, rara vez ocasión propicia a gallardos contraataques imprevistos.

No así cuando enemigos de carne y hueso le servían de elástico trampolín para esos atrevidos saltos a la hipérbole y a la bufonería, con que Montalvo solía libertarse del fastidio de discutir y se elevaba merced a su risa poderosa.

De esta risa poderosa, de este don libertador, Montalvo usará más tarde hasta el exceso, extremando su genio caricatural, a la manera, por ejemplo, de un León Daudet, que tanto se le parece en la cordialidad de la cólera y la sabrosura de la lengua henchida de jugos vitales. Sea que García Moreno le inspirase cierto respeto, sea que, joven aún, se sintiese menos acerbo, ello es que guste más por lo pronto, de dar a sus prosa polémica aquel entono señorial que todo lo alza a grande estima.

En *El Cosmopolita*, más y mejor que polemista, se muestra como una especie de orador grave y circunspecto. Abunda en materia por la que tenía tan singular miramiento, cual es la de las creencias religiosas. A nada parecía entregarse tan por entero como a la sublimidad de los pensamientos que dilatan una autoridad majestuosa en una atmósfera sobrecogida al soplo del misterio. La palabra divina, el dogma inescrutable, el alto destino del hombre y su mísera terrenidad, le infundían un respeto lleno de sibilina veneración. Y si tal cual clérigo suelto, o glotón cura de aldea, le regocijaba con sus patrañas, y si la ri-

sa le retozaba en el cuerpo al desbandar rebaños de beatas y frailes, en cambio, erguía el pecho y reclinaba la cabeza a modo de pontífice solemne tan luego como su pensamiento y sus palabras entraban en recinto consagrado a la virtud.

Los contemporáneos no se fijaron en este aspecto de Montalvo, que la posteridad irá poniendo en claro. Masón, hereje, blasfemo. impío, le decían, a él, cristiano a prueba. espíritu religioso, que acataba sacerdotalmente la penumbra de los santuarios.

No se puede menos de asombrarnos ahora cómo se pudo hacer piedra de escándalo con sus enseñanzas. Principalmente en materia de ideas e ideales políticos. Pues que fue en todo, la cordura y la medida mismas, aparte de los excesos de expresión. A punto que no parece sino que la confusión viniese de la mezcla o del contraste implícito que hacían su temperamento combativo, extremoso, pronto a airarse, y su inteligencia ponderada, equitativa, sagaz. Si su culto es el de los héroes, la moderación, el sufrimiento, consejos son que Montalvo repite con señalada insistencia. No de otro modo el puntilloso Don Quijote hace a cada paso elogio de la templanza. Nunca se aleja mucho de creer que en el término medio reside, si no siempre la virtud, por lo menos la solución más deseable por más conforme al llano buen sentido. En su moral ensalza, junto al heroísmo, virtudes opacas, humildes, vivificándolas al toque de su elocuencia. “Seamos como la albahaca”, dice.. .Su retórica no rehuye las fáciles insidias del lugar común:

triumfa en el desarrollo las fáciles insidias del lugar común: triunfa en el desarrollo de las máximas elementales de la sabiduría popular, y más cuando las reviste de la alba túnica cristiana. Por donde se echa de ver el influjo de su educación religiosa sobre su genio discordante. Yerran , pues. quienes siguen tomando a Montalvo por pensador heterodojo.

Ni heterodojo ni pensador cabe llamarlo en la genuina acepción de los términos. Si al discurrir soberanamente sobre toda cosa, asumió el oficio de pensador, y lo encumbró en el sentido de hombre que contempla y habla, poniendo en el tono, en el acento de sus escritos más que en sus razones, el ascendiente de la persuasión, jamás hizo Montalvo hincapié en doctrinas más o menos sistematizadas. Ni es su fuerte la dialéctica. No le preocupó nunca en demasía la trabazón lógica de los conceptos. sino el despliegue frondoso y libre de una ma-

tena ti-atada a grandes rasgos. Es de verle ensanchar el ademán. cuando explaya a su manera un razonamiento. A modo de castellano viejo que se emboza en su ancha capa y echa a andar con talante asegurado para que le abra paso la multitud ante la postura de su continente...así. clásico a la española, es decir, lo más profuso y lo menos lógico posible, su período se envuelve en amplios giros y avanza seguro de sí, sin premura ni camino prefijado. Aquel tan noble garbo y compostura, decoro de su persona al par que de su estilo, es quizás con su respeto a la virtud , su rasgo mas característico; y es, puede decirse, la expresión adecuada de su moral, sostenida como está por lo que Montalvo llama, con muy castiza arrogancia, la hombría de bien”, resorte caballeresco de temple superior al sentimiento de l’honneur, en que el orgullo estoico y solitario del Alfredo de Vigny, gran espíritu que en este aspecto se le parece, veía el único sostén de la moral en nuestra civilización. Pero Montalvo ni lo asienta como doctrina ni lo define como ideal. Trabaja como la naturaleza, que no conoce la línea recta; ni su invención es metódica; si bien nunca pierde su finalidad. Avanza siempre, Montalvo, mas serpenteado a capricho. Siempre su hablar donairoso; nunca ergotista y dialéctico. Persuasivo sin ser polémico, no ahinca nunca en “probar”. Discurre y sale tan campante. Tiene de Montaigne aquel irrompible ir y venir y tomar de una a otra cosa, aquel deambular despaciosos y al aparecer despreocupado por entre temas ligados en engarce apenas alusivo. Le sigue también en la perpetua erranza a través de ejemplo de Grecia y Roma, en la que el viejo gascón le sirve a menudo de guía. Mas siendo en Montalvo pasión del alma lo que en Montaigne diletantismo, no puede ir muy lejos el socorrido ejercicio de paralelo entre el escéptico indolente o indoloro y el convencido reivindicador. Nada más dispar. “La blanca almohada” no era para cabeza tan reverente del misterio, en lo religioso, tan pronta a la convicción y al impropio en lo político o lo personal.

Ese ondular de digresiones tras digresiones, ese divagar sin rumbo aparente, desconcierta al lector que va en busca de algo preciso, seduce al lector que lee por el placer de leer y se entrega al vaivén

o al orden disperso de los recuerdos, incidencias y concomitancias. Poco familiarizados con la lectura de Montalvo, don Juan Valera, por ejemplo, tratando de hallar un método o principio de composición donde ésta brilla por su ausencia, o un plan donde no le hay, para hablar luego de las ideas de Montalvo —en el prólogo con que se le había pedido que honrara la aparición de una obrilla póstuma de Montalvo- no acertó a decidir si aquellas páginas inéditas eran “apuntes desordenados que Montalvo tenía entre sus papeles”. O un “tratado cabal”, el octavo, añadible a los Siete. Tan pronto se inclinaba a creerlas mero esbozo o acopio de materiales para un tratado ulterior, como a calificarías de obra esotérica, acaso oscura por lo simbólica. “Confieso que ando a tientas por este dédalo o intrucando laberinto”, decía. “Lo simbólico la doctrina misteriosa, la enseñanza esotérica que puede haber en este tratado, son puntos que no escudriño yo, ni toco”, añadía sonriendo. “Tal vez no perciba yo lo más substancial que hay en el fondo de esta Geometría **Moral**; tal vez no logre yo tocar las raíces y me quede por las ramas”... Si quien tan límpidamente escribió sobre el Fausto se abstiene ahora de exégesis y no toca reconditeces, es que simplemente no ha lugar; y si no lo declara es porque el diplomático zahod sabía lisonjear el orgullo nacional, tan *ufano* de su Montalvo intocable, que acaso iba ya a alarmarse con los discreteos de su risueña ironía. Contentóse con llamarlo “el más complicado, el más raro, el más originalmente enrevesado e inaudito de todos los prosistas del siglo XIX,,. Pero bien sabía que nunca fue muy honda —ni para que?-la intención filosofante del escritor que anhelaba como al azar los flotantes hilos de su discurso, seguro de que concurrían a la impresión de conjunto. En cuanto ala mencionado Prólogo, entre razones y excusas para no escribirlo, nos dio Valera uno que, ni mejor le hubiera puesto escritor alguno de entonces, ni dejó, en su indecisión, punto importante por tocar Apuntó, como jugando, más de un atisbo feliz. En lo tocante a la Geometría, lo que hay en únicamente que Montalvo extremó ahí de casualidad aquel su acostumbrado holgar a la vera de cualquier sendero que se le cruzaba al paso y que le distraía como una alusión. La geometría aquella, que tanto inquietó a Valera, no es sino un elegante divagación sobre el amor. Parece en efecto un nuevo “tratado”, análogo a los otros siete, escrito paralelamente a

ellos, o inmediatamente antes o después del tratado De la belleza. En éste, acaso por correspondencia o conexión de asuntos, enseña con los mismos ejemplos, habla casi en los mismos términos de los mismos personajes que aparecieron luego en la Geometría. Lucen en el tratado De la belleza, trozos que están en la Geometría, que se quedaron en ésta sin duda por no haberle dado su autor la última mano para la imprenta; pues de otro modo no habría acaecido que Montalvo se repitiera casi con idénticas palabras. Por ejemplo, dice en **La Belleza**: “Feo fue el pobre Esopo: feo, refeo; feo donde más largamente se contiene: feo de más marca: esencia de feos: archifeo, feote, feísimo”. Y en la Geometría: “En cuanto a Esopo, ése si fue realmente feo, feo de más de marca, prototipo de feos, lo que se llama feo, refeo; feo en toda la extensión de la palabra y donde más largamente se contiene”. Y en uno y otro tratado aparecen asimismo Sócrates, Hudibrás, Duguesclin, etc., en parejas actitudes. Y abundantemente esos desfiles de augustas sombras, que Montalvo gustaba de desarrollar en teoría pausada, imponente, de aire grandioso: Julio César, Alejandro, Alcibíades, Napoleón, Dante, Petrarca, Alfieri, Byron, Goethe, cien más conquistadores invencibles de coronas o corazones, conquistados y vencidos aquí por el amor. Inferior quizás, para algunos, pero tan “tratado” como los otros, esta disertación es demasiado extensa y prolija para que se la juzgue mera copia de elementos destinados a un trabajo que no llegó a redactarse de verdad. Mas no sobremos decir si Montalvo no lo publicó por desconfianza o saciedad o desabrimiento, o si, hallándose a su gusto, lo reservó para aparición póstuma. De todos modos no se le puede tomar como lineamiento o bosquejo, a este nuevo derroche del mismo caudal de lengua y erudición peculiar, un tanto cuanto desordenado. Simple esbozo no es éste, que contiene bajorrelieves de tan ra ro vigor plástico en su ingenuidad, como el cuadro de Belcebú. el enorme perro bondadoso y tranquilo, que con sus tres jinetillos regocijados, forman un pedazo de friso, esculpido con gracias y fuerza singulares.

Bien está que se haya publicado, pues como dijo el mismo Valera al respecto, “nada de Montalvo debe quedar inédito”. Pero, ¿y aquel don Juan de flor? Se dirá. ¿Y aquellas cartas de mujeres? ¿Cómo es posible? Culpa de Montalvo no fue tanto, cuanto el gusto deplorable de sus lectores. ¿No gustaron éstos hasta el delirio,

las lágrimas, el contagio. de aquella exasperante **Carta de un Padre** joven? Montalvo reincidió, como cedió una vez más al prurito de melodrama, intercalado en su disertación sobre las desdichas y felicidades inherentes al misterio erótico que con tan “pugnantes llamas” encendía su imaginación, el episodio de “Safra”. y las venturas imaginarias de su Don Juan hiperbólico. Limitándose, deliberadamente, el elogio exacto y a la perspectiva de altura, prescindir no es posible, sin embargo, de anotar aquel persistente desvarío de Montalvo como novelador, y dramaturgo. No parece sino como que le obsediera en sus ratos perdidos ese personaje, falsamente misterioso, en el fondo absurdo, hecho de retazos de mal satisfecho orgullo amatorio y de violentos escorzas de la más sumaria psicología de teatro popular: escenas de ambigü declamadas en lengua culta que vuelve más pesados e inverosímiles los trances de la fanfarronería donjuanesca inútilmente complicada de escrúpulos morales. Si sorprende en el Montalvo escritor la supervivencia del tal regazo de mala literatura, menester será analizarla como indicio de su represado temperamento, en un examen inteligente de sus adentros. Valgan estos toques de sombra incierta para resalte del más verídico de sus futuros retratos. Fácil sería seguir el proceso de las sucesivas apariciones y encarnaciones fantásticas de este tipo de solitario, desde el Aguilar juvenil hasta el póstumo don Juan de Flor, pasando por este Herculano que vive rodeado de sombra, impenetrable en su caparazón de recónditas y silenciosas virtudes, que se enamora de la tal Safira de un modo extraño, y sin decirle lindos ojos tienes, le prueba su pasión en folletinescos percances: la niña va a ahogarse, él lleva imprevisto, se arroja al río, le rompe en pujante esguazo, la toma a ella por los cabellos, y la salva; se incendia la casa, va a arder la niña, él atraviesa incombustible las llamas, y la salva; los godos entran a saco el pueblo, van a violar a la doncella, él llega, mata a los violadores, y la salva intacta. Llega siempre, no se sabe de dónde. y por supuesto, en el momento supremo.

Los dramas de Montalvo, irrepresentables, apenas legibles en su grandilocuencia temeraria, tremebundos como sus nombres, La Leprosa, El Descomulgado, ofrecen también curiosos aspectos de esta como segunda naturaleza de Montalvo.

Si dejó páginas cargadas de falso énfasis patético, de candor

melodramático, la verdad es que, las aventuras medrosas y pasos sentimentales a que le condujo su fantasía de cuando en cuando tocada de aquel devaneo, no son las que se compaginan mejor con lo que en su obra parece llamado a definirlo por lo alto.

Deleznable al vuelo del tiempo, hay también páginas de circunstancias, a la cuales tan sólo el aliento imperecedero del estilo comunica todavía, aquí y allá, animación y movimiento; alegatos por causas ya ganadas, ya pasadas en autoridad de cosa juzgada. Es la suerte de esta clase de esfuerzos; la victoria que los consagra los deja atrás, abolidos, ya sin objeto. Todas las libertades que Montalvo pedía, conseguídamas habemos e incorporándolas a nuestros hábitos de vida pública y a nuestra formación mental, con todos sus excesos y, claro está, con todos sus desengaños. En el ritmo alterno de las generaciones, otras vendrán, llegan ya, que pedirán lo contrario, y volverán a sacrificar en aras de una autoridad fuerte y algo dogmática, ahítas de garrullería electoral y confusión demagógica. Mas no por eso el mérito de Montalvo consiste sólo en haber sido gran escritor. Preciso es considerarlo en estos mismos escritos con ojos retrospectivos. Fue un precursor. Y como casi todos los precursores, acaso habría perdido su fe al verla así realizada. El mejor de sus continuadores, el fiero y percuciente Gonzáles Prada, ¿no se refugiaba de sus “Horas de lucha”, a sutilizar “Minúsculas”? Aunque América decepciona, con todo, si tendiera Montalvo ahora una mirada que la abarcase, como aquella **Ojeada**, por ejemplo, que del recluso Quito de entonces, echó por sobre las fronteras, halagaríale el camino andado, si bien a tientas y a trompicones. Ya tanta sangre no corre.

Y lo que ha dado en llamarse americanismo va lentamente creando una especie de conciencia de su destino. ¿Quién no siente hoy, o por lo menos, quién no profesa el americanismo como expresión del sentir de toda una raza en todo un continente? Va siendo un lugar común, aun antes de clarificado su contenido. Pero en la época de Montalvo, la naciente solidaridad, despertada al soplo americanizante de la Independencia, volvió a dormirse en el aislamiento y hurañería

públicas más recelosas que fraternales. Tan sólo espíritus magnánimos descubrían desde su cima solitaria el porvenir indivisible y anhelaban por la unión preparatoria. Ninguno más que Montalvo. Y su americanismo es el de mejor ley: no teórico ni político, menos aún literario, busca inútil de imposible o pobre originalidad artificial; sino cordial sentido de unidad, de interés vivo por todas y cada una de sus partes, intuición de su profunda predestinación. Pocos son, y en modo alguno intencionales, sistemáticos, los toques de color o sabor americanos propiamente, en el estilo o en el pensamiento de este español de los mejores tiempos. Y nada le llenó de complacencia como este elogio cual el mayor para un americano que comprendía bien su abolengo en el mundo del espíritu y de la cultura. ¿Qué diría hoy de las ínfulas y conatos de los teorizantes, más arrogantes por más ignorantes, que a fuera de americanos crudos, profesan una especie de cómico menosprecio y sistemático apartamiento de la Europa madre y maestra, mientras exceptúan, eso va de suyo, a la asiática Rusia? “Ciudadano del mundo”, como el filósofo antiguo y el poeta moderno, gustaba Montalvo de proclamarse. ¿Habremos por eso de negarle la ciudadanía espiritual de americano? Le interesaba la suerte de la civilización, al mismo tiempo que miraba, y con pasión de sacrificio, por la suerte de su propia patria. Al ahogarse en ella, pedía espacio: he ahí todo.

Hora sería ya de hablar de su casticismo y, en detalle, de su estilo. Bien es cierto que todo es hablar de ello, en tratándose de Montalvo. Más a punto vendría, sin embargo, si mostrásemos todo el primor en los Siete Tratados y otros ensayos donde hizo mayor gala de riqueza sintáctica y lexicográfica. Digamos aquí tan sólo: que su purismo no fue intransigente ni momificante; que nunca trabó su lengua el temor paralizante del galicismo; que su arcaísmo no es obra de taracea. Bien cómo, en época de vigor, el castellano asimiló tanto italianismo que siguió siendo luego una elegancia clásica, así en manos de un escritor castizo cual Montalvo, toda libertad es legítima. Empero choca y disuena, en cultor tan remirado del idioma, su prontitud en querer adoptar aquella ortografía que sólo es prima de iletrados, y que, socapa de simplificación, desfigura el aspecto, profana el linaje, la gloria antigua de los vocablos. ¿Fue acaso por la esperanza de tener que luchar menos con los cajistas que le estropeaban sin cesar las pruebas? Vencido lite aún así.

Heredados de Montalvo, y de toda una generación de gramáticos y de puristas, sus contemporáneos y sucesores, aún se mantienen en el periodismo ecuatoriano, en la conversación familiar, en el parlamento, giros y modismos de la más genuina proveniencia clásica. Por muchos años no se conoció en la república otra crítica que la gramatical. De una acerbidad cruel, como casi siempre, estrecha y obcecada, dejó sin embargo implantado por largo tiempo un respeto saludable de la propiedad de las voces, sus correspondencias y más genialidades de la lengua. Han cesado aquellas doctas y feroces controversias gramaticales; han desaparecido los maestros: sobrenadan los vestigios de esa

elegancia anticuada.

La lectura de Montalvo volverá a dar a los escritos esa elegante familiaridad de giros, de torneos, de construcciones, no ya incrustados a la fuerza ni sacados, como con pinzas, del diccionario, sino vivificados, como en el maestro, por e) gusto más natural, por el amor, el placer más sonrientes. En Montalvo, el más contorneado fraseo, el idiotismo más privativo, el arcaísmo más venerado, suena a hablado, a cosa viva, a expresión popular en su nobleza. Si bien en cauces al parecer complicados, por lo vario y cambiante de sus meandros y por elaborado de la dicción, tan fácil corrió siempre esta abundante lengua que a todos es dable gustarla, y mal se puede decir que esté ahí para regalo de arcaizantes. Como tampoco puédesele tildar a Montalvo de exclusivismo aislado en engreimiento maniático de artista puro. Ni siquiera le tienta el arte por el arte; o es, para él, como si no existiera. Reconoce como un deber, impone al escritor como obligatoria, una misión elevada. La suya fue de moral pública y privada, de “virtud”, más que de defensa e ilustración de la lengua. En el prospecto mismo de *El Cosmopolita*, anuncia que “tal cual trozo de literatura y amena poesía” será allí episodio deleitable, esparcimiento lícito del ánimo. Sus viajes serán lecciones, pruebas sus recuerdos.

A tal concepto de misión educadora se debe acaso, que en esta obra de juventud, y de batalla, donde cabían en rigor todos los excesos, mayores sean en suma los anticipos de una como propecta cordura, que los rezagos de un impetuoso romanticismo. Sus mismos ataques a García Moreno no son en modo alguno comparables a sus vehementes, virulentas Catilnarias contra Veintimilla. Le valieron sin embargo el destierro, voluntario por anticipado; pero obligado por ineludible.

Este primer destierro de Montalvo fue fecundo. De bendecir es su infortunio. A él debemos atribuir acaso la reposada ejecución de sus dos más cuantiosas obras maestras: Los Siete Tratados y los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. De haberse quedado en Quito, habría continuado expuesto a todos los azares de aquella incierta lucha cuerpo a cuerpo con el “Tirano”, o a aquel estéril, insistente explicar- se con molestos inferiores.

De Ipiales marchó a Francia. Para el caso de que triunfara el partido político de su preferencia había declarado que no aceptaría en premio a su campaña solitaria otra cosa que una legación en Europa. Los recuerdos se le doraron de nostalgia, nostalgia a la inversa, que borró de su memoria el fastidio de los primeros tiempos en París: “Esta Francia”, decía, “que con tanta frecuencia me fastidió, hoy se presenta a mis ojos con los rasgos más graciosos”. Volvió, pues, a París, mas no de diplomático: de proscrito. Fue un viaje corto. Si hubiese entonces logrado establecerse en París, habría quizá persistido en su tentativa de escribir en francés, cual fue su veleidad en algún momento de ambición o de acedia. Habríamos perdido un clásico de los mayores de la lengua, sin ganar seguramente un gran escritor francés.

A tal punto encarna Montalvo el genio del idioma, en tal forma se nutrió de su más recóndita médula, de sus jugos más esenciales, que no se ve cómo hubiera podido adoptar sin desmedro otro medio de expresión, no consubstancial, adventicio. Hásele comparado con los maestros más castizos y es particularmente difícil de verter en otro idioma su manera de español del gran siglo. Aún las páginas que él recuerda haber escrito en francés, y de las cuales no posee

versión original, pierden mucho de su carácter al ser nuevamente puestas en francés.

Montalvo cuenta haber dirigido en francés a Víctor Hugo aquella elegía en prosa sobre el terremoto de Imbabura, de la que no conocemos sino la reproducción en castellano. Habiendo sin duda leído *Les raisons du Momotombo*, pensó que el gran vate que había oído las voces del volcán centroamericano, debía también de oír al Cotacachi bramar, cuando produjo, por entonces, el terremoto que asoló Ibarra. Montalvo, si amó a la Lamartine, veneraba a Hugo: veía en él a vates, el augur, el dios. Volvióse, pues, a él, como un genio tutelar, para apiadarlo sobre la desventura de un pueblo en ruinas. “Tu que alojas en tu pecho un dios” le decía; “tú, a cuya disposición está una profetisa de continuo; tú a quien las musas descubren acontecimientos de lejanas tierras, ¿sabes lo que sucede en el Nuevo Mundo a la hora de hoy? Alza la frente y echa la vista al Ecuador: ¿qué distingues?” Y Montalvo describe para el poeta esa Arcadis, y el volcán que le amenaza y el cataclismo que le hunde. Exhorta “al poeta ciudadano del universo”, y le dice: “no tendrás una mirada para estas ruinas, un ¡ay! Para estos ayes, una lágrima para estas lágrimas?”

Víctor Hugo respondiolo de su destierro, con una breve y huguesca carta, fechada en Hauteville House, el 16 de abril de 1869. Decíale, entre otras frases que había de resonar en consonancia dentro de Montalvo. “J’ai dénoché souvent ces fléaux, les despotes; je ne manquerai pas au devoir de dénoncer aussi ces autres tyrans de l’homme, les éléments...” Y terminaba: “Je vous serre la main. Vous êtes un noble esprit”.

Las perturbaciones ocasionadas por la guerra franco-prusiana del 70, aceleraron el regreso de Montalvo. Volvió a Ipiales. Y fue una felicidad, desde el punto de vista del arte, que el misérrimo pueblo fronterizo hubiese tomado en su destino el turno que Montalvo quería reservar a París. Cuando volvió definitivamente a París en 1882, a vivir y morir ahí, fue ya demasiado tarde para que pensara en recomenzar en otra lengua u otra forma su carrera de escritor, ya llenada. Además, la Europa todavía romántica de su primer viaje, la de su juventud, ya no existía. Lamartine, muerto hacía 12 años y olvidado; Víctor Hugo, iluminado todavía, como un sol ya puesto, el horizonte occiduo, pero con una magnificencia que ya no cegaba ni des-

lumbraba, murió en 1885: el realismo comenzaba a imponerse en la literatura y en la vida.

Escribió, pues, durante su primer destierro, en su confinio de Ipiales, entre 1871 y 1875, sus *Siete Tratados* y sus sesenta Capítulos cervantinos, sin contar algunos opúsculos y otros ensayos menores. La inmarcesible sonrisa de bienestar que ahí divaga entre líneas, rescate de su prisión entre los muros invisibles e ilimitados de aquel estrecho yermo colombiano por donde erró “sin trato de semejantes y sin libros”; música silenciosa de su ufanía solitaria, júbilo incoercible de su infinita libertad de espíritu, denota a qué punto la íntima vena de Montalvo pedía esparcimiento en el arte puro, por encima de la obsesión esclavizante del polemista, y por más que se airase al embate de su memoria procelosa. Diez años tardará en publicar la obra que mayor fama había de granjearles, los **Siete Tratados. Y en cuanto a Los capítulos que se le** olvidaron a Cervantes, ellos no vieron la luz sino después de su muerte. Pero ya las sucesivas entregas de *El Cosmopolita* habían circulado por América. Y fue de lejos de donde le vinieron las primeras palabras que lo consagraron: Caro, Cuervo, Calcaño, catadores indiscutibles del lenguaje, reconocieron la cepa del suyo. **Entonado pues Montalvo** por su éxito literario más que por la resonancia de su actitud de político, dedicóse en el destierro a escribir y escribir.

Un gran acontecimiento, el asesinato del García Moreno, acaecido el 6 de agosto del 1875, encontró a Montalvo todavía sumido en su destierro de Ipiales. Cuéntale que al ser sorprendido por la noticia, exclamo: “Mi pluma lo ha matado”. Referíase a ¡a pasión inspirada por la lectura de su Cosmopolita y de su mas reciente folleto: La Dictadura Perpetua, en jóvenes que se creyeron poseídos del espíritu de sacrificio, a modo de los héroes clásicos de la historia de Roma, que Montalvo había celebrado.

Pudo entonces volver a Quito. Y volvió, a terciar en la campaña de “regeneración”.El relativo triunfo le desengaño esta vez mas que la derrota.

Derrocado Borrero contra quien el mismo Montalvo no había tardado en volver sus armas, se encaramó en el poder el hombre que Montalvo aborreció más.

No tuvo sino que tomar otra vez su triste caballo de proscripción y volverse camino de Ipiales.

Decididamente, Ipiales era el centro de gravedad de su destino desorbitado. Se volvió a Ipiales a buir las flechas contra el tiranuelo, con mas saña que lo había hecho contra el tirano. Salieron así de su aljaba, enherboladas, sus tremendas Catilinarías, publicadas en Panamá.

Decidió luego irse a Europa, y lo realizó, esta vez sí, definitivamente. Antes de partirse para siempre de su América, detuvo se en el Istmo, para lanzar él personalmente, verdaderas flechas del Parto, las últimas de las 12 Catilinarías. Y diciendo que dejaba atrás “una presa sin vida”, embarcándose aligerado para Francia. Lo que el creyó de su deber, cumplido quedaba así; y su animo de vengador podía abrirse ya a otros horizontes. Y el horizonte a que

se volvía era el de anhelada serenidad; iba a Europa y llevaba en su magra maleta de desterrado el manuscrito de los Siete Tratados. prenda segura de liberación, sésamo de vida nueva. Al arrancarse así y dar espaldas a América, como desprendiéndose y despidiéndose del hombre anterior que de tan agrio batallar no salía con el alma ilesa, el nuevo o renovado Montalvo no abrigaba ya otra ilusión que la de dar a la estampa, en llegando a Francia, su obra capital. Para esta empresa literaria habían allegado algún dinerillo unos pocos amigos; y aunque el auxilio no llegó entero a manos de Montalvo, sacó a luz, en dos primorosos tomos, impresos en Besazón, aquel haz de ensayos singulares, tan largo tiempo mantenidos, ellos también en exilio, madurados a la sombra del infortunio, pero frescos, alegres, lozanos, como un alarde de rebosante salud espiritual.

Tamaña obra no tardó en asignarle puesto ilustre entre los mayores. Los a quienes (como diría Montalvo), los a quienes ella no impuso asombro o afectos de admiración, tuvieron la cuando menos en miramiento y respeto, por el señorío del desempeño y la magnitud de la empresa, nada común entre literatos americanos. El lector menos avezado reconoció en los Siete Tratados el linaje clásico y la rara condición de obra hecha para durar. Saboreaba pues Montalvo una gloria incólume, exenta del acre fermento de rencores, que hinche y leuda casi toda su producción anterior. Su obra polémica había ya extendido su nombre por toda la América hispánica; ahora se alzaba a más arduo empeño y comenzaba a arrancar lauro más intacto. Se comprende que Montalvo no quisiese por entonces acudir al llamamiento de sus partidarios ni tomar a las andanzas de “paladín del liberalismo”, que sólo estériles victorias le habían grajeado. Precedido de heraldo tan airoso, fuese más bien a Madrid. Fácil es imaginar con qué esclarecido fervor se encaminaría el gran hablista al solar de sus mayores del siglo de oro, y visitaría el templo del su culto, de ésta, como él dice, “segunda religión que se llama lengua pura, lengua clásica”. Asistido se sentía de las sombras augustas que él invocara en memorable imploración: “Espíritu de la santa doctora...y tú, Granada invisible...y tú, Cervantes... me acorred, pues que me es tanto menester”

La acogida que halló en la Villa y Corte, y le dispensó la Aca-

demia, discreta fue, mas no la que el rango y alcurnia de tan castizo mantenedor del fuero del idioma merecía. La Pardo Bazán, Castelar, Campo amor, Núñez de Arce, lo recibieron y guiaron. La prensa lo saludó cual cumple a huésped distinguido, sin más. Se habló sin duda de él en los cenáculos y corros literarios. Pero la crítica propiamente dicha tardó en pronunciarse.

No lo hizo en suma sino después de su muerte, a la aparición de la primera obra póstuma: los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, y a propósito de su prólogo. Fue este prólogo declarado en modo unánime, aunque tardíamente “el más estupendo y digno elogio de Cervantes”, “escrito en la prosa castellana más elegante, noble, pura, y numerosa que se ha compuesto en el siglo XIX”, como dijo Navarro Ledesma, y lo refrendó Núñez de Arce, y lo repitieron luego desde Valera hasta Gómez de Baquero. Sin embargo, ese Prólogo, ya formaba parte de los Siete Tratados, bajo el título de El Buscapié, y pasó entonces casi inadvertido: Es que España se hallaba entonces casi inadvertido: Es que España se hallaba entonces en toda su cerrazón castellana, casi refractaria al arte y al espíritu de su propia América; todavía faltaba bastante para que Darío viniese y la conquistase, y aún para que el mismo Montalvo, en sátira póstuma, les ablandase la mollera, a los innumerables Aurelianos Fernández Guerras y Orbes que poblaban sus academias y cátedras. Pues hasta hubo académico que recibiera malhumorado y desaprensivo a aquel visitante tan cortés y tan aseñorado que, no tanto por venir de las Américas, cuanto por oler a azufre sus escritos, no le mereció más política que la de abominar en su presencia del espíritu del siglo. ..Montalvo se vengó, dándole primero tácita lección de urbanidad y decoro, al recibir a su turno con miramiento; e inmortalizándolo luego, en sátira feroz, al devoto erudito que con tantos apellidos se iba quedando sin nombre.

Núñez de Arce en cambio, entre los que han reparado posteriormente el desvío o ignorancia de los más, nos ha dejado del Montalvo de entonces un retrato, romántico de expresión, pero sincero de tono, que por la pátina de la época y por lo desconocido, bien vale la pena de quitarle aquí el polvo del olvido que lo recubre: “Conocí, dice, a este escritor eximio en un rápido viaje que hizo a Madrid, y desde entonces, a pesar de los años transcurridos, no se ha borrado de mi memoria la impresión que en mí produjo. Era un hombre todavía jo-

ven, alto y enjuto, de cabello de frente despejada, cuya serenidad turbaban de vez en cuando ligeras contracciones, ¡quién sabe si a impulsos de algún recuerdo penoso y sombrío! Tenía la coloración mate tan frecuente en los hijos de los trópicos; la palabra lenta y monótona; la boca desdeñosa, nada propensa a la risa, y los ojos brillantes, aunque de mirada vaga e incierta, como si anduviera buscando el camino, aún ignorado, por donde penetrar, siquiera fuese a la fuerza, en las honduras de lo infinito. Sin embargo, bajo aquella apariencia fría y melancólica, ocultaba se quizás un ser humano atormentado por pasiones ardientes, de voluntad firme y concentrada, receloso, inquieto, enamorado tal vez de un ideal imposible. ..En una de nuestras entrevistas tuvo la bondad de regalarme su obra más importante, los **Siete** Tratados. No hay para-qué decir, sabiendo el efecto que-me había causado la persona de su autor, si leería vivamente interesado el libro... Confieso que sentí no poca satisfacción interior cuando confirmé, al acabar la lectura, el juicio que de él había formado. En aquel cuerpo de criollo, apacible y al parecer indolente, encerraba se un espíritu audaz, impulsivo, como dice, hasta la violencia, preparado cultura para la lucha intelectual y por la energía de su carácter para las luchas de la vida..." A pesar de algunas amistades bien iniciadas, la estada en Madrid debió de serle, en conjunto, algo desapacible, a Montalvo, pues, sin que mediaran más visibles razones, volviese a París, no obstante que en Francia la literatura e ideas predominantes le herían en sus gustos más delicados, como no tardaremos en verlo así reflejado en su Espectador.

Entretanto, había caído Veintimilla. Reconociendo la caída de Veintimilla como efecto en buena parte de las famosas Catilinarias, los liberales ecuatorianos se apresuraron a ofrecer a Montalvo una curul en el Senado. No la aceptó, es claro, como tampoco en mejor ocasión anterior, cuando Borrero. Su natural repugnancia a llenar otro papel que el de censor y guía, le mantuvo siempre en la órbita del filósofo militante, que no rehuye el peligro ni la responsabilidad, pero sólo aspira de veras a una autoridad superior de árbitro inmune. Este violento y desapoderado combatiente, era, en el consejo y en la acción directa, hombre de justo medio y razonada largueza, cosa incompatible con la feria de vanidades y falsedades de la política.

Pudo, en realidad, regresar en triunfo, pero no triunfante, y más satisfecho de su obra que a la muerte de García Moreno, a quien, si en verdad “mató con su pluma”, no tardó en echarlo de menos para salud o para castigo de su patria amarga. “Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, decía Montalvo cuatro años más tarde, yo de buena gana le habría dejado la vida al gran tirano”.

Presidiendo lo que había de ser la política de Caamaño, imprevisto sucesor del “sátrapa”, derrocado a impulsos de sus remesones hercúleos y sabiendo cómo no podría llevarlo en paciencia, no quiso regresar, por no tomar a la misma lucha con inferiores. Cansado estaba, y desengañado.

Además, a la llegada de los primeros ejemplares de los Siete Tratados a Quito, el Arzobispo Ordóñez, antes de que cundiera el “satánico” prestigio de seducción de tan elegante y arrebozada “herejía”, puso en el Index esa “nidada de víboras en cestillo de flores” Lanzó su pastoral contra “el escritor que dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor, para darle sacrílegas bofetadas”... Montalvo sacó al punto de su relegado carcai de guerra, la más frenética y certera flecha, y con ímpetu de gozo y de rabia, disparó la irresistible Mercurial Eclesiástica.

Aún tiembla en la herida inmisericorde el flamígero dardo que atravesó mares y montañas y se fue derecho a clavarse en el corazón de la hipocresía frailuna. Fue el último y el más tremendo y el mas gallardo y empenachado de sus arrebatos. Ante esta burda prueba de incomprensión, Montalvo pensó menos aún en volver. “Así, pues”, exclama, “yo no podría volver a mi patria, ni aún derribado el malhechor Veintimilla, el héroe de las Catilinas? Si voy solo y en paz, el obispo me señala a la gente que no lee, la engaña con embustes, le dice que soy enemigo de Dios y que le doy de bofetadas a Jesucristo; ¡la enfurece y me hace pedazos por cien manos ajenas, a despecho de mi buen nombre!” Y más de una vez repite: “Yo estoy persuadido de que si el clérigo Ordóñez, se propone hacer matar a un liberal con el pueblo, lo hace el día que le dé la gana. El echa su pastoral de muerte: los curas suben a los púlpitos; los capuchinos y los de San Diego se tiran a la calle con cristos en las manos; los jesuitas atizan; los devotos y los frailes de capa hacen repartir aguardiente; el pueblo pierde el juicio, y ¡ay del que caiga en su poder!”.

Los tiempos han cambiado. Y el mismo Montalvo, al parar más largamente su mirada en su propia patria, el actual Ecuador liberalizado en parte gracias a sus enseñanzas y sobre todo a su ejemplo vería

-no sé si muy complacido en su fuero interno, en su verdad íntima- que muchas de sus campañas por la libertad han dado más que su fruto: más que el fruto sazonado a punto, cuajado sólo de mieles, que él anhelaba. Luchó denodadamente por la libertad de expresión, por la libertad de prensa, por la libertad de cultos. Muchas de sus campañas ya no tendrían razón de ser. Y, de volver a escribir contra los sucesores de los Veintimilla y García Morenos, ya no se expondría al destierro y a al persecución. Hoy, sedicentes libertarios, llamándose sus discípulos, sin su pluma, insultan, hieren a mansalva. La profesión pública de enderezador de tuertos ha perdido entre nosotros de su penacho al perder de su peligro. Mas si holgaran un tanto sus pugnaces virulentas de liberal aherrojado, su espíritu afilosofado hallaría en nuestra perpetua zozobra, perenne fuente de meditación. Los tiempos han cambiado y no sabremos juzgar desde aquí hasta qué punto la amenaza que pesaba sobre Montalvo se hubiera traducido entonces en mano armada. La juventud se le ofreció a escoltar sus pasos. Pero no quiso exponerse a que le “negasen la sepultura”, y prefirió quedarse a “morir entre cristianos”. Quedóse pues para siempre: segregado de su patria, solo y pobre frente al desierto poblado, a la multitud desierta de la ciudad extranjera. Las privaciones y soledades de la proscripción, Montalvo las ha descrito más de una vez con un acerbo estoicismo en el que no desentona cierto viril enternecimiento y si bien es eje que así dentro como fuera de su país, su vida le perenne nostalgia de otro ambiente, de otra edad, no por eso dejó de exclamar, con acento en que resuena el eco de íntimas sensaciones: “Yo no estoy aquí (en París) por mi gusto. ..Cuándo les he dicho que vivo contento? Si alguna envidia tengo en este mundo es la del hombre modesto y tranquilo que vive rodeado de personas queridas, goza de la infancia de sus hijos, los ve crecer y ve romper en ellos la aurora de la inteligencia.. .;que se calienta al sol de la patria y se refresca a la sombra del techo propio...; que se despierta al son de las campanadas de su iglesia, campanadas que ha estado oyendo desde niño; que se levanta y vuelve cada día a las ocupaciones que no fatigan y las distracciones que no casan;

amando a su mujer! querido por sus parientes, servido y respetado por sus criados. La hacienda. el caballo, el perro, la vaca, la leche caliente y **pura**, ¿dónde están. .2 Si yo pudiera dar los ocho años de Europa de mis tres viajes, aunque no han sido del todo inútiles; si los pudiera dar por cuatro días de felicidad doméstica acendrada, no vacilaría un punto”.

Pero Montalvo no era hombre de dejarse roer por la nostalgia. Y acordándose del vago y libertad de tiempos no menos infelices, en que sacaba a luz los recuerdos de su erudición errabunda, los caprichos y devaneos de su musa plácida o melancólica, sus contemplaciones de viajero amante de la soledad, reanudó la libre tarea que tan a gusto llenaba sus ocios y tan bien cuadraba a sus dones.

De 1886 a 1888, tres preciosos tomitos, de unas 200 páginas cada uno, se sucedieron ufanos. Tres manojos de artículos de asunto vario e índole cambiante, semejantes, por su composición diversificada, y libre, a los cuadernos más copiosos de su antiguo Cosmopolita. El nuevo Cosmopolita debió llamarlo Montalvo. Apenas lo habría diferenciado del precedente su actual designio de apartarse ya de todo tema político que recordase sus campañas candentes, aún humeantes. Por lo demás, parecida amplitud de materias; igual libertad de invención, que va del tono jocoso al melodramático; idéntico giro de crónica afilosofada, aplicada ahora de preferencia a motivos de actualidad callejera.

El título que tomó de la revista de Addison y Steele, no emparenta la suya con la de los dos ensayistas ingleses. Cuán distinta su manera de la puritana de Addison, a quien Hipólito Taine definió como el tipo del “predicador laico”. Cuentos como El Pintor del Duque de Alba o Fray Miguel Corella, melodramáticos a fuerza de pasión pungente y arremolinada imaginación, no cabrían en la elegante pero fría parsimonia del pulquísimo monitor británico, “nutrido de disertaciones y de moral”. ¿Dónde, en el espetado Spectator, estas andadas de risa hiperbólica, estas charges regocijadas? Porque Montalvo aún aquí nos quiere probar que “si la alegría no es su humor ordinario, no siempre los suspiros de la melancolía entran con él a importunar”.

Para gala y derroche de cortesanía, Montalvo fantasea un baile en que mujeres sudamericanas lucen su vario encanto. Alarde enamorado, inflamable en su misma casta y risueña voluptuosidad; desfile de bellezas núbiles, espiral sin fin de éxtasis galantes; alarde renovado luego en la descripción de un skating, anhelante ronda de fugaces e inasibles deseos tras el deslizarse de las ágiles patinadoras sobre la nieve; alarde que recomienza al paso de toda gracias o donaire, de todo ardid o peligro en que la mujer ejerce su atracción indiscernible ángel o demonio. No sería ni concebible tan morosa delectación en la urbanidad austera y discreto comedimiento de salón, que constituyen la escasa amenidad del moralista sajón, quien pasó sin embargo por el más galano de su raza. El Espectador de Montalvo no ofrece tan abundante copia de doctrina como la desplegada por el depurador de las costumbres inglesas, sino que aplica a parecido intento de propia consabida manera suya; y si bien no abunda como Addison en retratos psicológicos ni diálogos de personajes, presenta, en forma trascendente a lección moral, aspectos de la vida social en torno. Mas, si de Addison tiene aquí Montalvo cierta templanza interior, acordada ya al paso de sus días de más despejo, débela a su cansancio, que no a índole mansa y serena. ¡Id a echarle el agraz en el ojo, aún al Montalvo ecuánime de esta época! Pope injurió a Addison: Addison replicó a Pope con el más benevolente elogio de Pope. La estela del polemista ambateño, aún surcando lejanas aguas del olvido, parece hervir en recuerdo vindicativos, en alusiones intensas.

Tenemos pues, que Montalvo, ni hubo menester modelo, ni le escogió muy consonante con su natural.

Por propia iniciativa, y con los mismo dones del ya antiguo Cosmopolita, Montalvo fue en su aislamiento el primer cronista en habla castellana. En el cementerio elegante, la filosofía imprevista de la novedad fugaz, la evocación del acaecido que hace pensar, fue el precursor de los mejores cronistas de ahora; y en su nativa propensión a elevarlo todo con su primor familiar en el arte del buen decir, se destaca entero. De haber vivido en días más cercanos, habríale buscado para que sus crónicas fuesen ornato y prestigio de diarios multimillonarios. En la América de su época no se estilaba pagar a los escritores como tales. Y Montalvo, no sabiendo depender de nadie, hubo de ser siempre su propio editor. -

Montalvo publicó así sus primeras y curiosas crónicas sobre literatura contemporánea. Eran todavía los albores del naturalismo. Se hablaba con escándalo del *Ventre de París*, de Solá, adaptado el teatro por Busnach. Se controvertía el valor estético de *Madame Bovary* de Flaubert. La condición de Montalvo, siempre levantada a sentimientos grandes y simples, se avenía mal con la bajeza de los asuntos, la salaz potencia y la minucia de inventario de fealdades que practicaba el realismo a fuera de veracidad. La tendencia de Solá subleva el pudor de Montalvo y encrespa su hombría de bien. Más de sentir es que *Madame Bovary* le haya apartado de más extensa lectura de Flaubert, con quien pudo congeniar en el amor al vocabulario fastuoso. Y es de creer que su gusto tampoco se compadecería con la premiosa insistencia y el estilo taraceado de los Goncourt. Montalvo no acepta que su ilustre amiga la Pardo Bazán pareciese adherirse al movimiento naturalista. Romántico empedernido, gusta incorregiblemente de lances caballerescos y declara que prefiere los “peligros encantadores y sofismas cultos” de la Nueva lleloísa de su siempre amado Rousseau, a los refinamientos de otro orden de la aguda modernidad buscada por los novadores. Formando en las perennes disciplinas clásicas, ofrece, en su resistencia de escritor y de hombre a la volandera seducción del día, que él ingenuamente reputaba por monstruosa, un ejemplo de probidad para consigo mismo, que nos impone respeto, y aleja la tacha de incomprensión en homenaje a su alta sinceridad. Nada más servil en escritor provector que la adulación a “los nuevos”, en espera mentida reciprocidad.

Se acercaba el fin de Montalvo; y su desaparición del escenario de las letras, para él sagrado, coincidencia con la invasión de modas y estilos anarquizantes a los cuales tenía que ser refractario.

“Una tarde de la primavera del 88”, dice Yerovi en su ensayo biográfico, “salía Montalvo fatigado de corregir las últimas pruebas (las del último tomo de El Espectador). La atmósfera tibia y transparente de la mañana había cambiado durante las horas de trabajo. Una lluvia torrencial tomole sin abrigo en el trayecto hasta sti casa. Al día siguiente el eximio escritor yacía postrado con dolores intercostales”. Un derrame pleural incontenible, a pesar de una punción, y de una dolorosa operación posterior, acabó por inficionar todo su organismo. El cirujano, llamado a intervenir creyó indispensable inmovilizar al paciente bajo el cloroformo. Montalvo replicó que nunca había perdido la conciencia de sus actos y rehusó el anestésico: “Usted operará”, le dijo, “como si su cuchilla no produjera dolor”. Según Yerovi, la operación duró una hora: “consistió en levantar dos cosillas de la región dorsal” y profundizar el corte hasta poder dar con el oculto foco de infección. “El enfermo no había exhalado una queja”.

Comprendiendo que el germen de su mal mortal sería inextirpable, Montalvo quiso salir de la clínica, adonde le había llevado la solicitud de unos compatriotas, para volver a su casa”. “Quería morir en ella”, dice Yerovi. La alta y acompasada cortesía que Montalvo solía desplegar, no sin énfasis caballeresco, aún en el trato ordinario y corriente, le dictó sin duda como un deber el apercibirse en forma condigna al encuentro con la Inevitable. No es de extrañar, dados sus hábitos señoriales, la solemne escena; y nadie puede menos de mirarla como prueba de ánimo entero, que agranda la figura grave del luchador moribundo.

Trasladósele pues a su casa. “Por la tarde aseguraba estar mejor. Sólo siento, dijo Yerovi, que toda la vida se concentra en mi cerebro. Podría componer hoy una elegía como no le hecho en mi juventud...” Dos días después, Yerovi llegaba angustiado al número 26 de la

calle Cardinet, para informarse de las horas de la noche en que no había estado al lado del enfermo. No sin gran sorpresa, lo encontró vestido de frac. “Puede motive su atención y verme del modo como me encuentra”, le dijo Montalvo. “El paso a la eternidad es el más serio del hombre. El vestido tiene que guardar relación ...” “Hizo al amigo algunas confidencias, y como postrer pedido añadió: Usted volverá pronto a la patria. En la última carta dije a mi hermano, y de no haberla recibido, repítale, que en los días de mi enfermedad, ni Dios ni los hombres me han faltado. Y volviéndose a una doméstica de su confianza, “te pido”, le dijo, “no olvides mi encargo. Un cadáver sin flores me ha entristecido siempre”.

Aquel día, el 7 de enero de 1889, expiró Montalvo. Para subrayar más amargamente el contraste entre el hombre suntuoso y su muerte de pobre, como su vida, Rufino Blanco Fombona completa el cuadro añadiendo: “Le llevaron cuatro claveles; en invierno en París y por cinco francos, no le podían tapizar el aposento de rosas y lirios...” Así murió, pobre y solemne, en su triste estancia de proscrito, uno de los más arbolados y fieros escritores de América. El sufrimiento, largo, había lenificado esa alma tormentosa, cuya suavidad recóndita no siempre rebalsó en forma de mansedumbre. Impone ver a aquel hombre relampagueante apagarse así, domada su rebeldía ante el destino común, superada su soledad al sucumbir sin reproches ni sobresaltos.

Leyendas flotan todavía sobre sus cóleras, como la niebla indecisa sobre el cráter mal apagado de sus volcanes nativos. No las flechas ni su blanco, sino el arquero y su gallardía, interesarán siempre. Sus cóleras ya no fueron sino frío paisaje de lava, si el secreto vital del gran arte y el aliento de un gran espíritu no las convirtiesen en hervor constante de admiración y entusiasmo dentro el pecho de todo americano, orgulloso de que un genio hecho a imagen y semejanza del Continente bravío, haya sabido verter en aquellas cláusulas de ritmo numeroso y altivo sentimientos que traducen se por doquiera en dechados de alma bien puesta a maestría acabada.

Muerto Montalvo, volvió a la luz con la publicación póstuma de su Ensayo de imitación de un libro inimitable. Y este es el lugar de hablar, si bien brevemente, de sus singulares Capítulos que se le olvidaron a Cervantes.

“Daríasele del sandio, daríasele del atrevido”, a quien, después del admirable prólogo en que Montalvo explica la intención de su obra, creyera acaso necesario explicarla más largamente. Lo esencial, dicho queda, a lo grande, por Montalvo mismo, con esa su orgullosa modestia con que tan magníficamente se acusa, se excusa, se exalta y por fin se decide. La obra ni el propósito habían menester defensa alguna. Pero este singularísimo Buscapié, como llama el autor a su Introducción, vino a constituir el más gallardo y superabundante cortejo de razones y elegantes discreteos con que se ha justificado nunca un libro que por sí solo se bastaba. Montalvo no podía desconocer por cuán alta vocación era llamado a esta empresa. A quien conozca un tanto la índole de su genio, ha de parecerle como inevitable en el orden de las atracciones espirituales el que Montalvo hubiese acometido, -y no tan sólo en alarde de saber y de ingeniosidad, sino como trasunto de su idealismo, de su sentido y conciencia del honor, de su instinto de justicia, de su condición moral,- la imitación del dechado más caro a sus predilecciones de escritor y de hombre.

Todo le llevaba a ella. “Ensayo o estudio de la lengua castellana”, dice él mismo. No es, desde luego, sistemática reconstrucción del habla de Cervantes, ni cuidadoso y sapiente empleo del sólo palabras y giros de la época. Donde otro hubiera emprendido obra retrospectiva de gramático o de purista arcaizante, Montalvo se mueve con el señorío y libertad de quien se halla en su elemento, hablando su lengua nativa: Prosa de suyo cervantesca, la prosa de Montalvo reclamaba,

para completar la ilusión de sus edad de oro, un asunto contemporáneo, una materia condigna. De ese modo aparece aquí como respirando su ambiente propicio, en medio de objetos, ideas y sentimientos familiares a su alcurnia espiritual, en medio de hazañas, lides y preseas propias al decoro de su rango.

Cómo se presta su lengua al boato señorial, al énfasis noble, al ademán de cortesanía y rendimiento caballeresco; y cuán bien le va toda aquella ciencia de la caballería, aquel entender en códigos, tradiciones, heráldica y protocolo de los andantes! ¡Con qué visible deleite y cuán donosa maestría remueve y vierte el tesoro de su erudición anticuada y sonriente! Pero esta lengua en que se miran y confunden los más preclaros modelos, no es la de Cervantes sólo. Es la lengua, es el estilo, de Montalvo, adecuados a materia cervantina. Son el estilo y la lengua de los Siete **Tratados** y de la Geometría Moral. Así, pues, si en otras obras, antes y después, usó Montalvo, esta manera de decir, no es únicamente por ensayarla por lo que emprendió la imitación del libro inimitable.

“Que ha compuesto (el autor), un curso de moral, bien creído lo tiene”, dice él mismo. Desarrollando en lengua numerosa puntos y ejemplos de moral, y en especial de la moral caballeresca, en que se re- mira la suya propia, despliega aquí a sabor, al par que sus elegancias de letrado, su gusto más eminente. “Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes”, dice aquí Montalvo, “les hará un bien con tirar su pluma al fuego: provecho moral, universal; no el que proclaman los pseudo sabios. “Por boca de Don Quijote, salen aquí en dicción remontada y altisonante, esas consideraciones en que finca la virtud del libro, y se complace su hombría de bien. Entonados por el ideal caballeresco, los nobles lugares comunes de la moral tradicional y castiza, cobran sabor original y alma nueva en los labios o en las acciones de Don Quijote, que los vivifica y exalta con su ingenuidad heroica, su candor sublime y sus visiones de iluminado.

“Si fue el ánimo de ese hombre (el autor), componer un curso de moral, según que él mismo insinúa, ¿cómo vino a suceder que prefiriese la manera más difícil?” se pregunta Montalvo. El, que por encima del artista amante de nobles formas, gustaba a veces de representarse como una especie de magistrado o senador romano, togado de solemnidad y prosopopeya, de sacerdote o de au-

gur, envuelto en la majestad de la oratoria sagrada. tentado estuvo con feacuencia de componer algún tratado elocuente en que la gravedad y la grandeza de alma campeasen solas. Pero poseía, y en igual o mayor grado que aquel don solemne, el don de la invención burlesca, de la risa enorme, del énfasis serio en broma, de la bufonería épica y la ironía trascendental. En la ficción de su Don Quijote concierta por modo admirable, con su arte superior innato, este doble poder de su ingenio. Nadie ha visto iriejor, ni cogido más en su punto, la gracia cómica del Quijote, al propio tiempo que su grandeza. Nadie pudo con mayor tino llevar al triste Caballero a nuevas aventuras, de donde saldría como es de rigor, vencido, pero invencible.

Si a la lectura del Quijote a todo lector le acaece lo que al mismo Cervantes al componerlo; si de la burla y la risa que al principio inspiran Don Quijote demasiado loco y Sancho demasiado cuerdo, se pasa insensiblemente a la conmiseración, a la simpatía, a la amistad más viva y más humana, este efecto en Montalvo fue decisivo. Para Montalvo, anterior y mayormente que para Unamuno, el incoherente autor de una Vida de Don **Quijote** y Sancho, los héroes cervantinos por antonomasia existieron de verdad, fueron personajes vivos y efectivos. Montalvo ve a Don Quijote interviniendo entre personas reales, en cosas locales, y tras la verdad falaz de la realidad aparente, descubre la más verdadera verdad de su alucinación. Indignase Montalvo porque Avellaneda, el falsario del segundo Quijote, vilipendia a su querido Don Quijote; y se duele de que Cervantes mismo lo haya escarnecido en cierto pasaje. Montalvo lo preserva de todo trance en que se degrada; y si bien lo expone a las burlas, palos y azares anexos a la andante caballería, nunca desmiente el culto delicado íntimo que le profesa. La ironía de la ficción esparce así, sobre las hazañas más tremebundas y los discursos más jocosos, no ya “la risa del albardán”, sino una sonrisa cordial, toda ella de inteligencia y de simpatía, en convivencia sabiamente implícita con la del lector. El héroe insano le divierte con sus locuras, le cautiva con su nobleza y sabiduría. Montalvo hizo del Quijote su escuela asidua. Lo supo casi de memoria, desde temprano. No necesitó releerlo para nutrirse de él, en su “soledad sin libros”. Lo llevó al destierro, no consigo, en sí. ¿Quién mejor que Cervantes para consejero de su adversidad? Pero Montalvo,

más que cervantista, fue qui jotista.

La congenial simpatía le reveló el secreto viviente, el encanto humano de la miseria y de la grandeza de Don Quijote: así pudo resucitarlo en cuerpo y alma, sin profanación. Antes que imitación o reproducción mecánica de la obra maestra, la suya es como si dijéramos natural desenvolvimiento y continuación de la vida infusa en el original y captada con el amor lúcido de quien se sintió por la evocación inmortal. Montalvo extiende su simpatía al buen escudero Sancho, de quien no hace el glotón voraz, sino el servidor cariñoso que en el fondo siente la fascinación de la grande alma de su amo loco, niño grandioso que necesita de su cuidado.

El Sancho abominable es el precavido y seguro, que no abandona su casa por seguir a ningún caballero en ante, antes le deja solo, le descorazona y luego le calumnia. El buen Sancho llena una misión ideal con servir fielmente a su señor, cuya locura comparte a pesar de todos sus refranes. Hay un qui jotismo en Sancho, que prefiere la vida, para él absurda pero vagamente gloriosa, tras de Don Quijote, al puchero tranquilo junto a Teresa y Sanchica. La filosofía de esta ficción reside, en mi concepto, no solo en el contraste de las dos figuras, Don Quijote y Sancho, sino, sobre todo, en el contraste de la cordura de las palabras y la locura de los actos, no únicamente de Don Quijote, mas también de Sancho. La interpretación a filosofada del qui jotismo, que se exply en El **Buscapié** y se entrelaza al relato de los sesenta capítulos, no empecé la libertad y vivacidad con que el fabuloso y real caballero prosigue sus aventuras. Por más que el fin de Montalvo haya sido ante todo el de disponer un libro de moral, estos capítulos son una fantasía llena de realidad y de realidades, una admirable novela, la primera quizá en mérito y una de las primeras en tiempo, de la literatura hispanoamericana.

Si en todos los escritos de Montalvo el escritor y el hombre marchan de consuno, aquí tenemos su imagen de cuerpo entero más acabada. Este su airoso esfuerzo lo muestra en la integridad y madurez de sus dones. Ni aún aquí, ni en esta obra del más libre solaz, del más desprendido recreo mental, ha podido renunciar a ninguna de sus tendencias. Declara él mismo haber tomado de la realidad circunstante, para castigarlos con la sátira, velada apenas por la ficción, personajes y acaecidos en los cuales su espíritu justiciero o vindicativo hallaba de

qué reírse épicamente. De tal suerte que el hombre, el polemista de siempre, está aquí, en el indefectible caricaturista, detrás del filósofo despejado y del idealismo magnánimo.

Quiénes sean esos personajes, importa poco: el averiguarlo tendría apenas una importancia local, anecdótica y ya pasada, de curiosidad lugareña. Además, tan genéricas son y vagas las alusiones, que no imprimen carácter a la obra. Lo esencial en ella es la admirable interpretación y prolongación natural de Don Quijote y Sancho, por donde el interés de su lectura es universal. Así lo entendió el autor, quien, según se sabe por confidencias del mismo a un amigo, había quitado de los Capítulos, años después de escritos, buen número de fisonomías transparentes y de personalidades alusivas, borrando, enmendando, cambiando nombres, perdonando. Y cuando dice: “Hemos escrito un Quijote para la América española, y de ningún modo para España”, entiéndase que lo dice por modestias o por escrúpulo que habría calmado en él la acogida que reservaban a su intento españoles como Valera, Núñez de Arce y otros. En verdad, nada tiene, ni en los personajes, ni en el ambiente, ni en el paisaje, de peculiar a la América. A lo más, así como Flaubert veía en las páginas del Quijote “ los caminos españoles a pesar de que en ninguna parte están ahí descritos, puede de que en ninguna parte están ahí descritos, puede el lector sentir circular aquí, en tal cual escena, un airecillo de sierra ecuatoriana. Es lástima quizá que Montalvo no haya pensado de veras en darnos el Don Quijote de América o por lo menos el Tratarín de los Andes. En cambio su Don Quijote es el mismo Don Quijote de la Mancha redivivo. ¿Cómo quejamos?

Para llenar los ocios de la deportación, Montalvo hubiera podido recrearse en algún otro Don **Juan de Flor**, esa especie de Juan Tenorio tan novelesco como el que compuso brevemente por otro lado, a imagen y semejanza de un singular e inédito Don Juan Montalvo. Pues no dejó nunca de seducirle el byroniano prestigio de la seducción y el rapto, la poesía de la nefasta beldad del mal y de la pasión: tornasolados reflejos de ese imaginativo encendimiento amorio quedan en muy curiosas páginas suyas. Pero a pesar de la nostalgia con que recordaba a los Manfredos y los Childe Harolds, la casta y enamorada silueta del Caballero de la Triste Figura le llevó tras sí con más hondo arranque.

De estas dos prototípicas encarnaciones: la del Don Juan y la del Don Quijote, de temple viril no tan contradictorio como parece, cuadraba más a la combativa y generosa naturaleza de Montalvo la del desfacedor de agravios. Con ambas soñó alternativamente su romanticismo. Pero Montalvo tenía indiscutiblemente más de Don Quijote que de Don Juan. “El que no tiene algo de Don Quijote, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes”, decía él mismo.

(De literatura Patria — “HITOS”)

JUAN BAUTISTA AGUIRRE
(Fragmentos)

Leed desprevénidos unas cuantas estrofas de esta su

Carta a Lisardo:

¡Ay, Lisardo querido!
si feliz muere conseguir esperas,
es justo que advertido,
pues naciste una vez, dos veces mueras;
así las plantas, brutos y aves lo hacen:
dos veces mueren y una sola nacen.

Entre cafres de armiño
tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace:
¡Ay flor marchita! ¡Ay azucena triste!
dos veces muerta si una vez naciste.

Pálida a la mañana
antes que el sol su bello nácar rompa
muere la rosa, yana
estrella de carmín; fragante pompa;

y a la noche otra vez; dos veces muerta:
oh incierta vida en tanta muerte cierta! En poca agua muriendo
nace el arroyo, y ya soberbio río
corre al mar con estruendo,
en el cual pierde vida, nombre y brío:
¡Oh cristal triste, arroyo sin fortuna! muerto dos veces, porque vivas
una.

En sepulcro suave,
que el nido forma con vistoso halago, nace difunta el ave
que del plomo es después fatal estrago:
vive una vez y muere dos. ¡Oh suerte! para una vida duplicada
muerte.

Pálida y sin colores
la fruta, de temor, difunta nace,
temiendo los rigores
del Noto que después vil ha deshace:
¡Ay fruta hermosa, qué infeliz que eres! una vez naces y dos veces
mueres.

Muerto nace el valiente
oso que vientos calza y sombras viste,
a quien despierta ardiente
la madre; y otra vez no se resiste
a morir: y otra dos se ve muriendo.
Muerto en el monte el pino
surca el Ponto con alas, bajel o ave, y la vela de lino,
con que vuela el batel altivo y grave, es vela de morir: dos veces
yace
quien monte alado muere y pino nace.
Así el pino, montaña
con alas que del mar al cielo sube;

que el mar haña:
el ave que es como con plumas vital nube;
la que marchita nace flor del campo,
púrpura vegetal o florido ampo,
todo dama ;oh Lisard&
que quien nace una vez dos veces muera;
y así, joven gallardo,
en río, en flor, en ave considera
que, dudando quizá de su fortuna,
mueren dos veces por que acierten una.

Atroz rompecabezas conceptista habríale parecido, a nuestro don Juan León Mera, este enigma desolado y férvido. De haberlo conocido, el riguroso crítico que ya en la OJEADA condenó por menos y sin remisión, al obstinado poeta, habría hallado en ésta una nueva prueba de su perdición en brazos del culteranismo. Refractario a toda singularidad algo exorbitante, y aún a toda exaltación, como no fuesen las de cierto orden romántico-sentimental que practicaba él mismo, Mera no admitía en el verso otra belleza que la accesible y propicia a un buen sentido sumario, ni otra índole de expresión que la espontánea, fácil y cursiva. Rebelábase el fuerte candor de su buena fe contra toda audacia que comenzara por desconcertarle: tenía simplemente por falso alarde y patraña. Así en cada una de estas imágenes, contradictorias y disímiles, habría visto una especie de escarnio a la “sana razón”, y por lo mismo, a la poesía. Mas ¿qué significa, en efecto, -podrá el lector preguntar-, aquello de la rosa o de la azucena dos veces muerta, de la fruta infeliz y pálida de temor, del ave que nace difunta y alcanza para una vida duplicada muerte, o del oso que calza vientos y sombras viste, y que, aunque nace muerto, a morir otra vez no se resiste, de suerte que, “entre muertes naciendo, vive una vez, y dos se ve muriendo”; o del pino, montaña con alas, que dos veces yace, pues monte alado muere si pino nace; aquello en *fin*, de que también el hombre, cual plantas, aves, frutos, montes y ríos lo hacen para amonestarle, haya de morir dos veces pues que nació una?

...Bien puede el sentido inmediato, y aún el oculto, de estas imágenes no parecer otra cosa que una paradoja, absurdamente desen

vuelta en metafórico desrazonar. Cualquier juez prudente, y leal para con su criterio, como lo fue Mera, aún de ser menos apegado a las normas clásicas, podría no hallar, en toda esta lucubración de morir dos veces para acertar una, sino un cambiante e inasible contrasentido, un logogrifo. Y tendría, si se quiere, mucha razón. Pobre manera, empero, de tener razón. ...Tan alto, y ya tranquilo, sentimiento trágico, temperado en mística serenidad, no puede ser sólo un acertijo. No puede el lector atento ser insensible aun a la sola persuasión del ritmo, ni a este acento de tristeza intelectual, de dolor de vivir extendido a las más dulces e inocentes formas de la existencia moral... De aplicar a esta concepción, que a todo vuelo aspira a una visión trascendental, una lógica tan yana por su mismo exceso de evidencia. quedaría desvanecida su indecible virtud poética y malogrado su alcance. Desechemos la satisfacción, entre pueril y pedante, de poner tan razonables trabas a imágenes tan veloces. Mejor haremos, quizá en aventurarnos imágenes tan veloces. Mejor haremos, quizá en aventurarnos a seguir el vuelo, que presentimos soberano y libre... ¿No hay allí, desde luego, sensible, insistente, eficaz, una música que flota sobre las rimas como un halo de pensamiento, como un etéreo ambiente en que el verso asciende a una visión translúcida? ¿Y no se siente ahí un anhelo libertador de la incierta vida, un superior sentimiento, melancólico y ya sosegado de una paz de más lejos? ¿No obra, en fin, sobre el ánimo un don suasorio, un penetrante don que no engaña? Sentirlo es obvio, si no entenderlo. Inequívoco y suficiente signo de poesía, aunque el secreto persista recóndito o indiscernible a la exigencia lógica.

Pálida a la mañana

Antes que el sol su bello nácar rompa,

Muere la rosa, yana

Estrella de carmín, fragante pompa,

Y a la tarde otra vez; dos veces muerta

Oh incierta vida en tanta muerte cierta!

Glosar estrofas como ésta, para mejor explicarlas, es hacer desaparecer su magia.

Aún ciñéndose bastante a la expresión literal advertiría el lec

tor. bajo el inestable y a veces doble y divergente sentido de las palabras y de las imágenes, un fondo de pensamiento único y real. Tal vez se juzgue necesario ponerlo en claro. Mas al fin de este ejercicio, quizá superfluo, ¿obrará conforme a su verdad el prestigio confiado sólo al encantamiento del verso'? Pues bien: nacer a vida llevada a fenecer y acabarse, ¿no es comenzar a morir? A cada instante morimos, y el espasmo animal de la muerte no es sino el remate y sello de esta verdad, no por sutil e invisible menos cotidiana. La muerte brutal y palpable no existe tanto como esta otra, oculta. ¿Qué vale entonces vida tan mortal que es solo lenta agonía? Vivir muriendo, ¿es vivir? ¿No es más bien morir largamente, hasta nacer quizá un día, de veras según la fe, a la ciencia y principio del ser? La muerte. ¿no es así la muerte y nacimiento, cuando se acierta a morir? Y para acertar a morir, hay que vivir la vida como una muerte, muriendo a la vida en vida y preparándose a vivir tan sólo tras la segunda y última muerte. Sentimiento, como se ve, por excelencia místico. Su exaltada y ávida angustia llena de sí la mística española. Santa Teresa nos dio mejor que nadie su urgencia lúcida.. .Sólo que aquí aspira a trascendencia mayor, ineluctable y universal. Pues el destino moral no amaga sólo al hombre, sino que devora vivos a cuantos seres y cosas, animados o inanimados, nacen sólo para acabarse y viven acabándose en su propio ser.

De ahí está alta tristeza metafísica que del hombre se extiende a toda cosa, y en un sentido más hondo que el en que dijo Ronsard a su buen amigo:

Nous vivons, mon Belleau, une vie sans vie.

Para el poeta de la Pléyade, el hombre es, en el universo, el único ser que se amarga a sí propio la existencia cual si fuera enemigo de sí mismo, mientras los demás, todos se preservan:

Regarde, je te prie, le boeuf qui d'un col morne
Trame pour nous nourrir le joug dessus la come:

Bien qu'il soit sans raison, gros et lourd animal,
Jamais j'I n'est pour lui la cause de son mal,

Mais patientment le labeur u endure

El la loi qu'en naissant lui donna la nature;

Puis quand il est, au soir, du labeur delié,

Il met prés de son joug le travail oublié
Mais nous, pauvres chétifs, soit de jour, soit de nuit,
Toujours quelque tristesse épineuse nous suit...
En la poesía de Aguirre, por encima de estas tristezas sobreañadidas,
está la esencial tristeza de tener que vivir muriendo. Y esa conciencia
que el hombre tiene del fugaz destino, el poeta la comunica a todo lo
que pasa y muda sobre la faz de la tierra.
Por esto como si hasta ella supiera que va a morir,
Pálida y sin colores,
La fruta, de temor, difunta nace:
Y por esto,
Tarde y mañana la azucena yace,
Si una vez el cariño
Del aura suave su verdor renace;
Por eso el ave
Nace una vez y muere dos; ¡oh suerte!
Para una vida duplicada muerte!...

Vidas tan breve, tan insegura, es como si no fuera, y no responden al
concepto que de un vivir verdadero tenemos, en ideas y en
aspiración. Por eso, en la bella estrofa de la rosa, elimina la noción
de la vida en el acto de entrar en ella tan incierta y yana, y en lugar
de decir que a la mañana nace la rosa para morir por la tarde, dice
más bien que en la mañana muere, para, a la tarde, otra vez morir;
pues que la hace mortal el hecho de nacer, nacer equivale a comenzar
a morir, es la primera muerte, la original y fatal.

Muerto en el monte el pino
(es decir, tronchado por el hacha, cortado en tablas, y convertido en
velero), surca el ponto con alas, bajel o ave...
Va y naufraga, y el naufragar, muere en su errante destino, muere
como leño, después de que murió como árbol al salir del monte
nativo. De este modo
Dos veces yace
Quien monte alado muere, y pino nace.

Y así, todos nos enseña que quien nace una vez, dos veces muere: al nacer, porque comienza entonces a padecer del mal mortal de vivir; al morir, porque deja de ser. De ahí, en sentido moral, que siendo la vida lo que en verdad es —muerte asidua insensible y comprometedora, de que depende al acertar final-, valga más tomarla por lo que debiera ser exclusivamente: preparación a morir. Descifrado el enigma, confesamos que su expresión es a menudo arbitraria, contradictoria, violenta; que hay imágenes, y estrofas enteras, que no ceden al solicitarlas conforme a esa interpretación ni conforme a otras; que una misma palabra —y a veces en un mismo verso-. está tomada en sentidos opuestos o por lo menos distintos. Así, en la citada estrofa de la rosa, donde dice: “Antes que el sol su bello nácar rompa, - muere la rosa, yana”, morir significa nacer, si bien a renglón seguido, morir está ya tomado en sentido verdadero, pues que la rosa, al morir en la mañana (esto es, al nacer), muere otra vez en la tarde, y esta vez sí de veras. Lo mismo cuando dice: “Nace difunta el ave”, nacer está ahí en el sentido propio de venir al mundo, aunque “difunda” está sólo en un sentido poético, y moral si cabe; tanto como en la estrofa del arroyuelo, nacer equivale a morir. Estos cambios e inversiones del significado recto de los vocablos; algunas audacias sintácticas u omisiones voluntarias de verbos o predicados que no pueden sobreentenderse; retruécanos demasiado ingeniosos y buscamos, u otros juegos de palabras (algunos bien venidos, como el de “la vela de lino con que vuela el bajel altivo y grave”, y que en el naufragio es luego “vela de morir”), desenfadadas elipsis, transposiciones o aliteraciones, y, en fin, algunos tropos exagerados, son señalados vicios de cultismo, en este conceptista bastante puro.

Inútil, desde luego, ir buscando, imagen tras imagen, la adecuación de cada una al concepto que informa a todas y las funde en una sola y sucesiva representación de la mudanza terrestre. ..aún las que guardan su secreto, obran prolongando la resonancia de la sentencia como en una admonición de augur, o un vaticinio de poseído del sentimiento mortal ante el ser que, en viviendo, cambia de ser pues que no puede seguir siendo sin ir dejando de ser. Esta que aquí creemos adivinar, es acaso la nota más alta de la lírica en el pensamiento. Igual en desolación al soliloquio de Segismundo, también aquí el delito es haber nacido, y se lo paga con la muerte

en vida, hasta la postrera, que tal vez falla. Y el extender más allá del hombre esta inmanente tragedia; al ver, tras la falaz apariencia del juego vital y mortal, el afán de lo perecedero por detenerse un instante, por llegar a ser de veras, por poseerse en sustancial reposo, podría parecer. si no fuera ilusión temeraria, una anticipación del sentimiento schopenhaueriano de la inapaciguable y yana voluntad cósmica.

En los grandes momentos de Aguirre. casi siempre este sentimiento trascendente del destino y condición del hombre es el aliento interno y la nota tónica de su numen. Así, en la composición enviada a un concurso de la PICHINCI-IENSE, que sólo tenía por tema el nacimiento del Niño: desbordándose del asunto, propio para villancicos, se remonta Aguirre a concepción más alta y pone en prosopopeya la desolada lamentación de la especie. Representa a la humana naturaleza, llorando la desventura de su caída y midiéndola por la nostalgia de su excelsitud primera. “A la sombra del árbol de la muerte”, postrada, inane, dice querrellosa:

Yo fui la que al esmero
del más sublime numen delineada
en mi instante primero
de mil prodigios me miré formada;
mas ¡ay! Que si esto fue, todo ha pasado
y sólo de ser sombra ha quedado.

Mi antigua llamarada
tan breve se apagó, con tal presteza,
que convertida en nada
antes que llama se miró pavesa;
pues sólo ardió mi luz aquel instante
que a dar ser a mi nada fue bastante...
lloraré eternamente
la antigua dicha de que fui halagada,
aún más que el mal presente;
pues porque fui feliz soy desdichada.
Dijo, y rendida al grave sentimiento
En el dolor se destempló el acento.

Por la pocas muestras que tenemos. Aguirre tiende a desarrollarlo todo en acción, en cuadro, en movimiento dramático. No hubiera tal vez resultado mal “epicista”, como dijo Espejo. Más osado, más fuerte que Orozco en la entonación y el concepto, aunque no nos haya dejado un poema como La Conquista de Menorca, se ve que aún dentro de pequeños marcos veía las cosas en grande. Alzó a veces el diapasón a un tono de majestad bíblica y a veces, dominando su asunto como de altura, le da cierta vastedad, cierta amplitud de horizonte y repercusión, que anuncia un hálito largo. Pero mayor y más frecuente es, según dichas muestras, la fantasía lírica pura y simple, el arrebato imaginativo, el don desencadenado de la imagen rauda que estalla y pasa deslumbrante o se queda temblando e inestable como fecha vehemente. Y rasgos tiene de aquellos que en las retóricas anticuadas se llamaban, como por su nombre, sublimes. Tal cierta imagen de Luzbel caído, traída en aparato de cataclismo y presentada de súbito:

Del testamento sobre el monte ardiente,
Luzbel estaba respirando saña.
Dos hogueras por ojos, y por frente,
Negra noche que en sierpes enmaraña.

No recuerdo en Milton figura de soberbia y de belleza fatídica superior a la de este escorzo.

Hay en este poeta un don de imágenes sorprendente. Y si alguna emplea, o si se quiere muchas, que no se ajustan ni al sentido de las palabras, estratificado en los diccionarios, ni al de la idea, pues que le tuercen o la sobrepasan, revelan a menudo aquello que hemos dado casi como primera característica de su riqueza imaginativa: audacia, vigor, movimiento:

Falsear haré con ira fulminante
del alto cielo en su vaivén ruidoso
la azul muralla, y subiré triunfante
a ser señor del reino luminoso:
sin son estorbo a mi ímpetu arrogante,
aire, mar, tierra o firmamento hermoso,

haré que sientan mi furor violento
e] mar. la **tierra**. el aire. el firmamento.

La vida exaltada de las imágenes, que transfigura las cosas a Su contacto; esta visión, en reflejo, de seres y acontecimientos, parece haber sido en Aguirre de vividez extraordinaria. Y al considerarlas sueltas, desligadas del conjunto, no disminuidas por falta de proporción con el resto, ciertas imágenes aparecen quizá en toda su belleza, desencadenadas. ¿No es bella de por sí, aunque no signifique propiamente nada, esta imagen del Bucentoro,

Que luces en tempestades de oro;
u otra similar, cuando habla del séquito luciferino
que marcando con breve bizzaría
luz, por guerrero polvo, daba al día;
o cuando,

como arrojado de la etérea casa
Luzbel cayó con ira tan sangrienta
que, en humo envuelto en furor eterno,
de espíritus de luz ondeó un ii l u i e r n o...?

O imágenes de gallardía caballerisca y fastuosa como la de San Miguel Arcángel que, aprestándose a combatir al ángel atrevido, las rubias hebras apremió garboso al yelmo de oro en soles guarnecido.

La enrevesada elegancia, el compasado donaire de transposiciones a la manera de entonces, son también de su gusto y su acierto, como en la estrofa:

En ésta, pues, galera de Cupido
se miran muchos del amor forzados,
que en dulce llanto y apacible ruido
gimen al renio de una flecha atados...

En cuanto a la nota cómica, a la que debe su única fama, no podrá parecernos ya la sobresaliente. Sus espinelas de burla de Quito tienen rasgos tomados al vuelo, incisiones a lo vivo, retozos de risa acerba; pero hay otros que revelan simple encono rezago quizá de algún descontento físico o moral, que explicaría además su nostalgia ditirámica, delirante, por el nativo “trozo de los cielos”. Hizo también blanco de sus burlas a los médicos y a los críticos, socorrido y clásico solaz de los epigramáticos. Pero epigramas como los que luego reproducimos sólo por ser suyos, son más bien fríos y vulgares.

En verdad no es, ni con mucho, nuestro Caviedes. Más fino, mas donairoso que en la sátira, es sin duda en el discreto y rendimiento madrigalizante.

A juzgar por el ejemplo de dos o tres composiciones eróticas, brotábanle risueños, fáciles, los versos galantes y laudatorios, floridos de sutilezas, de argucias y de contrastes. Así, a unos ojos le dice:

Ojos cuyas niñas bellas
esmaltan mil arboles
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.
No sois aunque abrasáis
al que por veros se encumbra,
que el sol todo el mundo alumbraba
y vosotros le cegáis.
No estrellas aunque serena
luz mostráis en tanta copia,
que en vosotros hay luz propia
y en las estrellas, ajena.
No sois lunas, a mi ver,
que belleza tan sin par,
ni es posible en sí menguar
ni de otras luces crecer.

Y aunque ángeles parecéis.
No merecéis tales nombres
que ellos guardan a los hombres
y vosotros los perdéis.
Recuerda a Sor Juana Inés en sus discreteos, escauceos y balanceos,
como en este, a una “dama imaginaria”.
Arco de amor son tus cejas,
de cuyas flechas tiranas,
ni quien se defiende es cuerdo,
ni dichoso quien escapa.
Qué desdeñosa te burlas
y qué traidora te ufanas
a tantas fatigas firme
y a tantas finezas falsa.
Qué mal imitas al cielo
pródigo contigo en gracias,
pues no sabes hacer una
cuando sabes tener tantas.

Sería preciso analizar en detalle sus diversas composiciones, no todas igualmente bellas, ni aún las principales, ni todas a la misma altura en todas las estrofas. Las que hemos citado son tal vez las más felices o reveladoras de los mejor. En este esbozo hemos tenido que limitarnos a anticipar algunas deducciones, reduciendo su comprobación a unos cuantos toques o apuntes.

Hemos visto que hay en ellas algo más que un rezagado gongorismo. Aguirre tuvo las finas y fuertes cualidades que había menester un prolongador de Góngora para sentirse superior e inmune al demasiado razonable y vulgar ataque que bastaba para desbastar a secuaces menos bien dotados. La percepción inmediata y lúcida del simil lejano o recóndito; la mano segura y pronta, para asirlo sin vacilación; el sentido agudo de la multiplicidad de aspectos que una misma cosa ofrece al espejo móvil y reverberante de la fantasía; aquella especie de

vértigo lírico sobre el incesante transformismo de las apariencias, que corresponde al juego que entrevera imágenes con una celeridad a la cual no alcanza la trabada lógica; y esa libertad de vuelo, ese como júbilo de libertad sobre las formas cambiantes al infinito: todo aquello en fin, que se dio en Góngora irresistibles destellos, hubo también — si se quiere sólo hasta cierto punto- en este americano poco o nada bárbaro. Además. “excelsa música tiene Góngora”, como dice Ventura García Calderón. Aguirre tuvo también la suya, si bien no ha de entenderse este arte, probablemente inconsciente en él, en el sentido moderno el ritmo interior del verso en la polifonía de la estrofa.

El abuso de lo moral, de lo espontáneo y fácil, de lo asequible a todos, embota la común sensibilidad y exaspera, en poesía particularmente, la de algunos delicados, que buscan refugio en un arte velado y arduo. De antiguo, los poetas órficos encerraban en dísticos herméticos el secreto de su sabiduría. Los sofistas inventaron mil procedimientos ingeniosos, sutiles, incoercibles; procedimientos de artista, para renovar el encanto algo fatigado del arte de persuadir. Los mismos Padres de la Iglesia, y aún los mayores entre ellos, San Agustín, San Gregorio Nacianceno, adaptaron a la exégesis estos prestigios y artificios sabios. Asombro se San Agustín de encontrar una vez a San Ambrosio leyendo sin siquiera mover los labios. Para él lo escrito era letra muerta si no lo vivificaba el aliento oratorio: por eso, toda prosa digna debía estar clausulada conforme a un ritmo insinuante que halague al sentido antes de convencer. Declaró él mismo en sus CONFECIONES, que antes de convertirse, iba a oír a Ambrosio con oído atento a la armonía verbal y con gusto profano de retor que cata habilidades y sutilizas. Los retores latinos refinaron **más** los ardiles de los sofistas. Y aún en nuestra época clásica, ¿no pedía el divino Herrera que “se procure desatar los versos para apartarlos de la vulgaridad”, y no decía que “ninguno puede merecer la estimación de noble poeta si fuese fácil a todos y no tuviese encubierta mucha erudición y conocimiento de cosas...”? Aún artistas sanos y potentes, robustos y numerosos como Hugo, ¿no declaran también que le rare est le bon? Y en el consejo especioso de no escoger las palabras sans que!que **méprise**. no renova Verlaine una sutil .práctica cultista? Aguirre vio talvez (o quizá no se dio cuenta de ello) que la combatida o va vencida escuela, sí merecía su suerte cuando maneja

da tan sólo por manos porfiadas e inhábiles, tuvo en otras, privilegiadas, singular poder atractivo. Y le hizo dar en las suyas singular fulgor.

Y aunque la supervivencia de la escuela, muerta o moribunda en diversos centros de la Península, encerraba contrasentido aún mayor dentro de lo que hoy el medio americano —entonces inexistente en relación con la literatura-, no podemos reprocharle a Aguirre el haberla prolongado conforme a su índole personal. Equiparado con Evia, como lo hizo Mera, llevado al mal por el fragmento del poema de San Ignacio y por uno que otro verso absurdo, resultaría ahora de una injusticia notoria. ¿Ni a qué medir lo que va de la hojarasca y los cardos áridos del RAMILLETE DE VARIAS FLORES, al alzado brío y la feliz audacia de este orgulloso, que se creyó ya envidiado. De los cisnes tal vez, tal vez de Apolo,

y afirmó que produjo “sublimes partos su fecunda pluma”? Grande resulta, a mi ver, el poeta, tenido hasta hoy exclusivamente por letrillero jocoso y mordaz, o por culterano insoportable; el poeta de quien no se conocía ni se ha celebrado entre nosotros, más inspiración que la de una pueril hipóbole a Guayaquil, seguida de una mala burla a Quito.

A este poeta, todo él osadía brillante, o si se quiere fulgurante incoherencia, asignole don Juan León Mera, en compensación a defectos por carta de menos, una actitud especial “para el género templado” para “la poesía blanda y apacible” ¡Nada menos apacible en gustos y temperamento que este imaginativo desenfreno! Error, pues doble, si bien del todo excusable, el del excelente crítico de la OJEADA. La inspiración gloriosa, el esplendor metafórico, el nervio saltante e imprevisto de la imagen, fueron el don más fuerte de este poeta, dotado de todos los dones, inclusive, si se quiere, el jocoso, único que se le ha conocido hasta esta revelación de sus poesías inéditas.

Fue en todo caso, el mayor poeta de nuestro pobre siglo XVIII.

SUPERVIVENCIA LITERARIA

Dos composiciones —las únicas conocidas hasta ahora (1) en el Ecuador, o más propiamente fragmentados de ella— han mantenido viva, entre aficionados a antiguallas y curiosidades de literatura, la fama del padre Aguirre. Y estas dos formas sólo una, en dístico —de ditirámico elogio de Guayaquil, contrastando, en epístola jocosera, con su burlesca descripción de Quito y de los quiteños. Ello ha bastado justificar su renombre de versificador fácil y galano, de ingenio burlón y mordaz. Ya entera, ya dividida en dos partes, corre esa epístola en algunas antologías. En cuanto al poema, inconcluso, sobre la vida de San Ignacio, únicamente los eruditos sabían de su existencia, desdeñándolo empero todos como un infausto parto gongorino. Y a esto se ha reducido en su propia patria, por una serie de azares, el conocimiento de un gran poeta, el más estupendamente dotado, a nuestro parecer, de cuantos se levantaron, entre el sopor de larvas del coloniaje, a respirar el aura de la Soledades o a meditar el soliloquio de Segismundo.

En 1861, don Pedro Fermín Cevallos, al publicar en EL IRIS, periódico literario de Quito, el primer boceto biográfico que dio a conocer la importancia del padre Aguirre como maestro de filosofía y hombre de varias ciencias, publicó también, por primera vez, las déci-

(1) Este hasta ahora se refiere a 1917, año en que Zaldumbide publicó por primera vez este estudio.

(2) Un peomita burlesco contra Quito E Iris, página 121.

mas en burla de la capital (2). Según cuenta don Juan León Mera, enfadaron se los quiteños, cosa rara en quienes, por alarde de libre espíritu, de genialidad acerba y mal humor desamorado, fueron siempre, e inicuaente, los primeros, los más encarnizados, en encarnecer la modestia ingenua, la venerable tristeza antigua de su pobre sierra, sufrida cono si sus males la hubiesen vuelto madre indigna de tan buenos hijos...

Esa vez, de casualidad, parece, pues, no haber sido, según Mera. del agrado de todos ver que un compatriota, dándose las de extraño y como desterrado en Quito, la hubiese puesto en ridículo. Después aprendieron todos, casi de memoria, celebrándolos como mucha risa, esos versos hirientes.

En 1868, Mera citó en su OJEADA unos pocos versos del fragmento del poema sobre San Ignacio, e intercaló en su estudio algunas de las mencionadas décimas: siete, las mejores, de las que alaban a la ciudad natal del poeta, y dos, las más inocentes, de las que se mofan en Quito. El mismo año, pocos meses más tarde, Molestina publicó en su antología de ANTIGUEDADES LITERARIAS, las mismas siete décimas a Guayaquil. Se abstuvo de publicar las referentes a Quito. Después, en su ANIOLOGIA DE POETAS ECUATORIANOS (1892), Mera dio a luz estas últimas, en número de catorce, omitiendo algunas de las menos “cultas”, y añadió a las siete primeras concernientes a Guayaquil las tres estrofas de introducción que dan a esa fantasía su carácter epistolar. Esta vez, los quiteños ya no protestaron. El hombre excelente que era don Juan León creyó necesario explicarles que “sin duda, el padre Aguirre no tuvo otra intención que la de chancearse con el amigo a quien se dirigía” y añadió que “habría sido bueno que no emplease palabras o frases poco o nada cultas en sus chistes”.

Suponía el señor Mera que el Padre Aguirre había dirigido su epístola “a un poeta quiteño amigo suyo”, y lamentaba que no poseyésemos la contestación de éste ni supiésemos su nombre. Molestina, entre otros, creía que éste fue don Juan Larrea, y, a pesar de que vio refutada de antemano tal creencia por el mismo señor Mera, -quien le envió gentilmente a Lima los primeros pliegos de la OJEADA antes de que Molestina diese a la imprenta su recolección- mantuvo su error, y aseguró que las exaltadas décimas por él reproducidas provenían de una correspondencia rimada, sostenida con un poeta que aún no había

nacido o estaba, cuando menos, niño por aquella época. Nosotros podemos afirmar en contra de esta suposición, hasta ahora válida, que tanto el elogio de la ciudad natal como la burla a Quito, que forman una sola pieza, fueron dirigidos por el Padre Aguirre a su cuñado o coterráneo don Jerónimo de Mendiola, y no como chanza o juego, sino como desahogo de su nostalgia y queja de “la crueldad de su fortuna”:
“Contarle un pesar intento”, le dice a su “dichoso paisano” a quien envidia por haberse quedado en el Guayas “a gozar, en dulce calma”, de la “ciudad que por su esplendor” es

entre las que dora Febo,
la mejor de mundo nuevo
y hoy del orbe la mejor...

Por lo que hace al poema sobre San Ignacio, ya Espejo, en EL NUEVO LUCIANO DE QUITO, se ríe un poco del enfático y vano afán épico del poeta: ¿Qué laya de pajarotes helicónicos y permésicos había en su tiempo?”, le pregunta el insoportable doctor Murillo, al doctor Mera, el de EL LUCIANO, portavoz de Espejo; y éste responde: “Ninguno conocí poeta heroico...Mi maestro Aguirre erró la vocación de epicista (alguna vez emplearé sus términos) cuando pretendió escribir la vida del santo fundador Ignacio. ..Escribió un pedazo de poema.. Nada tiene que divierta sino sus latinismos. Ógalos Vuesa Merced uno por uno: argentado, crinitos, feretrado, ominosos, fatídico. Ahora oiga v.m. para divertirse, muy por sus cabales, una descripción de Monserrate: Va:

“Este de rocas promontorias adusto
freno es el aire y a los cielos susto,
más que de Giges los ribazos fieros,
organizado honor de los luceros,
cuya excelsa cimera
taladrando la esfera,
nevado escollo en su cerviz incauta,
del celeste Argonauta
teme encallar fogoso el Bucentoro,
que luces sulca en tempestades de oro.

Al erigir su cuello hacia los astros,
cubierto erial de nieves y alabastros,
a Apolo en sus reflejos
de marfil congelado ofrece espejos,
(reinando con sosiego)
Monstruos de nieve en la región del fuego.
Comunero de Jove airado truena
y de su cima la nevada almena
crinitos fuegos vibra a la esmeralda
de] verde simulacro de su falda:
siendo el frontis inmenso,
poro lo continuo y denso
del fulgor ominoso que lo inunda,
de ignitas sierpes Libia más fecunda;
aunque el vellón de nieve
que a la escarpa cumbre el valle debe
otra al hielo desata
sierpe espumosa de rizada plata,
que la ira y ardor ciego
la mitiga en carámbanos el fuego;
y el arroyo cansado
en verde catre de su grama al prado,
cuando apenas nacido,
ya lo ve encanecido
con las espumas que sediento bebe
por duros riscos resbalando nieve”...

¿Es todo el poema así? O se destaca este trozo, por su desenfrenado
brío, entre otros más sosegados, y fue acaso por esa valentía
descabellada por la que Espejo lo citó de preferencia, en
corroboración de su designio articulista?

Cuantos conocieron estos versos le dieron razón a Espejo.

*

**

Así, pues, gongorino furioso ante los eruditos, versificador burlesco
y brillante en la opinión común, el padre Aguirre no ha ganado

ni perdido hasta hoy en el concepto de sus compatriotas, y sus fama de jocosos ha llegado a nosotros en la forma tradicional, sin enmiendas ni añadiduras.

En el pequeño ENSAYO SOBRE LA HISTORIA DE LA LITERATURA ECUATORIANA (1860), don Pablo I-Terrera poco dice, acerca de este poeta, y nada que pueda debérsele al al benemérito anticuario como una revelación. Y era fácil suponer, dada su opinión constante —seudo clásica, pacata y pobre en lo relativo a cuanto le pareciera tocado de gongorismo —cuál sería la suya al tratarse de este poeta, reputado por culterano sin remisión. Treinta y cinco años más tarde, en su ANTOLOGIA DE PROSISTAS (1895), da, concernientes al padre Aguirre, tan sólo pocas y escuetas notas biográficas. Más bien Cevallos, en su mencionado esbozo de 1861, dice: “A juzgarse por los versos de tono jocosos que han llegado a nosotros por la tradición o en manuscritos mal copiados, tenemos que reconocer entre sus dotes una chispa brillante y facundia suma para jugar con el sentido y estructura de las voces”. Y si bien advierte por ahí “algunas faltas gramaticales y de retórica, algunos concetti. . . y una que otra expresión vulgar”, parece tenerla en mayor estima que los críticos posteriores.

Fue Mera quien, prematuramente, dio el golpe de gracia al poeta, desde entonces a duras penas sobreviviente: “Pena causa- dice en la Ojeada- ver cómo el padre Aguirre delira y disparata en los fragmentos de poesía seña que nos ha dejado (1). Evia no habría escrito de otra manera. Casi no hay diferencia entre los dos paisanos...Ni un paso adelante en el espacio de un siglo. ¡Ni la más ligera señal de restauración por parte del ¡Aguirre! Nada! ¡Nada!” Acúsale en especial de no haber sabido reaccionar contra el inveterado culteranismo, y aún de haberlo agravado con su obstinación: Mal pecado! —exclama ingenuamente -; en él ha encontrado nuestro sabio compatriota su castigo, porque además de traerle vituperio, le ha privado de honroso asiento que la posteridad le habría concedido”. En cambio, con indulgente simpatía y detención mayor, y desde luego con más conocimiento de causa, Mera estudia su poesía ligera y le tributa grandes elogios por algunas de las décimas a Guayaquil, no sin advertir que “se ha propasado” en lo de loar

(1) Don Juan León Mera no conoció otro que aquel citado en lapágina precedente.

a su “ciudad primorosa”, a “este trozo de los cielos”, por el cual
si la alta esfera

fuera capaz de desvelos
tuviera sin duda celos.

Mayor “reprobación” le merecen “las huellas de mal gusto que se
ven en esos versos”.

Molestina, en la breve nota biográfica puesta ante el único fragmento
que reproduce de Aguirre en ANTIGUEDADES, repite,
diluyéndolos en su prosa incierta y ramplona, los mismos conceptos.
Dice Mera: “Dotado de excelente talento, fue (el padre Aguirre) uno
de los que pudieron ponerse a la cabeza de los poetas ecuatorianos...,
mas él mismo cerró los ojos a la luz”. Y Molestina. “Adornado de las
dotes que caracterizan al poeta, pudo ser uno de los cantores del
Parnaso ecuatoriano; pero por desgracia se dejó inficionar muchas
yepes por el gongorismo y pecó por afectado y extravagante”. “Sus
obras —añade- están perdidas. Descubriéndolas algún día, quizá
hallamos bellezas de primer orden en quien, si escogió formas de
mala ley para expresarse, el dios de la poesía no dejó de serle
propicio alguna vez”.

Villavicencio, en su GEOGRAFIA, lo califica de poeta festivo. En
fin, Menéndez y Pelayo, sin más base que las anteriores para asentar
un juicio personal, reproduce también el de Mera, condensándolo no
sin rigor: “Conserva —dice- resabios del conceptismo o más bien del
equivocismo de Gerardo Lobo y de Benegase; y más bien debe ser
puesto entre los copleros que entre los poetas formales, aunque tiene
gracias descriptiva y no solamente en lo burlesco”.

Vemos, pues, que cuantos le han juzgado —sin que fuera parte a un
escrúpulo la parvedad de las muestras-le han reconocido, con una
especie de condescendencia, “que no carecía- como dice Mera- de
buenas dotes para el manejo de la lira”. Pero deploran todos que las
hubiese echado tan a perder con los tenaces vicios de la escuela. Y
poco más o menos concordaron todos en la sentencia de “haber sido
el género satírico y jocoso el único que convenía al genio de tal
poeta.

..Siéntese, sin embargo, en la afirmación de estos pareceres. la
insuficiencia del fundamento, la poca seguridad de la inducción. Y
desde luego. eso de alabar los dones del poeta y deplorar su viciado
em-

pico, elogiar al autor y detestar la obra, fue siempre recurso fácil en la perplejidad del juicio literario, sea que la justicia desfalleciera al peso de intenciones y buenos deseos, sea que la balancearan expresiones contradictorias.

De aquel recurso echa mano Mera con insistencia benevolente. Censor severo y paternal de nuestras letras, en quien la probidad intelectual no era sino el dictado de leal honestidad de corazón, sintió tal vez, a modo de remordimiento, la falta de mayores pruebas que le hubiesen permitido, acaso, absolver del todo a poeta de tanto aliento. Veía, sin embargo, que no podía hacer menos que condenarlo, en razón de las que tenía ante sus propios ojos, sagaces, mas no dotados de segunda vista: ¡Era su buena índole tan refractaria al énfasis y encrestamiento de los cultistas! Procuró, empero, en gracia de uno que otro verso, de una que otra imagen, rehabilitarlo. Habría querido encontrarlos, así fuese en número más corto, en compañía más recomendable; o hallarlos sueltos, para construir con ellos, a modo de un Cuvier indulgente, todas las obras desaparecidas. Dos o tres estrofas a su entero gusto habríanle bastado para consagrar al poeta que su patriotismo procuraba hallar, como refrigerio a su esperanza retrospectiva, en el erial desolado y mudo de la colonia. Mas, al verlo en brazos del culteranismo, se sintió obligado a declararlo estragado. Se contentará luego con Orozco.

En su busca de compensaciones, en su deseo de darle gloria mejor, llegó tan sólo, y a manera de transacción, no sin violentar un poco su conciencia cauta de maestro y guía, a conceder en definitiva “que pudo Aguirre sobresalir en el género templado, en aquella poesía blanda, risueña, apacible, semejante a la luz de la mañana”... No cabe visión más errónea del lineo temperamento de Aguirre.

DATOS BIOGRAFICOS

Influía en Mera, lo mismo que en los demás, induciéndoles a respeto y admiración, la memoria del magisterio y altas dignidades que honraron la existencia del padre Aguirre.

Numerosos indicios quedan de haber sido, en la oscura colonia y luego en la Italia pontificia y discutidora, hombre de ciencia y de influencia. Pocos americanos de su tiempo y aún de su orden, y acaso ningún ecuatoriano, si exceptuamos al quiteño fray Gaspar de Villarroel, alcanzaron tan señaladas distinciones en Europa. Su mucho saber, y probablemente en más alto grado algún singular ascendiente personal de simpatía y prestigio, le hicieron varón de consulta cerca de los grandes de la Iglesia. Fue en el destierro, y después de la extinción de la Compañía, donde y cuando su nombre, o lo que pudiéramos llamar su carrera, llegó al apogeo. Pero desde sus comienzos brilló en el mismo Quito colonial y austero, en los venerables claustros de la Universidad de San Gregorio Magno.

Aparece en primer lugar como uno de los innovadores de los métodos de enseñanza y de las doctrinas en filosofía. Aún el terrible Espejo reconoce que “trató con dignidad la metafísica”. Mas no fue como quiere don Francisco Campos, el primero en apartarse del aristotelismo escolástico y en instaurar un principio de reforma. Ya el padre Magnin había intentado en 1736 implantar el sistema cartesiano; y el padre Tomás Larraín, de la provincia de Quito, nacido hacia 1703 y jesuita de mucha doctrina”, según Espejo —a cuyo testimonio en este orden de datos hemos de recurrir de preferencia por ser casi el de un contemporáneo y de los mejor informados —había formulado una serie de cuestiones de física y de filosofía para enseñanza en los colegios y

Universidades, inspirándose en los sistemas modernos y dando de mano el peripato. Espejo conoció así mismo el ‘juiciosísimo padre Aguilar’, predecesor del padre Aguirre, maestro del doctor Mera, en del NUEVO LUCIANO, quien, al asegurar que aquel precursor “trató con alguna solidez la lógica”, quiso decir que lo hizo sin las pueriles argucias y paralogismos que antes infestaban la enseñanza. “Luego se siguió -dice ese mismo doctor Mera- mi padre Aguirre y sutilizó más que ninguno había utilizado hasta entonces...” No es del caso señalar en este brevísimo estudio hasta qué punto tuvo razón Espejo de llamarle “ergotista pungente y sofisticado”. Los curiosos de alguna muestra de tal dialéctica pueden contentarse con la vertida al castellano (¿por el padre Menéndez?) que puso Herrera en su ANTOLOGIA. Aún allí se ve cómo, por entre una exposición todavía enredada en la lianas del silogismo, en la vaguedad de los símbolos ontológicos, bajo el respeto al argumento de autoridad y más fórmulas de la irrompible malla escolástica, corre ya, aligerada de trabas, la intuición de los modernos métodos y del nuevo sentido de la verdad filosófica, de la importancia y trascendencia de la experimentación como criterio regulador. Adivinaba que no era otro el rumbo de la verdadera ciencia.

Trató también la ética. “En sus tratados de Justicia y de Contratos, que nos dictó y yo le oí —dice el doctor Mera, el del Luciano-, tomó por objeto impugnar con acres invectivas al padre Consina. Bien que en esto que escribió no hizo sino, como plagiarlo, trasladar lo que el padre Zacarías y mucho más de lo que el Padre Zecche escribió acerca del mismo asunto que tomó Aguirre”.

Mas inclinado parece haber sido el padre Aguirre a las cuestiones de física pura, y quizá mejor dotado para ellas que para la especulación. Habiendo estudiado tan sólo por curiosidad y gusto algo de Medicina, tanto llegó a saber de ella, que el mismo médico de Clemente XIV le consultaba, según fue fama, muy a menudo. Para su genio afanoso de novedades y para sus dones de aficionado a las ciencias, ninguna novedad más tentadora que la de recurrir al experimento como piedra de toque o punto de partida de los principios filosóficos. De la física habíase hecho en las aulas “oscura caverna de trampantojos aristotélicos, donde se palpaban las tinieblas y la oscuridad”, según el pintoresco decir de Espejo. Aguirre y el padre

Hospital fueron los primeros en practicar hasta donde era dable, en colonia tan remota y pobre, sin aparatos ni libros nuevos, el sistema experimental. “Divirtieron a las gentes y aturdieron a los religiosos con sus novedades”, dicen el malicioso civilizador. El espíritu nuevo cundió tan pronto, que “alguno desertó la escuela y aún la ciudad por no oír blasfemias contra Aristóteles”.

La impaciencia del padre Aguirre comprometió por un tiempo el éxito. Pero su enseñanza, aunque morigerada por su continuador en ella, el padre Hospital —quien al sentir de Espejo, “fue mejor sin comparación, pues su juicio trató razonablemente todas las materias que tocó”—dio pie a la reacción intentada luego por el riobambeño padre Muñoz, que para calmar las conciencias alborotadas volvió al aristotelismo más fatigado e inocuo. “Cata allí —sardonizó Espejo-, restituida la paz a la monarquía peripatética”. Y así será hasta finar el siglo, hasta el plan de estudios del obispo Calama (1792) y la organización del nuevo seminario para enseñanza de la filosofía a cargo del padre Rodríguez (1797) Aunque no fue el primero ni el mejor maestro, pues tanto su predecesor como su continuador fueron varones de mayor peso y cordura, fue Aguirre quien, con su vehemencia brillante y desenfadada, lanzó más lejos el espíritu de la reforma y se llevó para sí todo el renombre de “injusto desposeedor del pacífico imperio aristotélico”. “Ayudaba le —dice Espejo- una imaginación fogosa, un ingenio pronto y sutil”. A la verdad, el impulso venía de algún tiempo atrás y de más lejos, pues que provenía del que a su vez habían recibido de Feijoo las Universidades españolas. Si la influencia del padre Aguirre duró tan poco y antes bien provocó la reacción escolástica de Muñoz, debiose sin duda a la excesiva vivacidad de palabra puesta al servicio de la urgente empresa. “Siempre se fue detrás de los sistemas flamantes y detrás de las opiniones acabadas de nacer, sin examen de las más verosímiles: él dijo siempre, en contra del otro discreto, **Novitaten**, non veritaten amo “gusto de la novedad más que de la verdad”. En opinión de Espejo, contribuyó a ello lo que él llamaba “el genio guayaquileño”, que él estima, a este propósito “siempre reñido con el seso, reposo y solidez del entendimiento”. No hay duda —añade que influyó muchísimo en el ingenio de este padre, el temperamento guayaquileño, todo calor y todo evaporación”. Espejo lleva su parecer hasta generalizar temerariamente que “en Guayaquil no hay juicio alguno”.

Exageración aparte (fue en Espejo hábito invencible el de extremar la expresión de sus observaciones, aún de las científicas) la expresión de Espejo refleja sin duda la impresión que debió de producir en sus oyentes, algo sorprendidos, la persona misma del padre Aguirre. De hallarse deservido su verdadero valer por condiciones opacas de carácter o temperamento, o menos bien lucidos por cualidades algo más recónditas, no habría acaso salido de una penumbra de medianía a que le relegaba entre los europeos el hecho solo de ser de América, pese a la igualdad ficticia dentro de los conventos. Debemos representárnoslo ante todo dotado, por su briosa naturaleza, de aquella personal irradiación de convencimientos y de simpatía que en todas partes le hizo de los primeros. Tal le vemos por el testimonio de quien le conoció de cerca, monseñor Pimienta, arcediano de Tívoli. Desenfadado y ameno, audaz, feliz y brillante, desplegaba con sagacidad el tesoro de su erudición y conquistaba con su abundante facilidad a sus ilustres interlocutores. “Provisto de un talento perspicaz y de una memoria admirable —dice el informe suscrito, en 1816, por el nombrado acerdiano-, encantaba a cuantos le escuchaban; se acordaba de cuando había leído; todos concurrían a admirar su doctrina, y cada uno deseaba estar junto a él para aprender; y él escuchaba con paciencia a todos, aunque estaba siempre ocupado de dar tantos pareceres como fácilmente daba y remitía a Roma”. Fue, sin duda, otorgado este informe a ruego de algún miembro de la familia y otro interesado. Sólo así se explica que, a los treinta años de fallecido el jesuita ecuatoriano, monseñor Joaquín Pimienta atestigüe en Tívoli- en documento refrendado por su secretario, sellado por notario público, y rodeado de otras precauciones para evidencias de su autenticidad —“ser verdaderísimo” cuanto allí se expresa de más encomiástico. “No solo lo hemos conocido, dice, más aún lo hemos tratado familiarmente en todo el tiempo que permaneció aquí”. La aseveración es, pues, bastante digna de fe. Aunque aparejada en forma legal, sólo se reduce a información biográfica, y más que todo a ponderación de sus merecimientos. Sólo abarca el último tercio de sus existencia, a partir de la llegada a Ferrara, en 1768; e ilustra más bien ¡aparte moral. Prueba cuán honda y vivaz memoria había dejado de su persona y de su saber este extraordinario “americano de la provincia de Quito en del Perú”, como se lo designa ahí. Pablo Herrera conoció este informe

Campos lo reprodujo por entero en su GALERIA; ha sido, pues, la fuente común, y para los años posteriores la única, de todos sus biógrafos. “Nada sabemos de sus primeros quince años”, declara Cevallos. Gutiérrez tampoco conoció el informe de arcediano. Datos inéditos relativos a la época anterior al destierro de la Compañía hemos conseguido algunos, pero a la verdad insignificantes. Mas no es difícil recomponer, con las más salientes de la diversas noticias, al trazo entero de la vida de este jesuita. Sabido es que Juan Bautista Aguirre nació en Daule, y no propiamente en Guayaquil, el 11 de Abril de 1725. Fueron sus padres el capitán don Carlos Aguirre y Ponce de Solís (si bien Herrera dice Francisco Aguirre) y doña Teresa Carbo y Cerezo, ambos nativos de Guayaquil. Vino temprano a Quito, a hacer sus estudios primeros en el Colegio Seminario de San Luís, y a la edad de quince años ingresó a la Compañía, el día mismo en que los cumplía, 11 de Abril de 1740. Profesó a la edad de treinta y tres, en 15 de Agosto. de 1785. Catedrático de Filosofía primeramente, y de Teología Moral después, ejerció la influencia que hemos anotado, en la Universidad de San Gregorio Magno. Prefecto de la Congregación de San Javier, y desde 1765 socio cultor del provincial de Quito, padre Manosalvas, brilló en todos esos puestos por su ciencia tanto como por su virtud. Permaneció en Quito más de treinta años. Años de juventud, fueron sin duda los de más ferviente inspiración poética. Sus estudios ni su cátedra nunca pudieron refrenar su fogosidad de imaginación. De fantasía enfática y elegante, le dio vuelo y auge en la predicación, que tanto se prestaba entonces al ditirambo y al escarceo. De su oratoria tenemos preciosa muestra con la oración fúnebre pronunciada en las exequias del ilustrísimo Juan Nieto Polo del Águila, obispo de Quito. El habersele designado en ocasión tan solemne en indicio de su fama de orador. Aquel ejercicio retórico, bajo el falso ardor del obligado elogio, cobra en él una fibra, un desembarazo, una rapidez, que están ahí delatando su habitual gusto por el pensar figurado, por la antítesis abundante y su facilidad de moverse en la abstracción metafórica. Nada de tanteos ni apocamientos: expresión valiente, algo torturada de conceptismo, pero mantenida recta por la frase corta, acelerada y ferviente. Guarda resabios de la época, pero a veces son (le lo mejor, como en este balanceo, entre discreto e ingenuo: “Ello

era cosa admirable, ver a nuestro ilustrísimo prelado en lo mejor de su edad, navegando en el mar del siglo, cono en un golfo de leche, todos los vientos favorables a popa, todas las ondas en bonanza, todas las estrellas en aspecto risueño; mas él, tan superior a su grandeza y a sí mismo, que temía como borrasca la serenidad y como escollos del sosiego las insignias de la fortuna”. Lástima es que no puede otra muestra de esta prosa, clausulada como para dicha, aunque poco numerosa; enfática todavía pero bastante más certera y rápita que la de sus contemporáneos, quienes la envolvían toda en los pliegues del período incómodo y tardo, cuando no la ahogaban en las sinuosidades de un pobre y laborioso alambicamiento. En Italia quizá no volvió nunca a predicar, por falta de auditorio español.

Sus tratados de Filosofía, escritos como están en latín, sobrepasan doblemente nuestro dominio. Los tres volúmenes de que consta su manuscrito latino, no son sino la parte muerta de su enseñanza. Esta derivó, sin duda, su virtud comunicativa, de aquella especie de atmósfera como si dijéramos radioactiva que circunda a personas cuyo prestigio, indiscernible y difuso, no puede condensarse en obras inertes. En el testimonio directo, retransmitido por lo que le oyeron, en las noticias de su influjo, que lo comprueban, hemos adivinado cómo obraba aquella. Si el doctor mera del NUEVO LUCIANO, en su propósito anticulterano, vio persistente en los versos y aún en la enseñanza del padre Aguirre el mal hábito que combatía, no por eso deja Espejo de dar a entender la superior manera como el fogoso jesuita, orientado hacia lo más moderno, era una fuerza de vida en la apagada colonia.

Veámosle ejerciendo en mayores centros, desde que partió, expulsado con los de su orden, el 20 de Agosto de 1767. Hallábase en Quito (Gonzáles Suárez dice incidentalmente que en Ambato) el día del extrañamiento. Embarcase en Guayaquil el 3 de Octubre del mismo año, en unión de 77 jesuitas más. Llegado a Panamá, al cabo de veinticuatro días de navegación a bordo de una mala fragata mercante llamada SANTA BARBARA, no fue la menor de las tribulaciones por las que pasaron los desterrados la muerte del provincial, padre Miguel Manosalvas, natural de Ibarra. Alegando que era el fallecido, puesto que expulsó, reo de Estado, el gobernador prohibió que doblaran las campanas. Escribióle entonces el padre Aguirre, so-

cío de provincial, “una carta muy discreta”, y obtuvo que se permitiese tocar a muerto.

De los jesuitas poetas que iban con él, le cupo hacer en compañía de Orozco y de Andrade la travesía hasta Panamá; y en la de Andrade hasta Cádiz. (Viajaron así juntos el poeta que más tiernamente amó a Quito y el que más lo hirió). Fue de la más penosas la navegación de Cartagena a la isla de Cuba. “Tuvieron recio temporal a la vista de Jamaica”. Dieron fondo en Batabanó, y fueron por tierra a la Habana: “montados en caballos muy ruines, caminando siete leguas de camino montuoso y malo y llegaron con la noche al Bejucal y allí los alojaron”. Al padre Aguirre lo alojó en su propio palacio el marqués de San Felipe; y, por más cansado y enfermo, lo detuvo allí, mientras sus compañeros. “montados en viles cabalgaduras, entre guardias de dragones”. Prosiguieron hasta La Habana, “y sin entrar en la ciudad fueron conducidos por la bahía al depósito o cárcel del palacio del Marqués de Oquendo en Regla, donde (el padre Andrade) experimentó con los demás estrecha reclusión, registros rigurosos, guardas y otras vejaciones sin cuento”. El padre Aguirre con sus compañeros de Quito, y con otros de la provincia de Lima, partió de La Habana, con rumbo a Cádiz en la fragata merchant VENGANZA, el 22 de Abril de 1768. (1) De Cádiz fue a Faenza, y de ahí pasó a Rávena, como superior del convento de esa ciudad. Fue nombrado en reemplazo del padre Nieto Polo, aquel a cuyo empeño se debe la primera imprenta llevada por Coronado a la presidencia de Quito, instalada al principio en Ambato y secuestrada en Quito, como propiedad de los jesuitas, cuando la expulsión de la Orden. El padre Tomás Nieto Polo del Águila había sucedido como provincial al padre Manosalvas, muerto en Panamá, y Aguirre siguió desempeñando en aquel viaje el cargo de socio.

(1) Los datos de este viaje e itinerario fueron tomados, por el suscrito, en Madrid, de la HISCORIA MODERNA DEL REYNO DE QUITO Y CRONICA DE LA PROVINCIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN EL MISMO REYNO, del padre J. Velasco, todavía inédita. A la hora de hoy —1947-. y posterior a este Estudio publicado en 1917 y reproducido como introducción a las poesías inéditas del padre Aguirre. por mi halladas en Buenos Aires el año de 1937

-véase el volumen tercero de la colección de CLASICOS ECUATORIANOS. Quito, 1943-. ha comenzado a aparecer en Quito. una edición de aquella extensa crónica, pero sin llegar todavía al volumen que nos concernía. pues el tomo 10., hasta aquí el único editado —solo abarca la historia de la Compañía de Jesús durante los primeros años: 1550 a 1685. Sigue. pues inédita la parte que nos toca la relativa a la expulsión de los jesuitas (1767) y a su residencia en Italia.

De Rávena pasó a Ferrara. El Padre Recci, tan llorado poco más tarde por los jesuitas del destierro, y en particular por nuestro Viescas, le nombró rector del colegio de esta ciudad. El Arzobispo de la diócesis le nombró luego examinador sinodal. El informe del arcediano de Tívoli parte de esta época. “Como sol naciente se manifestó a todos su incomparable doctrina”, dice; y aunque la exageración, retórica o de complacencia, de ciertas alabanzas inspire desconfianza, el testimonio es válido en cuanto al resto. Y aún bajando razonablemente el tono del encomio, bien alto queda el fidedigno elogio, como cuando dice: “Diariamente era buscado (el padre Aguirre, en Ferrara) por las personas doctas, así eclesiásticas como seculares, para oír su dictamen sobre las dudas que tenían en materias filosóficas, dogmáticas y morales”. Extinguida la Orden de los jesuitas por la bula Dominus ac Redcmtor de Clemente XIV (1773), Aguirre anduvo por varios lugares de Italia, hasta que fijó en Roma su residencia, bajo el pontificado de Pío VI. Allí, sea que le precediera la fama adquirida en Ferrara, sea que tuviese desde luego ocasión de mostrar su saber y ejercer su ascendiente personal, ello es que, si hemos de atenemos al citado informe, “los eminentísimos cardenales le buscaban como a teólogo y muchos de éstos se servían de su opinión en las congregaciones del Santo Oficio y de Propaganda Fide: de suerte que para satisfacer a la solicitud de todos, jamás salía de su casa por la mañana”. Cinco años continuos permaneció en Roma. Su salud vino muy a menos, y aconsejársle cambiar de aires. Fue entonces conducido al castillejo de San Gregorio, en las inmediaciones de Tívoli. Allí, como en todas partes, su trato es buscado y su consejo solicitado. El Obispo de la diócesis, monseñor Julián Matéu Natali, lo guardó en palacio como su teólogo. Con entusiasta modestia solía el docto prelado corzo repetir los decires de su consultor, y hasta afirmaba que “aprendía más discurriendo una hora con el padre Aguirre, que estudiando un mes”. Allí como en Roma, el Capítulo de la ciudad, los eclesiásticos y todos, aún los Cardenales que moraban en los contornos, gustaban en toda ocasión de provocar al parecer de quien ya, por más de una vez, se había revelado como casuista de los más brillantes, prontos y sutiles, en época que todavía tenía un flaco por csa casta de ingenios. “Los jesuitas españoles, italianos y portugueses —dice el informe-, le miraban co-

mo a uno de los más doctos de la Compañía en las disputas teológicas y filosóficas, y ocurrían a él y le llamaban para resolver las cuestiones más intrincadas y cedían a su parecer”, resolvía los casos morales “con tanta claridad, que todos quedaban sorprendidos y maravillados”.

Fácil es imaginar la manera cómo este curioso y pulido espíritu, excitado al contacto de hombres de ciencia y posición ilustre, habrá dado de sí todo su resplandor. Consultando libros de que en América había carecido, tomando de labios de autores vivos nuevas doctrinas e interpretaciones, consultando él mismo como una de las mejores autoridades, su nativa riqueza de ingenio se acrecentaba al par de su proba-’ da fama. El mismo padre Zacarías —cuyas ideas había seguido Aguirre en Quito, a punto de habersele acusado, según el NUEVO LUCIANO de imitación y plagio al entonces célebre autor —“no cesaba, hallándose en Tívoli, de consultarle las materias más oscuras, y aseguraba públicamente no haber conocido jesuita más docto” que su antiguo secuaz y discípulo. Monseñor Gregorio Barnaba Chiaramonti, que catorce años después de muerto el padre Aguirre fue elegido Papa y reinó bajo el nombre de Pío VII, tuvo también largo trato con nuestro compatriota. Sucesor del Obispo Natali en la sede de Tívoli, continuó distinguiendo, como su predecesor, al padre Aguirre, nombrole asimismo su teólogo consultor, y “a menudo le retenía en su estancia conferenciando con él largamente”. Elevado a la dignidad cardenalicia el futuro Papa, le sucedió en la sede tiburtina monseñor Manni. No dejó el padre Aguirre de serle acepto como a los demás: dióle este prelado la cátedra de teología Moral en el Colegio público. Reanudó así, al ocaso, la tarea de sus comienzos. Y como de sus primeros años quedó el tratado de filosofía que aún guarde inédito la biblioteca del colegio de los jesuitas de Quito, quedó, hoy tal vez ya mezclado al polvo de la antigua Tibur, UN TRATADO POLEMICO DOGMATICO, fruto de sus colmados años postreros. Murió en Tívoli, a los sesenta y un años de edad, el 15 de Junio de 1786. Fue enterrado en la iglesia de los jesuitas. La santidad de su vida parece haber sido ejemplar, y en los últimos tiempos, llevada a excesos: encontró séle metido en la carne anciana un tenaz cilicio.

(De “Gonzalo Zaldumbide en Cuenca”)

UN GRAN POETA NUESTRO IGNORADO AFUERA

(Remigio Crespo Toral)

Su nombre no es familiar ni entre gente de letras, fuera de cierto círculo. Evoca en ciertos lectores bien informados el recuerdo de dos o tres estudios notables, de una incontestable nobleza de espíritu, de una extraordinaria pureza de lengua, ensayos ocasionales, pero hechos para durar; de esos que entran sin ruido pero de lleno en la historia de la literatura de América. Para el lector de novedades, su nombre es el de un ilustre desconocido sin mayor importancia. A diferencia de tantos agentes viajeros de sus propios libros, aquel gran letrado, autor de una docena de volúmenes en prosa y verso, no se ha preocupado de que su obra trascienda o permanezca confidencial. Ha publicado, a instancias de sus amigos, tan sólo cuatro. Y los ha publicado en Quito o en Cuenca, que es una manera elegante de quedar inédito. El resto de su producción, esparcido, sepultado está en pequeñas revistas locales, o en folletos de circunstancia. ¿Desdén? ¿Orgullo de solitario? No. Desprendimiento natural, negligencia pródiga y desmemoriada, pero también prueba de alma más alta que sus obras, insensible a las vanidades profesionales. ¿Se trata de un amateur de talento, de un simple aficionado intermitente? Letrado fervoroso y asiduo, no desampara la pluma ni el libro, asiste desde su rincón al espectáculo del universo. Si hubiera querido él mismo ayudar a su suerte, una edición más difundida, más asequible de MI POEMA(1885), habría bastado a hacerle llamar desde entonces el Núñez de Arce americano, sin que la parte, mínima, accesoria, de imitación juvenil pudiese haber obscurecido la revelación de un talento de

la misma naturaleza y de un arte del mismo temple que los del maestro que acababa por entonces de conquistar el mundo hispánico de su época con IDILIO, LA PESCA, MARUJA, esos ensayos de naturalismo idealista, diafanizado en poesía. El joven montañés de los Andes, Remigio Crespo Toral había, pues, cantado como por instinto escenas y paisajes de sus campos, coloreándolos de una sensibilidad poética, con emoción personal al mismo tiempo que común a todos los suyos, y que, con sólo, o por sólo ser la más natural y propia, sorprendió como un hallazgo: realidades inmediatas, sensibles para todos y apenas, delicadamente, transfiguradas; recuerdos de infancia, navidades rústicas, bíblicas faenas de la siembra y de la cosecha, primeros arrobos... Comprendiese enseguida, a su alrededor, que un poeta había aparecido, cuya poesía brotaba conjuntamente del alma y de las cosas; e iba de las cosas al alma o del alma a las cosas; ya no de los libros al papel, conservado, sin embargo, el sello de una cultura tradicional que le abría el paso del clasicismo al romanticismo. En otras circunstancias, menos aislantes, el eco de su canto natal habría cundido, repercutido, multiplicándose, en una de esas ondas de unánime simpatía como hemos visto a veces propagarse por el Continente, reveladoras de un estado preestablecido de receptividad poética (MARIA, TALLARE, etc) Su gloria hubiera fijado tempranamente un precioso instante de su inspiración espontánea, si bien con detrimento acaso de otros dones más altos y más viriles, desarrollados más tarde, libres de todo halago exterior. Su soledad forzada maduró en paz, en profundidad, toda su rica naturaleza interior.

Floreciendo en toda libertad, su talento refleja su vida. Es una figura mistraleana.

Yo no tengo el honor de conocerle. Un día diré, lo espero, a rendirle homenaje en su buen retiro, perdido entre dos cadenas de montañas. Desde donde cubre de armonías y ennoblece de inteligencia una tierra a medias inculta, en la que él va despertando la conciencia de belleza propia: ejemplo que asegura cómo, aún en medio de comarcas semi bárbaras, la grandeza espiritual es posible, y cómo las letras tienen sus nidos de águila entre montes. Su ciudad nativa, la docta y lírica Cuenca, asilo del pensamiento estudioso y de la cultura desinteresada, le sine de marco adecuado y le debe nuevo lustre.

Su ciudad le ciñó el laurel apolíneo. Consagrado “Poeta Nacional”, el poeta cívico prendió en él el mismo ardor potente y concentrado de un Quintana, de un Núñez Arce —a quienes se asemeja por más de un aspecto, y de los más nobles, y de quienes difiere en particular por un horror filosófico al espíritu revolucionario. Inflamado de ímpetu tirteano, fue hacia el tumulto de la plaza pública, más de una vez. Poeta oratorio, de ardiente y concertada elocuencia, diríase, sin embargo, que sólo gusta de veras de la perfección serena y de la paz del alma.

Gentil hombre campestre, poeta bucólico, a la vez cristiano y clásico, romántico y pagano en medida muy personal, ha bañado sus valles y aldeas en idilio místico, de emoción católica ingenua, evocando la solemnidad del culto en el grandioso escenario de los Andes bárbaros, componiendo entorno, bajo el signo de las musas sapientes, una especie de reino bíblico y helénico, pretérito y actual. Es la atmósfera de MT POEMA, que él llama suyo por excelencia. Y esa es su vida. Pero tiene otros aspectos. Aquel, no de historiador, propiamente, sino de escritor retrospectivo, de vuelo a grandes alas sobre fondo histórico, es el que, personalmente, me interesa más, como tengo en más al prosista que al poeta. Pero hablemos más de éste que de aquél, ya que así lo quiere el mayor renombre que le han granjeado sus versos, donde menos se sabe catar la excelencia marmórea de la prosa. Cuando vaya a verlo, lo encontraré, sin duda, volviendo a caballo de la labranza. Reconoceré sin vacilación al anciano erguido, de airoso porte castellano, todavía robusto y bello que me han pintado; y afeccionaré en seguida su viril candor y su bondad soberana. Me dirá las bellezas de su terruño y de la vida del campo, que él ve con ojo virgiliano y describe con pincel aéreo, en versos que ondulan como trigales. Qué número ya sin número de tardes no habrá vuelto, en efecto, cabalgando plácido, por el sendero habitual, como rodeado y seguido de versos en ronda incesante, levantados a su paso como enjambres vivos de entre las flores del campo. Imagínalo yo, en el suave delirio crepuscular, ebrio de música silenciosa tejiendo y destejiendo en su mente estrofas casi inasibles. Al apearse en el patio de la vieja hacienda, no corre sin duda a fijar sobre el papel los alados versos que le asediaron por el camino encantado: a su memoria acudirán mañana y los contemplará dorados por el sol nuevo; y nosotros los veremos, años de, en sus geórgicas y sus églogas. Aquella es hora de platicar con sus

gentes, labriegos,-poetas al natural-, ancianos, niños, caminantes. Es la hora patriarcal, como hay todavía tantas, de veras, tan de veras americanos, gracias a las antiguas costumbres, tan españolas, de convivencia con los indígenas en los campos. Llega la noche: la lámpara vigilante, insomne, hará surgir para él, del seno de los libros mágicos, los mundos muertos y lejanos, las vidas desaparecidas o imaginadas, Grecia, roma, las Indias, la España, y los grandes siglos y todos los mitos y todos los problemas del destino humano. Porque este poeta tiene — y en él imbibes su poesía —el gusto de la historia y su filosofía. Ha leído mucho, comprendido todo, meditado el resto. Las pasiones humanas entreábrele perspectivas a lo infinito. De aquel su rincón perdido en un repliegue de montañas arduas, se eleva, se evade, contempla. Si él estrecha voluntariamente el círculo de sus predilecciones, no es por mediocridad de aspiraciones, ni por adherencia instintiva y hosca a su campanario. Ese es su *invenii portum*, la convicción del hombre para quien la literatura no debe ser un simple punto de vista o manera de ejercitar el espíritu, sino un lazo viviente del alma con la tierra que es parte de nuestro ser, que nos pertenece de nacimiento y nos rodea de cosas que se parecen a nosotros mismo, las únicas que uno penetra y ama verdaderamente. Nadie mejor que este perfecto humanista podía abarcar la cuestión de la universalidad de la literatura, aún en lo que tiene de origen local. Suyo es el doble mirador en que es preciso colocarse. Remigio Crespo Toral, el crítico, ha publicado justamente un ensayo sobre este tema que le es caro en especial cuando se dirige a los jóvenes:

la nacionalización de la literatura. Vieja cuestión que se plantea dondequiera, y sobre todo donde se descubren horizontes nuevos: y ya bastante debatida. Pero todavía mal definida por mal planteada. Desde 1886, joven aún, Crespo Toral había proclamado, como una necesidad íntima de verdad, como una prenda de sinceridad, para que se nos pueda creer, la urgencia de hablar de lo propio: el regreso al país natal, la búsqueda de fuentes vírgenes en nuestra tierra aún inexplorada. Mas, recientemente, con la amplitud magnífica de su experiencia en el oficio y de su vasta lectura, ha reanudado la exposición de ideas a las cuales había querido, a su vez, dar cuerpo y alma en sus obras de imaginación, señaladamente en la *LEYENDA DE HERNAN* y en ciertas piezas breves, pero ejemplarizadoras, y capitales dentro de su producción.

A pesar de su exhortación y de sus preferencias, los diferentes géneros de poesía —universal, nacional, personal- encuentran todos, en su obra misma, adecuada justificación. Y, para mi gusto, en lo que a su obra concierne, están muy por encima de sus poesías de la tierra, digámoslo así, esas meditaciones poéticas, esos cuadros en que la fuerza dramática de la historia, la desgracia o la pasión del genio, dan a su concepción cosmopolita, una altura que nada local delimita. SU DANTE, su MOZART, la serie de LOS INMORTALES o de LOS GENIOS, todas esas composiciones que podríamos llamar de poesía sapiente, de síntesis crítica y lírica —con las cuales logra a su manera una LEGENDE DES SIECLES en pequeño —pueden releerse con un interés más permanente que su poema novelesco de HERNAN, por ejemplo, con todo de haber vertido en éste, con una fuerza descriptiva y lírica nada común, la esencia de la vida peculiar a su país y a su generación. Relatos como éste parecen pertenecer, a mi juicio, a una literatura de curiosidad episódica y relativa, de orden inferior al vuelo de su espíritu por sobre las edades y las fronteras. Nada más amplio, por lo demás, como movimiento y libertad de inspiración, que esta espiral por donde el numen asciende al amor y a la contemplación de lo general y abstracto, y el corazón desciende, como cautivo de un encantamiento, a la realidad más consubstancial de cosas que no pueden enajenarse.

Aquel que no conoce sino su aldea, no conoce su aldea, ni se conoce a sí mismo; pero, asimismo, el eterno viajero que sin cesar cambia de país, no se apega sino a su sombra. Preciso es que algo nos mantenga, cuando todo se acaba en nosotros. La hora de este poeta, en el sentido histriónico de la fama, ha pasado, dicen. El lo lamentará menos que nadie. Y luego, **multa renascentur...** Y todavía, bajo la cabeza laureada y nívea, el corazón se le hincha de savia lírica y sus versos cantan, con inigualada pureza, temas eternos. La constante inconstancia de las estaciones árale reverdecen una y otra vez, en manos de las sucesivas generaciones.

(De Significado de España en América”)

SIGNIFICADO DE ESPAÑA EN AMERICA

(Alocución leída en la inauguración
de la Sección de Washington del
Instituto de las Españas).

Al escoger la Historia de la América Española por el historiador mejicano Carlos Pereira, para primer premio de la primera serie de trabajos que va a propulsar en Washington esta Sección del INSTITUTO DE LAS ESPANAS, el Embajador de España, digno representante de la nación española ante esta gran nación, nos la ofrece, delicadamente, como lema y símbolo del espíritu, -de mutua comprensión y simpatía recíproca, pero a través de la verdad y gracias al estudio,- que ha de guiamos en todos los órdenes de actividad con que recorramos el vasto campo de la gran cultura hispánica.

Ya aquel mismo historiador, enderezador de tuertos inteligentísimo, documentado y sincero, en su volumen llamado La obra de España en América, hizo el inventario de toda una época de la civilización, que fija, -más como misión para el porvenir que como deuda por el pasado,- el deber de continuarla y la manera de perfeccionarla sin romper con ella.

Y asimismo España, cual si ya no bastara a su destino el ser el contrafuerte de Europa, vuelve a mirar hacia el mar que por ella dejó de ser el medroso Mar Ignoto; vuelve a mirar con ojos y espíritu nuevos en que perdura tan sólo la antigua predilección, depurada por el tiempo y aun por el dolor, gran maestro. Es como si el nombre, lleno de gloria, de Nueva España, con que hizo su entrada y sus primeros siglos de historia dentro de la civilización occidental una de las más no-

bles porciones de nuestro sueldo americano, pasase ahora, no ya como nombre, sino como definición, a la antigua España, hoy nueva, con la cual todas nuestras repúblicas, -dadas a luz en parte, sino en parto, por la tradición misma del Cabildo Abierto, -creen sentir mayor hermandad de similitud, y avizoran como preparándose a zarpar de nuevo y navegar de conserva hacia el porvenir. No solo sabemos, sentimos, que, de entre los varios lazos que unen este Continente a la Península Ibérica, tres son los perennes, los vivificadores: la historia, la sangre, la lengua. Los españoles vinieron; y domaron, humanizaron los españoles nuestra áspera cordillera y nuestra selva virgen. Y desde el día del Descubrimiento, tan previsible fue el significado, el destino del Nuevo Mundo, que aquel mundo nuevo aparece como prefigurándose de suyo a través de los relatos de los cronistas contemporáneos, en la mente de los poetas de la Conquista, en la tela de los pintores de alegorías religiosas. - Símbolo de América, se diría, aquella virgen desnuda de que nos habla, en su latín elegante, Fray Pedro Mártir de Anglería. Recordad cómo los primeros descubridores de la Hispaniola, para entrar en contacto con los moradores, tomaron a una joven india, y de buenos modos se la llevaron a la carabela, para vestirla y aderezarla de galas hispanas y regalarla como se pudiese. La tímida india, una vez ataviada, y, sin duda, mujer ante todo, ya feliz con tanta novedad y adorno, volvióse a la playa. Libre y sola, corrió la joven indígena hacia la espesura, donde se habían escondido los de su tribu, medrosos de ver aquellos hombres blancos avanzar en buques fantasmas.. Al salir de la nave, ya esa india no era sólo una india: era ya la América predestinada a españolizarse. Ante su ejemplo, todos los de la tribu salieron del bosque, y se vinieron de paz a los españoles; y colmándose mutuamente de presentes, exóticos por igual para los unos y los otros, fueron en junta a desencallar una de las naves, rota entre los arrecifes. Y haciendo luego como los blancos, se prosternaron los indios ante una cruz, sin recelar de la espada puesta a su sombra.

En mi escuela de primeras letras, el buen maestro de escuela, de tipo ya desaparecido, al enseñarnos la historia, dolíase sentidamente de la suerte de los príncipes americanos coronados de tan mal hado. Nos enternecía o nos enfurecía con el relato de su prisión y sentencia

inicua, anatematizaba la traición y el dolor, abominaba de la codicia de los castellanos, revivía las escenas como un drama actual. Desventurado Moctezuma, desventurado Atahualpa. Crueles Cortéz y Pizarro...De la ciudad de los lagos, en el antiguo reino de México; de la ciudad de las cumbres, en el antiguo reino de Quito, partiéndose al encuentro de los hombres blancos los dos príncipes parecidos, hermanables en el destino. Cada cual a su turno se avanzaron ambos ceñidos de la misma corona de presagios siniestros, elegidos ambos para la misma insigne mala ventura. Ambos en litera de oro, llevados en hombros, como ídolos custodiados por sus sacerdotes, sus nobles, sus capitanes, en enjambre reverente. El rojo manto dinástico y el verde airón imperial no los preservarían ya más; y en las miradas atónitas reverberaban ya las vislumbres del mal augurio inminente. En términos parecidos hablan los historiadores, testigos oculares de la misma escena en los dos lejanos teatros sucesivos, de ese fin y comienzo de reinos, a que uno y otro príncipe se adelantaron como poseídos del divino agüero, en el último resplandor de majestad y serenidad de una melancolía verdaderamente regia. Entre el cortejo de un fausto y boato inauditos, la pompa procesional de aquel encuentro fatídico exhalaba como una especie de presagio silencioso; y los volcanes nativos encapotaron el ceño y se embozaron por fin de nubes, para no ver pasar por la vez postrera esa grandeza sin vuelta. A su vez, aquellos hombres blancos que habían trepado por las faldas de las cordilleras, sin más refuerzo que el que en sus pechos ponía un corazón profético, renovaban paso tras paso la misma terca esperanza. Ahí estaban ya, escasos y escualidos, famélicos y famosos, los hombres blancos anunciados por los oráculos, venidos como de otro mundo, mandados quizás por Quetzal-coati a profanar irrevocablemente el aislamiento sacro del Rey Sumo Sacerdote, del Viracocha. A su vez, aquellos extranjeros inexplicables, desorbitados, habían oído de la grandiosidad de esos reyes y sus imperios. ¿Cómo atreverse, ellos, tan pocos, y desfallecientes? Puñado de hombres perdidos en la inmensidad hostil, aplastados por la mole ingente de la cordillera o enredados en la selva inextricable, acribillados por las saetas de los indios invisibles e innumerables entres riscos y desfiladeros. Morir es cosa de poca monta; triunfar es empresa condigna del oro entrevisto en templos y sepulto en tumbas, reverberando de gloria. Hambreados de pan y de oro, siéntense, empero, emisarios del

Monarca Hispano que de lejos y en espíritu los inviste de la voluntad cesárea. Y acaece lo inverosímil, en un escenario ignoto de cumbres nevadas y páramos. Y los imperios que llenaban de fábulas la fantasía de los navegantes que con sus proas ciegas iban esculpiendo a tientas el Continente, pasaban de sueños a realidades de inéditas Mil y Una Noches. Y los reyes-dioses, increíbles y reales, cayeron en las toscas redes de lo ineluctable. Y dioses y reyes murieron para nunca más en manos de advenedizos en quienes encamé el Destino los designios que hasta ahora nos rigen. Descubierta, domada, la cordillera ingente que va de México a Chile, en la historia va dibujándose, no ya tan sólo como la columna vertebral de un Continente antediluviano, sino como un signo, como el **divortium aquarum** que partió en dos el destino, así de América como de España. De norte a sur la cordillera fue el ápice, en la marea contraria de dos razas, dos civilizaciones, dos físicas y metafísicas, dos humanizaciones de los ultraterreno. Bajo un invisible designio concordé vinieron a formar una de cuya unidad asoma desde los comienzos rasgos precursores, emblemas, presentimientos. Ni parece mera coincidencia el paralelismo de semejanza que liga, así a Moctezuma y Atahualpa, corno a Cortéz y Pizarro. En el Perú repercuten como un eco, ora agrandando, ora disminuido, los mismos fastos de la conquista de México. Atahualpa no parece sino el hermano menor, el segundo nombre o la reencarnación de Moctezuma, al par que Pizarro reitera el ademán de Cortéz. No solo en rango y destino, sino hasta en carácter y en ritmo de vacilaciones, semejante los dos príncipes americanos que sin conocerse, asumieron idéntica gloria trágica en el sacrificio gemelo, y cerraron con el mismo rito nefasto el ciclo de su América. Todo ello hacía que en la clase de mi humilde escuela reveladora, más de un muchacho sin duda sintiese el imponente drama a través de las pobres fiases del maestro ingenuo. Por lo menos, quien estas líneas pergeña recordando su infantil azoramiento de inconformidad, reflexionaba ya, yendo más allá de esa justa conmiseración del profesor mestizo que debía su existencia a los orígenes que condenaba.

Sensible, como los demás, a esa endecha mortuoria, pero sensible también a la épica, de la Conquista, defenderme no podía de cierta admiración y pasmo ante el valor sobrehumano de esos extranjeros

que hasta ahí llegaron; y pudieron ser arrollados y no lo fueron; y se hallaron de pronto crucificados entre su palabra de caballeros y sudestino de forajidos, entrelazados en su misión de conquistadores inverosímiles de un mundo inmenso, para su Dios y su Rey, y para sí mismos. Abrirse paso entre esa selva humana, única salvación de su pequeñez, transfigurada en súbita grandeza, grandeza tal, sin embargo, que no podía mantenerse un instante más sino triunfando del todo. Decapitar el Imperio, fue, en México y en Cajamarca, inaplazable necesidad. Tras tanta “noche triste”, no cabía otra que esa roja aurora.

Desventurado Moctezuma, desventurado Atahualpa, crueles Cortéz y Pizarro. Mas, frente a la fatalidad en esa hora decisiva, no todo fue alegría bárbara en esos civilizados. Patética perplejidad la de su conciencia de cristianos viejos, que aunque encallecida por la guerra y el hambre y la necesidad, por algún resquicio filtraba luz de compasión. Ellos obedecieron a su misión por el lado más flaco y el más humano:

el de la política necesaria. Y los hados de América se cumplieron. Nosotros mismos, habríamos procedido acaso de otra suerte? Calificados han sido, no sin razón, de aventureros culpables de crimen de lesa humanidad. No olvidemos, empero, que aun nuestros modernos “humanitarios” son los hombres más inhumanos, que matarían con gusto a media humanidad para que la otra mitad, la de ellos, sea feliz...

Esos crímenes capitales, con muchas otras acciones negras, pesan sobre la memoria de los conquistadores. ¿Es tan obvio el condenarlos?. “Crimen fueron del tiempo y no de España”, solíamos decir repitiendo el verso célebre que resumía un sentir ya unánime. De entonces acá y en pleno siglo veinte, ¡cuántos crímenes se han cometido que no son crímenes de España ni del tiempo. Una tarde, hombre ya, sentado en el umbral derruido de la casa de los Pizarro, en Trujillo de Extremadura, sentí converger de pronto como a un solo punto sensible de la conciencia, todos esos pensamientos tímidamente incoados en mi escuela de primeras letras. ¡Cuánta vida y cuánta grandeza. Cuánta, cuánta, no habían salido de ahí y expandídose por América, desde esa cuna del porquerizo que de allí huyó a Andalucía, y de allí embarcó para las Antillas, como Cortéz. y de allí vino con Balboa hasta Panamá, y de allí por la mar del Sur

a la gloria imperecedera. Nombres de lugares y de gentes que por sí solos son un vasto panorama de historia y de filosofía. ¡Qué ríos de múltiples sangres y diversas almas, qué imponente caudal de linajes, de virtudes y vicisitudes, de venturas y desventuras, de fortunas y de infortunios, de creencias y de querencias, de costumbres y modos de pensamiento y de acción, que todavía son los nuestros, habían dimanado de esa comarca, como de casual e inexhausta fuente, tras del pastor huidizo que fue a dar al Cuzco, y que muerto en Lima, todavía vive en Lima, como velando desde su túmulo,-donde sólo en apariencia yace en actitud hierática cuando todavía manda,- el sucederse de hombres y siglos, conforme al empuje inicial con que él mismo imprimió nuestro rumbo a la Independencia definitiva. Este íntimo contraste, de sombras y luces alternas,- que tan rica y cambiante vuelven nuestra sensibilidad histórica, con en vaivén entre dos mundos propios,- donde mejor lo contemplamos actuar, vivir, resolverse, es en el alma del historiador indígena más antiguo, casi contemporáneo de los sucesos que narra, Gracilazo, en quien todos hemos aprendido a conocer y amar, con placer igual, nuestra propia América prehispánica y la España nuestra. Es en el alma de aquel mestizo, noble por ambas progenies, espejo de su doble conciencia, lustre y modelo de americano integral, donde con mayor ingenuidad vemos vacilar el fiel de nuestra balanza.

¡Gasrcilaso Inca!

El Inca Gracilazo, el primer analista, el primer poeta épico en prosa, casi diríamos el primer novelista de América, tan vivida en su narración.

Hijo de Conquistador y de princesa indígena, una nieta de Hauyna Cápac, arrullaron su cuna los cantos de la triste raza vencida, mientras sonaban las dianas anunciadoras de nuevos triunfos de los castellanos. Oía a su madre contar los fastos de sus reyes Inka, y a las matronas cuzqueñas desposeídas plañir tan infausta ruina. En tomo y a turno, la parentela y la nobleza superviviente, acudían como a un velorio después del sitio de Cuzco, a recordar el pasado de ayer no más ya ido.

Llenaban el alma del niño de la nostalgia de sus leyendas; y más tarde, el mozo ya consciente, las interrogaba y las escuchaba, ávido de saber, para salvar del olvido tan alta gloria. imaginémosle así:

está oyendo en las visitas y de su madre el plañidero relato, cuando, en eso, resonaba el tropel marcial de los caballos irresistibles, las voces y las espadas y las espuelas de los castellanos que regresaban de pacificar algún territorio alzado...

Armas y caballos, soldados y palafreneros, letrados y capitanes, compañeros de su padre, maestros y amigos del mancebo, eran el triunfo de la vida nueva; y el mancebo gustaba de tratar con ellos del noble arte de la guerra, sintiendo plegarse su ánimo, a pesar de todo, a la irrevocable gloria irrumpí ente de los conquistadores. Su heredado instinto de caballería, su mismo rango de hijodalgo, el ímpetu heroico de su propia juventud, y el sentido de una civilización superior, ya perceptible para su conciencia de historiador en ciernes, aminoraban, en su alma, el poder letal de la elegía materna, con que a su piedad lo llamaban su fidelidad y apego a la desgracia expirante en su derredor.

En las páginas, admirables de candor y fuerza, de sus Comentarios Reales, de su crónica de la Florida, infusa está, y como mandado de la simple verdad histórica, toda la poesía de esa ínclita dualidad, siempre algo dramática en toda alma americana, si bien nacida. A esa fuente de emoción confluyen los elementos que desde aquel principio no pueden ya separarse, menos excluirse. Así fue hecha, de sangres y de glorias contrarias pero no contradictorias, y así perdura, nuestra América, varia y una, y única aunque doble. La raíz aún viva de su historia, es decir, de su mismo ser, es la historia de España en América, más que la de América bajo España. Los nuevos historiadores, de entre los cuales destaca en conjunto Carlos Pereira; rehabilitan ahora la Conquista y a la Colonia de tanta imputación como inventaron, de tanto mal argumento como tomaron de esa malhadada piedad frenética del anárquico Padre Las Casas, el hombre más cerrado al sentido de la realidad de entonces, escritores de naciones que, como por mera casualidad, resultaban ser precisamente las naciones rivales de España. La pasión con que redarguían era más clara que el interés político que servían. Propagóse de todos modos, -(esta invención político-diabólico de la “propaganda” no es pues de ahora,) — una Anti-Hispania universal; y todavía rezagos o resabios de ese prurito corren en cierta ideología proselitista retardataria. Pero el movimiento reparador, de vindicación propiamente histórica. culmina ya en obras tan decisivas como la de Louis Bertrand sobre

Felipe II, la bête noire de la leyenda negra, obra que sin alarde ni paradoja devuelve su fisonomía y estatura al Monarca que emerge distinto y grande.

Depúradose ha igualmente la historia de la Independencia. Guerra civil fue en su génesis, desarrollo y coronamiento. Obra fue de una aristocracia, de espíritu o de linaje, que bebió en la cultura de su tiempo o en la leche de madres conscientes, los gérmenes del orgullo que la mantuvieron erguida y anhelosa de libertad y de posesión de su propio suelo. Bolívar mismo, cual lo definió y exaltó Unamuno, español fue, y como tal, libre, soberbio e irreductible. Como buen español que era, no podía seguir tolerando ser súbdito de iguales que lo mermaban y se negaban a reconocerlo por un su igual. Ahora España así lo comprende. Y hela aquí que se adelanta ya por el mundo internacional, acrecida, respaldada por las veinte repúblicas que fueron hijas y ahora parecen hermanas de su madre, cumpliendo que se hace a toda madre joven y hermosa que al igual de España luce perenne su lozanía.

Ella fue nuestra iniciadora en la misión que ahora nos compete, de continuadores de la civilización europea, que en estos climas felices quisiéramos llevarla acaso a su extrema flor y supremo fruto. En la difusión actual de la cultura y la permeabilidad recíproca de naciones y continentes, que ha hecho del mundo moderno un sistema de vasos comunicantes, ningún pueblo puede ya distinguirse ateniéndose exclusivamente a una forma de civilización aparte, que se parezca sólo a sí misma y nada deba a las otras. Nuestro afán de originalidad, nuestro anhelo de crear, legítimos son, en efecto. Pero en no querer parecemos a Europa, el renegarla, cuando no es falsa porfía de falso orgullo, es esperanza ilusoria. España es claro espejo de humanidad y fuerza en reserva con que Europa cuenta para durar. Véase el libro de Legendre. Cierta virtud ingénita de raza noble, reflejada está hasta en sus labriegos, bellos ejemplares de humanidad no sofisticada. tan naturalmente nobles como el mismo grande de España, de apellidos feudales que suenan férreamente a coraza y yelmo y cuya mano al tenderse parece tender en racimo todos sus blasones.

Bien así, como, según aquel escritor francés, basta el parco y airoso ademán con que un campesino de la parda Castilla muestra el

camino al forastero que se lo pregunta; basta verle levantar el brazo y la cabeza, para descubrir en él toda la serie de antepasados, oscuros, pero de gran raza, toda la estirpe ignorada que lo conserva fiero y escultural, sin percatarse de tan natural señorío, así, al hispanoparlante le basta con adelantarse en un concurso de gente extraña, con la *fórmula* y el son glorioso de su salutación a la castellana, para que en seguida se le reconozca rango en el concierto de los pueblos civilizados y civilizadores, a quienes más deben la historia, el arte, la moral.

Difícil precisar hasta dónde alcanza y en dónde perdura al aporte primordial de España dentro de la América que ella preparó para ser la América del futuro. Ya recordamos que la práctica del Cabildo amamantó nuestras capitales en el aprendizaje de sus derechos. Pero detengámonos un momento a pensar solamente en el trabajo, de Sísifo que es. aún ahora, la instalación material de la civilización en nuestras sierras y selvas todavía bravas. Imaginemos que tuviéramos aún que hacer todo lo que hicieron los españoles, en nuestros campos y sobre todo en las ciudades que nos dejaron ya triseculares, como honra y prez de la antes barbárica América. Decid si el ánimo no se doblega al solo considerar lo que supone esa lucha contra la distancia arisca, el tiempo lento y la naturaleza terca, en ese que fue antes imperio del viento en los pajonales, de la soledad entre los peñascales... Todo el aspecto humano civilizable de la ardua región andina, de toda América, obra es de España o de su impulso deriva. ¡Cuánto le debemos!

Pero ahí es nada, aquello de suponer que tuviéramos de rehacer o de improvisar todo el aparato, el aspecto externo de la civilización urbana y campesina que ellos montaron, transportándolo todo a lomo de tardas mulas o de indios mansos. Lo trágico sería que nos hubiésemos quedado sin el irremplazable agente de intercomunicación espiritual con la Europa madre y maestra, sin esta lengua que nos permitió aprender, aprehender y continuar adheridos al alma del mundo antiguo y el tesoro hereditario de la cultura de siglos; sin esta lengua que nos incorporó de lleno a las corrientes del pensamiento universal.

Figurémonos la diversidad de la vasta América, ahora una en cuerpo y alma, hablando las lenguas babélicas de los mayas, los quechuas, los chibchas, los caribes, los guaraníes, los araucanos, y cien más naciones gentiles. ¿Cómo entendemos entre nosotros y Europa?

La lengua, reflejo o espejo del alma, es lo que nos hermana más hondamente. Ocasiones como ésta incitan más naturalmente a pararse a considerar por un momento cuánto entraña la fuerza vital de un común idioma. Y que éste sea una lengua ilustre entre las ilustres, equivale a participar, consubstancial, de uno de los elementos más poderosos con que haya contado la humanidad para su lento ascenso a la verdad, a la belleza, al bien. Así no nos hubiese hecho España otro don que el de su idioma preclaro, gratitud imperecedera le deberíamos. ¿Qué papel, repito, sería el nuestro en el mundo actual si hablásemos lengua de tribus, en vez de hablar lenguas nobles, el castellano o el portugués? Hablando la misma lengua que España, la lengua que del siglo de oro salió dorada para no opacarse ya nunca más, participamos de su gloria y sabiduría como de herencia que no España misma puede disputarnos. Por obra de España, gracias a su lengua América fue y es ahora la prolongación natural de Europa, y puede ser que mañana sea el refugio de su amenazada civilización, el seguro de su destino. La transfusión de la lengua marcó para siempre el destino de nuestra América. Podrá ella, quizás, continuar llamándose, como Chocano:

una mitad soy Inca, otra mitad Virrey...

Pero fue la marca virreinal por excelencia, la marca de la lengua, la que había de imprimir, imborrablemente, su sello en la sucesión de los tiempos.

Esta lengua sabia, que ha servido con igual fuerza y con igual gracia, así para el coloquio místico y el delirio de los éxtasis ascéticos, como para los lances de la novela picaresca y los diálogos de los arrieros en las ventas cervantinas, no se ha aplebeyado ni con el mestizaje a que la ha sometido inevitablemente el uso popular en la diversidad de los pueblos de América.

Porque la noble lengua de Castilla es de tan rica cepa, que su esencia indeleble basta para colorear y tomar sabrosos, cálidos, transparentes, hasta los vulgarismos del habla casi dialectal de algunos de estos pueblos por donde ella hubo de extenderse como vasto río de humanismo y de casticismo.

Felizmente en la América hispana, por lo menos entre los letrados a la antigua usanza, -que no era en todo la peor,- se ha profesado el culto y se ha acendrado el cultivo del idioma y procurando mantenerlo exento del cundiente barbarismo; distinguiéndolo siquiera en lo escrito, por la firmeza de su estructura, aunque dejándolo pervertirse en su fonética, por el acento en lo hablada No hubo acaso en España misma muchos que conociesen de las sutilezas y de las antiguas profundidades del castellano tanto como los puristas americanos Bello, Caro, Cuervo, Baralt, y tantos y tantos otros, de México a la Argentina. En el Ecuador, en Colombia, en Venezuela, fueron legión de puristas; y casi no se conoció otra crítica que la gramatical. Especialmente en el Ecuador. La pasión de la gramática llevaba a la intransigencia y aún al santo furor. Y era de ver —es de ver todavía quedan algunos,- a humildes miniaturistas de la lengua, ensoberbecerse ante los bárbaros modernizante tanto más sueltos de lengua, es el caso de así decirlo, cuanto más ignorantes de la lengua que dizque quieren modernizar, sin conocer nada del origen y linaje de las palabras. Hasta hace poco andaba despierta, vigilante, en el Ecuador, la policía de la lengua, instaurada y mantenida ahí en viviente tradición, por Pedro Fermín Cevallos, el historiador, Luís Cordero, el poeta, Modesto Espinosa, el costumbrista castizo, Carlos R. Tobar, el internacionalista, Clemente Ponce, el traductor de la Eneida, el Hermano Miguel, profesor paciente, Alejandro Cárdenas, que depuró, tan docto como caústico, le lenguaje forense; César Pastor, que se especializó en el terrible que, el pronombre relativo a conjunción disyuntiva y quería discutir su teoría con Cejador; Gustavo lemus, que aún vive, perito en semántica; el joven profesor A. Pérez; y sobre todo y más que nadie, aquel santo y sabio que acaba de morir en Cuenca del Azuay, después de una larga jornada en que ha ido bebiendo de las fuentes más recónditas, la linfa prístina de belleza, que conserva frescas las más añejas palabras. Su nombre: Honorato Vásquez. ha de inscribirle entre los de quienes, no sólo preservan de corrupción el idioma, mas también enriquecen su cofre: el humilde académico correspondiente proponía la ilustre Academia disponía que así se luciese. Pasó su vida, aquel santo sabio, arrobado en la lectura de los grandes y pequeños místicos españoles, con el doble deleite de la unción mística y la fruición literaria, trayendo a luz, con un amor entrañable.- rescatándolos del olvido o quitándolos el orín de que se habían

tomado al dejarlo caer en desuso por ignorancia, tratándose en fin como a seres vivos-, tantos vocablos nobles, que tan limpios y vivaces lucen al remozarlos.

Del lustre que dio a la lengua Don Juan Montalvo, enunciarlo en ponderarlo. Sea como quiera, la tierra de Juan Montalvo y Honorato Vásquez puede ufanarse entre las primeras por aquel culto exacto y exigente, y llamarse legítimamente hispánica de cultura como de abolengo. (Perdonadme que a la sombra de este oscuro nombre de Honorato Vásquez me acoja ahora, yo que no tengo para hablar de la lengua otro título que este amor a la lengua docta, ni otra esperanza para ser oído que la que va puesta en la música del idioma). Felizmente, hablar en castellano, es, de suyo, dar alta alcurnia al discurso. La lengua es el aliento vivificante, el alma misma de la raza. Y es merced a ella, a esta lengua de dioses, como podemos apellidamos y ser de hecho partícipes en el acerbo de belleza y gloria con que las letras hispanas han ilustrado los siglos. Quien da la lengua da el alma. Porque los moldes de expresión prefiguran y dan como si dijéramos rostro propio a los sentimientos individuales y colectivos. El contenido espiritual que en dichos moldes se vierte, en ellos toma consistencia tradicional para perdurar en el sentir de las generaciones y resonar a través de las edades despertando en la diversas y sucesivas sensibilidades los mismos acordes de emoción,- dolor o entusiasmo,- esto es: poesía inmortal. Gracias a la lengua, la España mayor persiste aquende y allende los mares. Sin más que ese signo egregio, cuando un español de cualquiera de las Españas topa con un español de cualquiera de las Américas, parece como que uno y otro se hubiesen conocido y entendido y sobreentendido de tiempo atrás. Y a pesar del bastardeado acento con que le habla el español americano, el español europeo le reconoce y le escucha como al hermano desconocido a quien de antemano sabía nutrido, por la historia, de la misma médula de leones, y por la religión, el arte y la cultura. de la misma espiritualidad. Preestablecido estaba, por obra de la lengua, todo aquello que define, une y fundamenta. Merced a este lazo materno. no es menester entrar a discriminar como en análisis químico, los componentes de nuestra tan varia sangre, para delimitar la ya indefinible raza, la raza inextricable, pero inextinguible. Patente está, aunque de orígenes indiscernibles, patente

está, aun en el simple modo y manera de ser, de pensar, de vivir y hasta de morir, este secreto de comunidad y de comunión. Hijos de su lengua somos. No hace al caso cuál sea la estirpe. Ni el indio puro de nuestras selvas deja de llevarle! glorioso estigma de haberse trocado su antiguo imperio que otro mayor y más alto que ahora le cobija y le llama a superior esfera, atrayéndole con el señuelo de la lengua, levantándole con la palanca de la lengua. Enseñar a hablar es enseñar a pensar. El mismo espíritu de libertad que nos condujo a la Independencia de España; en español fue aprendido, o en su lengua hermana, la francesa. Españoles y americanos, bien podemos pues laborar juntos. Para eso estamos aquí.

(De “José Enrique Rodó”)

CAPITULO IV EL ESCRITOR

Con desenfadado entusiasmo, elegante desprendimiento y patriotismo trascendental, un crítico español proclamó a este americano “el más grande prosista”, “el supremo hablista de lengua castellana en el día de hoy en ambos mundos” (1) Quizá podríamos señalar hasta tres etapas en el proceso de la maestría de este clásico de una literatura tan joven como la nuestra. Podrían distinguirse aún, a lo largo del copioso Mirador de Próspero —libro que contiene, como se sabe, artículos diverso.:, escritos de 1895 a 1913, esto es, en el espacio de diecinueve años de labor constante,- si las correcciones impuestas en la edad madura, y en posesión de la forma **ne varietur**, a estudios de mocedad, no diesen a casi todo el contenido el mismo temple soberano. Igualdad fácil de lograr en este estilo, que nunca fue otro de modo absoluto; bien al contrario: -al comparar la redacción primera de los artículos de juventud, publicados en la mencionada Revista Nacional de Literatura, con la adoptada para su reproducción en le Mirador, rápidamente se echan de ver, no sólo la razón de las correcciones y el acierto de los reemplazos, mas también su poca trascendencia y su corto número: dejan intacto el sentido, que bien sentado estaba desde el principio, y se reducen a mejorar la sintaxis, limpiar la lengua, limitar un tanto la adjetivación. Consisten especialmente en sustituir el término vago, genérico, abstracto, el epíteto enfático o flotante, con el sustantivo henchido, el calificativo preciso y

(1) Andrés Gonzáles Blanco, Escritores representativos de América.

realzador; en abreviar las proposiciones redundantes en demasía, y reemplazar las perifrasis forzadas por los vocablos propios, aún a riesgo de repetirlos y desgastar su poder. Por esta parte de las inspiraciones del poeta que estudiamos halas relacionando la crítica con las manifestaciones literarias, ya resonantes y cuantiosas, que pueden tenerse por expresión o indicio de una nueva e inesperada tendencia de los espíritus en este nuestro ocaso de siglo, tan lleno de incertidumbres morales, tan angustiado por extrañas vacilaciones: tendencia de reacción espiritual o idealistas, en el sentido más amplio e indeterminado, que sólo se manifiesta por la vaga ansiedad, por la medrosa indecisión de quien investiga horizontes y tienta rumbos, brillando trémula y apenas confesada en ciertas almas descontentas de lo presente, como el toque de un reflejo crepuscular, pero de la que pueden notarse en la literatura española de los últimos tiempos vestigios tales como la idea fundamental de La Fe de Armando Palacio, el sentimiento íntimo que vibra en aquel hondo estudio de la crisis moral por que pasa el alma de Ángel Guerra en la última de las grandes novelas de Galdós, y cierto espíritu nuevo que se difunde, cada vez más franco perceptible, en la crítica del autor de La **Regenta**, amortiguando con la sombra de intensas nostalgias ideales el brillo de la sátira y vivificando esa vaga aspiración neo-cristiana simbolizada en la hermosa página final de Apolo en Pafos por la evocación del “Mendicante en traje talar” que reaparece en las costas de la Palestina para lanzarse otra vez a la propagación de la buena nueva. Sin embargo, el ritmo es casi siempre el mismo y la extensión de los períodos casi igual. Para darles un movimiento menos unido, allí donde antes pasaba de largo como llevado por una corriente presurosa, interpone comas, y aún puntos seguidos, detalla pródigamente la puntuación, más bien somera de primero. Si, pues, en sus ensayos de mozo y en sus trabajos de madurez, un mismo temple se advierte, no se le debe a refundición que a uniformarlos hubiese venido posteriormente. Y si hablamos de modalidades diferenciables en personalidad tan proseguida y entera, no se espere hallarlas tan distintas que suponga cada una el reniego de la anterior. En los diversos tonos, la misma voz se escucha, que al agravarse con el paso de los años, guarda ileso su timbre inconfundible. No por eso las variaciones son menos perceptibles, ni dejan de tener su relativa

importancia, así no fuese más que a título de curiosidad, en lo tocante a la formación de un arte magistral.

Veamos, pues, cómo escribía en sus comienzos. Leemos en su primer artículo —publicado en la Revista Nacional, no recogido después en el **Mirador**,— trozos como este: Casi todos los de entonces son como este párrafo, de pensamientos ahogado bajo el follaje de ideas secundarias prendidas con **la-** naces conjunciones. Se diría que, embarazado con su abundancia primeriza, titubea y enreda el paso en el profuso entreveramiento. Aun cuando en su mente clarea ya la luz del juicio indefectible, se ve la mano inexperta para la poda. Pasajes hay que pudiéramos llamar casi mal escritos, o más bien que parecen no escritos sino hablados, por lo inorgánico y largo de sus períodos que le obliga a repeticiones o a alusiones ya distantes. Concebida en conjunto algo indistinto, cada idea desenvuelve sus meandros dentro de cada párrafo, o da largamente vueltas en tomo de sí misma. El párrafo resulta así demasiado extenso. Y es el prurito español de los incisos, intercalados, no sólo como aditamentos indispensables, sino en alarde de una elegancia de taracea. lo que le lleva a multiplicar sin discontinuar, en movimiento lleno de repliegues, los aspectos de una misma idea que de otro modo tal vez le parecería pobre y raquífica. Va así de acápite a acápite ligando, a la manera igualmente bien española, a fuerza de relativos y copulativas, conceptos y proposiciones que, de ir sueltos y bien mondados, allí donde al sentido baste la sobreentendida trabazón lógica, irían mejor, más ligeros.

Pero abro el *Mirador* de Próspero y busco un artículo de los últimos años; allo uno de 1913, el año del prodigioso Bolívar, y caigo al azar en la página 44 (edición de Montevideo). Paréceme a primera vista, por las ideas como por el tono, por la manera y el ritmo, de las más rodoanas. No da, sin embargo, la sensación de una de esas páginas en que abunda, páginas potentes que parecen marcadas por el golpe de gana y de ala de un hipogrifo certero. Metida en un bloque, apenas si tres puntos seguidos abren en ella breves intersticios para dar e un poco de aire; y la profusión de proposiciones y conjunciones es t.: que quita esbeltez y nervio a los períodos; parecen éstos no tenerse en pie sino apoyándose unos en otros.

No es una despojada y escueta sobriedad, una concisión de hierro, lo que diferencia los escritos últimos de los de la abundosa juven-

tud. como no es lo inmaduro de la ideas —casi todas las suyas llegaron tempranamente a sazón-, lo que distingue a esa primera época. Pero fácilmente se echa a ver que la prosa de Rodó alcanzó su punto en época intermedia, bajo el influjo del Parnaso, cuando los poetas, fatigados de la exorbitancia del romanticismo y ante el horror del aplebeyamiento naturalista, buscaban una forma apretada y erguida, difícil, y más rica en la sequedad del descarnado relieve. La reacción se extendió, como siempre que comienza la poesía, a buena parte de la prosa. Mas duró poco. Y si en el verso mismo Rodó no se entusiasmó mayormente con el desvío de muchos hacia el preciosismo de la sensación e inéditas singularidades verbales, detestó que nuestros jóvenes se dedicaran en prosa “al juego literario de los colores” y a exotismos de “bazar japonés”. El, tan enamorado, en los artistas de la expresión, de elegancia exacta y perfección asidua, de precisión ceñida a la realidad, de resalte en el epíteto definitivo e insustituible, no cayó, sin embargo, en la maniática “escritura artista”. Ni siquiera flaubertizó largamente. Se mantuvo siempre en posición más holgada que la de los mártires del vocablo haciendo mayor crédito a la espontaneidad y primer brote de la invención.

Su prosa, la más trabajada, guarda así cierta holgura y sosiego concordantes con la noble amplitud de su espíritu. Adoptó del Parnaso tan sólo el horror de la frase desmadejada y aproximativa, del sentimiento vulgar, de la efusión sensiblera y la confidencia impenitente. Pero impregnó de cálidas simpatías intelectuales la fuerza expresiva del estilo, contenida por la lucidez de un buen sentido exquisito, antes que exacerbada por el afán de originalidad o cercenada por estrechez o insensibilidad.

Su Darío y su Ariel señalan así el ápice de esta manera, a la vez personal e impersonal, de un parnasiano presente aunque recatado en su prosa. Ahí la frase breve y sensible, parca y rica, acierta sin esfuerzo y como jugando —con una elegancia feliz, con un señorío sonriente-, a mover sin trabas el paso esbelto. Así, alado de gracia, libro tan grave como Ariel parece leve. Perfección de un arte oculto que parece ingénito.

Esa levedad viene, sin duda, en gran parte del asunto mismo, de la calidad de ideas que ahí maneja y del conato lírico que hinche a cada instante el ritmo. Pero también es muy cierto que su mano, exper-

ta ya, insiste mucho menos, y revuelva o se posa sans ríen qui pése ou qui pose.

Después, vuelve al período largo y español, a la prosa de ritmo rotundo, que le es congenial; a ella toma de suyo, es la que le nace cuando, aún en el ardor de la discusión y los apremios de la polémica, urgido por la necesidad de responder, sin tiempo para arreglar sus divisiones y pausas, deja al pensamiento seguir la natural concatenación de sus asociaciones y lo traslada como si dijéramos en prosa nativa, que fluye, como de ordinario, en amplio cauce y corriente unida. Ningún jadeo, ninguna vehemencia entrecortada y elíptica ni en lo más recio de la réplica. Templada a ese súbito fuego, no desdora esta prosa el lustre de la de Motivos, bruñida tan a fuego lento. Hasta en simples cartas de amistad o de cumplido, sin esforzarse, tiende entonar el concepto y modularlo en tono sostenido y largo. En cualquier tiempo o lugar se le reconoce el ritmo primero. Antes de recaer plenamente en él, nunca aligeró su andar demasiadamente. Y hasta parece inevitable que su acrecida seriedad de espíritu y la complejidad de la entremezclada realidad exterior e interior de los Motivos le devolviesen a su sosegada gravitación en tomo de temas centrales.

Vuelve, pues, al corte propio, largo y tendido. A la frase rica en incidentes, con que las ideas se entrecruzan en el período como los pámpanos en la espalera. Y es la tercera etapa de su prosa ésta en que hasta el aspecto tipográfico de las páginas, sangradas a espaciados trechos, revela la masa compacta y una del pensamiento. Los pequeños descansos de cada acápite, apenas si dan aliento para leer en alta voz esa serie de períodos concatenados. Las cláusulas van tan trabadas, que no dan respiro hasta remansarse en el claro final, a donde fluyen para de nuevo expandirse. Se ve que no han pasado por el famoso gueuloir, prueba indispensable a una prosa como ésta de tan oratoria constancia. O el pecho que a su aliento las ha medido fue infatigable y extraordinario. En esta prosa tan orgánicamente clausulada —si bien no conforme a las pausas necesarias al recitado-, todo está en su lugar y destinación. No permite a las ideas secundarias o complementarias en frase aparte, rápida y corta: son miembros subalternos y han de ajustarse al acordado movimiento del conjunto, según su función categorial. No puede llevarse más lejos ni más instintivamente el sentimiento de la orgánica dependencia sintáctica. Así la elipsis repugna

su espíritu, no sólo como abreviación ideológica de formación irregular, sino como forzada eliminación y violencia gramatical. Sigue el orden de la oración como sigue a la idea en sus meandros. Felizmente, la sigue también en sus vuelos, de suerte que cuando ella se remonta, el estilo de suyo se levanta a superior elocuencia. Y en total es así, a la vez, minucioso y encumbrado, potente y cauto. Su movimiento, nunca saltante ni imprevisto, continuo, intenso, arrollador, arrastra las ideas sin premura, como también sin lentitud, sin dislocar- las ni arremolinarlas. Prefiere la excesiva prolijidad a la negligencia. Y si es breve y ceñido en el detalle, en la descripción, en la construcción, es algo redundante en el conjunto. Su esfuerzo de concisión se limita, en suma, a la parte adjetiva. El pensamiento va sin reticencias, complaciéndose en la explicites de la elocución más apurada y abundante. El cuidado de la armonía, junto con el afán de desentrañar cuanto encierra el concepto más claro, le lleva, antes que repetir una palabra o una frase, a la perífrasis más o menos laboriosa, -no a la manera pseudo clásica, es verdad, sino hilando sentidos implícitos, como si la expresión directa y asentada no bastara a contenerlos y expresarlos. Así, no sólo el trozo o párrafo, cada periodo crece, enamorado en frases, frondoso de incisos, rumoroso, libre. Si el pleonasma no es nunca de palabra, lo es a menudo de sentido. La extremada claridad no le obsta: hallará manera de aumentarla soberanamente. Es su natural: y él mismo, en cierto lugar, se declaró nada adicto a los que llamaba “gimnasia de concisión”. “Los temas interesante, decía, están para nosotros absolutamente reñidos con todo lo que trabe el libre vuelo de la pluma”.

(1)

Sus imágenes, pocas, no inventadas, tomadas casi siempre de los grandes fenómenos naturales, -albas, germinaciones, renacimientos, sueños y despertares, ráfagas, sombras, etc.,- magnificadas por la largueza del toque o realzadas por el pujante modelado de la expresión, sírvanle a traducir, a encarnar ideas abstractas, casi nunca una sensación, una impresión directa, una visión de pintor o una emoción de poeta. El epíteto es de orden intelectual, casi nunca descriptivo; y el contorno de la idea, antes que netamente dibujado por los adjetivos, plenamente se contiene en el sustantivo rico, en el verbo animador. Para comprender mejor ¿o que queremos significar, leed un trozo de su

(1) Revista Nacional de Literatura, Junio de 1897. Artículo no recogido en volumen.
108

prosa más ejemplar: verbigracia, la copia de primores exóticos, en Leuconoe.

Las metáforas hinchaban sus senos de sentido inmediato y preciso; empapadas de intención espiritual, son más bien símbolos vivientes que no ornamento de color o juego de artista imaginativo y baldío. Para él, la perfecta imagen es la parábola. La diáfana carnación, el aéreo movimiento de las figuras de la alegoría, son deleite de su arte predilecto. En este afán de imágenes transparentes, ceñidas a pensamiento moralizante, cargadas de sentido trascendental en cada detalle de apariencia decorativa, fueran más de temer la fría abstracción y el arbitrario paralelismo. Mas su placer en componerlas es tal, que hasta el vocabulario se colorea y encarnece. Se acerca, se junta a las cosas sensibles, llámalas por sus nombres, si no con la sensualidad musical de Rubén Darío, ni con aquella familiaridad enfática y sonriente que usa Montalvo, con tal vivo deseo de agradar, que logra, en efecto, cubrir de fácil amenidad el esfuerzo de la maestría. Si ésta no reemplaza la falta de ingenuidad primitiva y cándida, el tono nazareno y la eglógica poesía de las parábolas le da cierta oriental nobleza, cierta frescura que nos impiden echar más de menos la simplicidad evangélica.

*

**

Su prosa fue desde el principio, sobre todo por su sobriedad de imágenes y de epítetos, una reacción a la orgía romántica. Pues si con los románticos vinieron, además de las buenas cosas que sabemos todos, la incoherencia y el exceso, el poco más o menos de la expresión, reputada insuficiente siempre, e ineficaz para traducir los estados de alma que ellos estimaban como más preciados y únicos dignos. preciso era reaccionar. No bastaba haber sustituido, con el ímpetu fogoso de la libertad, con el brío de la pasión, con el bello tumulto de la vida, la compasada y enteca corrección académica. Hubo en Bello, el Olmedo. en Caro, una medida y un orden que desaparecen con Andrade. Acuña. Cordero. Era oportuno restaurarlos, ‘ con ellos, los fueros de la gramática y de la lengua. Reanudó Rodó, muy principalmente en cuanto a sintaxis y a lenguaje. la tradición castiza verdadera, no la que se remonta a los orígenes nobiliarios de la palabra. el giro o el modismo.. si-

no la que, respetándolos, infunde en la antigua prosapia el movimiento y el espíritu de la época. Sosegó y decantó la lengua, si alterada por los románticos, acabada de falsear y desfigurar por panúrgicos modernistas, que al galicismo de siempre y al solecismo consuetudinario añadieron la arbitrariedad de los neologismos atolondrados. Si amplió y fecundó, con su cultura, en especial francesa, la virtualidad del estilo, Rodó se afané por depurar el vocabulario, en su país más que en otros contaminado de barbarismos. Si arcaísmos de palabra ni de construcción, su lengua luce con esplendor nuevo la pulcritud del linaje intacto. Y de la prosa tradicional, al “encordarla de nervios y henchirla de sangre”, remozó tan sólo la precisión y la fuerza, conservando la integridad del secular aspecto. Sin ser, pues, singular, la prosa de Rodó es inconfundible, Toda sinceridad, reflejada tal cual es, en la expresión connatural, constituye, en cierta medida, un estilo original; y si, en espíritus raros o extraños, la expresión adecuada nos parece a veces obra de afectación y de rebusca, cuando es quizá, el propio modo como refractan la realidad, en espíritus como éste, límpidos y ponderados, la armonía y la claridad parecen resultado del concierto y aplicación, siento trasunto de su intimidad. De esta suerte, el estilo de Rodó, así no lo debiese sino a la fuerza de sinceridad que le vivifica, es de los más personales. Rodó no cabe en otra prosa; sólo en ella aparece tal cual es, en su amplitud serena y libre, en su sosiego activo y perseverante: -largo en el razonar, pero no lento; no esencial, pero sí hondo y condensado; prolijo, aunque conciso-. Sin embargo, esta noble prosa suya no ostenta vanagloriosa marca distintiva, ni alardea de original, pronta como está a confundirse con el castizo, guardando de individual sólo aquel acento que es el estilo lo que el timbre es a la voz. Ni procura distinguirse violentando el pensamiento en la expresión, o acicalando ésta con artificio transfigurador, sino tan sólo exprimiendo elegantemente lo más claro de la sustancia espiritual en cada cosa escondida. No se interpone entre la idea y el lector, para hacerle admirar **la manera** antes que la virtud o la necesidad de lo que ahí dice. En vez de alzarse a dominar e imponer al objeto de la personalidad o la fórmula del estilo, quepa o no quepa en ellos, confúndese en cierto modo con su naturaleza y subestructura. No lo realza con ningún falso interés, ni lo, ni lo exalta en tensión artificial. Lo que está muy bien, y aún es de rigor en el verdadero artista-la visión personal que

conforma y estiliza su objeto- no siempre es de exigir en el pensador y menos aún en el crítico. En rodó, éste se amolda al asunto como una lealtad que llamaríamos objetiva, si tal término no pareciera inútil pedantería para expresar la entereza, la buena *fe*, la sumisión cordial a la veracidad de lo que se trata. Así, no es él lo que ante todo tenemos delante, sino la cosa en si misma. Y tan sólo al buscarlo damos con él.

Escritor refractario, si los hubo, a toda melindrosidad, Rodó busca, sin embargo, las transiciones matizadas y fundidas, la rítmica circulación de las ideas y los sentimientos dentro de un solo período armonioso y amplio, la gracia de los movimientos graduales para ir de una a otra parte del discurso por declivos suaves, llevando como de la mano rondas de imágenes entrelazadas. Si va a exaltarle su lirismo, es largo y tenue al preludeo. Sus cuadros ofrecen siempre las líneas calmas y puras de paisajes clásicos. Aún más tarde, cuando el aliento se hace más largo y el período, potente y rápido, avanza recogiendo al paso varia copia de riquezas tributarias, las frases se suceden sin remolinar, con la ondulación tendida de los grandes ríos, en que el tumulto de los torrentes se ha sosegado. En su amplio curso arrollante, uno nunca pierde pie; y se abandona confiado a la transparencia de la onda. Poderoso en su probidad, arrástranos sin esfuerzo, sin pararnos a cada paso ni de repente, a admirar una audacia de pensamiento o un hallazgo de estilo, alguna súbita muestra de genio o de ingeniosidad. Ni con motivo de la escasa novedad de la idea, o por contrapunto con el simple sentido común, estalla en paradojas en antítesis o en floreos, como tampoco se aduerme en académicos balances sobre tibias trivialidades sin alma y vida. Su afán por “decir las cosas bien” no es alarde de artista, sino empeño de apóstol. ¿No es esa -pregunta- “una forma de ser bueno”? Y pide a los sabios, a los pensadores, a los sacerdotes, que enseñan con gracia. “Si nos concedéis, les dice, la verdad en forma fea y desapacible, eso equivale a concedemos el pan con malos modos...Creed que aquellos que os digan que la verdad debe presentarse en apariencias adustas y severas son amigos traidores de la verdad. Las condiciones de su prosa son, pues, las condiciones mismas de su espíritu.

A pensar del “cervantismo tributario” que García Calderón observa en el Rodó de madurez, y que se debe, sin duda, muy especialmente, a las lecturas preparatorias del Montalvo, esta prosa es la cien

piar de un clásico moderno, apta de suyo, no al giro antiguo, mas si al entono castellano más castizo. Noble sin arrogancia, señoril aunque no andantesca como en Montalvo, oratoria, aunque no enfática, si le es necesario tenderse y ramificarse en el período numeroso, con fuerza tan segura y flexible lo hace, que su movimiento parece rápido y esbelto. La virtud del orden y el don lógico de la composición, cualidades francesas antes que españolas, dan además a su clasicismo un andar que le moderniza. Y gracias a ellas principalmente, la influencia de Rodó importaría un doble vuelta a la depurada tradición clásica, pues al casticismo en el estilo y lengua se añadiría el clasismo de espíritu. Si entendemos por espíritu clásico el don de proporción y equilibrio, de claridad y serenidad, de esplendor en la severidad y de elegancia en la plenitud, ninguno, a la verdad, más clásico que el suyo. Clasicismo congenital e insustituible, mas que deliberado, constitutivo de lo que hoy llamaríamos bárbaramente su mentalidad antes que de la parte formal de su obra, pues en lo que toca al arte de la expresión, propiamente, no ha revalidado giros ni donaires, ni modismos o construcciones obsoletos, ni palabras caídas en desuso, ni ha usado arcaicamente moldes en que el habla del gran siglo se acrisolara. Pero el principal aporte de Rodó, como escritor, acaso consista en haber traído a la forense declamación, que solíamos tolerar como forma consuetudinaria de la elocuencia, una virtud de persuasión antes casi desconocida. Ya la lógica misma del pensador armonioso, toda en suaves curvas y delicados procesos de ennoblecimiento, era todo lo contrario de la violenta oratoria habitual, vacía en general de pensamiento —que si alguno tenía, como ahogado quedaba bajo la abundancia de expresión que lo sobrepasa—. Consagró además, en ciertas páginas de Ariel particularmente, ese “cabal sentido de la música” que Ventura García Calderón celebra, refiriéndose a la plática donde tuvo el joven maestro la audacia insólita de ser elocuente sin necesidad de “elevar la voz”. La ondulación de su pensamiento fluye en ritmo ingénito, y no meramente impuesto como número y medida reclamados sólo por el compás de la frase; ritmo que hace ondular la serie inerte de las palabras con el aliento mismo del alma que las concierta conforme a su íntima propulsión. Por esa infusa armonía, que en ciertas páginas rinde al lector en sereno arrobos, su don de persuasión, como el de los poetas, es de virtud musical. Llena el espíritu de una inmanente música de ideas.

(De “En elogio de 1-fenri Barbusse”)

EN ELOGIO DE HENRI BARBUSSE
(Fragmento)

1

Quisiera mostrar, con el estudio de la obra de Henri Barbusse, una manera de ver la vida y el mundo, que devuelve al hombre toda la sombría grandeza que de ordinario desconocemos en él, o por lo menos olvidamos al dar a las cosas exteriores y a los fines inmediatos de nuestra actividad una importancia y significación de que en verdad carecen a los ojos de quienes ha sondeado el misterio interior, fuente de donde todo emana y adonde todo refluye, y a la cual, por darle un nombre menos vago, solemos llamar: nuestro corazón.

*

**

Los libros de Barbusse nos hacen ver, a una luz inesperada, un sentido de la vida que asigna al hombre en medio del universo una falaz, pero grandiosa y trágica realeza.

No hay, que yo conozca, libro moderno en que se le haya estudiado con una curiosidad más honda y grave, con un asombro más apasionado: -no el hombre en la individualidad accidental de tipos o caracteres, sino en la raíz de su ser, en el valor de su pensamiento frente al enigma de las cosas, en lo que le es esencial y hace que la humanidad de hoy sea lo mismo que fueron y serán todas las posibles humanidades.- Sería preciso remontar a Pascal para oír un acento que tan hondamente como éste remueva el misterio oculto en las entrañas del

monstruo incomprensible". Este poeta nos dirá, con un fervor y un horror casi pascalianos en efecto, la pequeñez y, a un tiempo, la grandeza del humano corazón, de nuestro infinito y miserable corazón que todo lo pide porque no tiene nada y que con nada se satisface porque es más grande que todo... Libros inquietantes y extraños..Podríamos llamarlos poemas de metafísica apasionada, que transportan de la helada región de la inteligencia especulativa al sangriento corazón del hombre, -de cada hombre,- la irreducible oposición teórica de sujeto y objeto, y encierran en la infranqueable soledad del yo todo el drama de comprender y de vivir...Genial transposición gracias a la cual han se vuelto sensibles el interés y trascendencia que tienen, en la existencia de cada cual, ciertos principios reservados generalmente a la investigación filosófica; y eso en tal forma, que, aun los lectores no avezados o indiferentes al juego de ideas abstractas y que han menester, para asimilárselas, de vaciar su contenido en alguna imagen o símbolo concreto, sabrán hallar en la extraordinaria vida de este lenguaje poético, en la vasta simplicidad del sentimiento, una revelación del misterio humano que en vano buscarían a entrever con el socorro de inciertas filosofías o al través de confusas experiencias. Pues si el grande valor de estos libros consiste en su originalidad literaria, ellos comprenden también las más altas y sutiles cogitaciones de la ideología pura, mas no a manera de tesis por probar, sino como gritos de nuestro desamparo. Y si bien los principios abstractos que en esta obra de pasión se debaten tienen su arraigo en la teorías del subjetivismo absoluto; si bien su punto de partida es el establecido por Kant y su representación del mundo tiene algo de común con la de Schopenhauer, ni en la sombría enseñanza de éste ni menos en la austera y descarnada crítica de aquel, esas verdades no hablan con el patético acento, con el jadeante anhelar que comunican a las páginas de **L'Enfer** y de *Les Suppliants* uno como temblor de cosa viva, una especie de estremecimiento venido de entrañas que sufren... Porque esta obra de audaz filosofía es ante todo una obra de poeta, -y su lirismo lúcido y vehemente es, desde luego, la sola sangre bastante ardiente para infundir vida a sus visiones.- De su doble carácter le viene un poder de sugestión que se impone a la vez turbando y convenciendo, y en tan extraño modo, que el lector, inquieto y deslum-

brado, quisiera sustraerse a su círculo mágico, mas hallándose transportado de súbito fuera de la realidad ordinaria, sigue hasta el fin la vertiginosa espiral de estos razonamientos;- pues son tales que dan el vértigo casi a cada página.

De ahí la singular inquietud que se apodera de nuestra inteligencia, llevada por este visionario, como al borde de un abismo, a la contemplación del triste y ávido corazón humano, de nuestros pobres corazones puestos al desnudo, abiertos, crucificados en una magnífica locura de verdad, en una sombría y lúcida pasión de verdad verdadera, de absoluta sinceridad.

*

**

No le conozco maestros, ni tendrá tal vez discípulos. Barbusse se distingue de sus predecesores tanto como de sus contemporáneos, no sólo por el gran fondo abstracto en que se mueven sus vivientes imágenes, pero también por su manera de composición y estilo. Este renovador del individualismo idealista aparece como un extranjero venido del Norte y enardecido al sol del Mediodía. Su obra, en medio de la producción corriente, es el brote esporádico de ideas que han germinado aparte y no han podido ser vivificadas por otro temperamento que el suyo.

Por su interna arquitectura, estos libros no son una construcción novelesca, un drama o fábula cualquiera, ni tampoco la exposición de un sistema filosófico, ni menos una disertación moral. No nos proponen ninguna opinión social, ni nos dan descripción alguna de costumbres o lugares, ni estudian un tipo común o una anomalía de caracteres; pero su pensamiento abraza todas las posibilidades humanas, reduciendo la ley de los corazones a su más simple universalidad.

Ni es tampoco por una enseñanza que nos volviera mejores por lo que el pensador se apasiona. —Su sola preocupación constante es la del ministerio humano; y guiado por una tendencia trágica hacia lo que hay en el hombre más patético y desnudo, su palabra es siempre grave o enternecida. Una conmovida y desolada simpatía le mueve, a un tiempo, a asombro y a piedad; su divisa podría ser el verso de Vigny:

J'aime la majesté des sou français humaines.

Sus libros nos alzan y mantienen por encima de las prácticas usuales del oficio literario: estamos tan lejos de las novelas cortadas a la moda del día como de la psicología menuda y premiosa de los analistas o de la fastidiosa preferencia del naturalismo por lo bestial y del realismo por lo mediano.- Del simbolismo tampoco sería posible darles nada, como no sea una cierta predilección por algunas formas evanescentes, envueltas en la música de imágenes cuya cadencia pone en la prosa los anhelos de un lirismo incontenible. Por su permanente exaltación interior, por su abundancia y libertad de expresión, por su complacencia en amplificar bajo formas extrañas y magníficas ciertas maneras de sentir comunes, tuviera ele por un romántico si su fervor, en vez de consagrarse a buscar una verdad impersonal en la interna fuente del dolor, del amor y del deseo, se aplicara a la infinita variedad de los objetos que los producen, de los conflictos personales en que se individualizan, o a la descripción de las bellezas exteriores. Pero su pensamiento, impregnado de sutiles esencias metafísicas, rehúsa a las múltiples apariencias del mundo una realidad independiente de la del sujeto, y vuelve a este toda su atención clarividente.

La embriaguez intelectual de los sistemas no ha apagado en él el ardor por la vida. Al contrario, la intensidad de la pasión y de apetitos que estos libros revelan, les da una fuerza dramática casi exasperada; tal, que, en comparación, la serenidad parnasiana o las delicuescencias decadentes no parecen sino pobreza meticulosa o impotencia cerebral puesta a tortura.

Nada de dandismos, de bizarrías, de complicaciones sentimentales: nada del yo que se analiza y busca entre la red enmarañada de veleidades, de escrúpulos, de sutiles perversiones. Si despeja, aísla y exalta la noción e importancia del yo, no es con la curiosidad analítica de Constant o de Amiel; y nada más extraño a la impersonalidad de su concepción que el propósito de dar un modelo nuevo a las almas inestables y vagas en quienes ya no suscitan correspondencias la fascinación romántica de Oberman, las perplejidades de Adolfo o la ideología seca y ardiente del Hombre libre de Barrés; y así, no es de esperar que sus libros propaguen una epidemia sentimental o intelectual en los lectores de dieciocho años. Un soplo potente barre del campo de la conciencia todas esas adquisiciones puramente literarias y desnuda al sufrimiento humano de los oropeles de una estética convencional.

Por lo demás, sólo el hombre le interesa y el hombre, su verdad íntima y lo que a ella responde. La naturaleza es bruta y ciega. no sufre y nos ignora: el drama, y por lo tanto, el interés de la vida no comienza sino con la inquietud del pensamiento y el acicate del deseo.

Abolidas, pues, las divergencias de caracteres y costumbres. aquí no tenemos más que unos ojos que miran, una mente que inquiere, un corazón que da y pide infinitamente: es decir, un hombre, que confina con todo lo humano, sin ninguna particularidad que le limite. Y pues los individuos son como si no fueran, repeticiones efímeras de la misma vasta unidad indefinida, ¿qué más da, éste o aquel? La miseria y la grandeza de todos y de cada uno son las mismas y sus gritos o su silencio piden la misma cosa..., ¿Qué cosa, y a quién? Ahí está el drama. Asistiremos a su desarrollo en el alma misma de una de “Los Suplicantes”, y luego le veremos, al través de los círculos de “El Infierno”, en esas sombras que agotan el tormento y la dulzura de vivir...

*

**

Los dramas en que ahonda esta investigación apasionada envuelven todos el enigma del destino humano : o más bien, no hay **sino** un drama: ¿qué somos?

Ese es el problema central, el que debiera preceder a todos los otros del pensamiento y de la acción. Cuando, sobrepasando la esfera de nuestros intereses inmediatos, de nuestras pobres ciencias exactas, de nuestros deberes particulares, la mente inquiere si hay algún problema que de veras importe al hombre, halla que sólo el problema inicial de su propio misterio le interesa entrañablemente. Todas las demás curiosidades del espíritu, todos los fines de la actividad cotidiana, son perseguidos en olvido o por ignorancia del verdadero objeto de la vida. Echamos a andar por cualquiera de los caminos del azar, cultivamos tal o cual campo, perseguimos tal o cual quimera, porque es preciso hacer algo, porque no es posible detenerse en el tejer y destejer de nuestra red; pero no sabemos qué responder a la interrogación demasiado grave: ¿qué queremos en fin, al querer tanta cosa diversa, qué somos, y que por qué somos?

Je trece de la paule pour oublier,...decía en este sentido el fiero de Vigny. Mas al fin todos los caminos, en la fatiga de todas las actividades, nos estrellamos contra el muro ante el cual hemos podido ser ciegos sólo en fuerza de miedo, de tristeza o de aturdimiento... En suma, no es otra la preocupación a que han ensayado responder las filosofías y las religiones: pero lo que este poeta busca ahora a su modo, no es una respuesta mística o metafísica al enigma de nuestros corazones que, hijos de la tierra, piden su herencia sobre la tierra...Quiere saber el origen de esta tragedia de sombra y luz que multiplica sus conflictos en nuestra inteligencia; quiere saber la ley del secreto dinamismo que impulsa nuestros corazones de deseo en deseo, hasta lo infinito; quiere saber si una realidad exterior corresponde a nuestras aspiraciones o si son ellas las que crean un espejismo que luego toman por una realidad independiente y la adornan como a un ídolo si esta felicidad tan mezclada de pesadumbre es la sola posible; si podemos gozar sólo porque podemos sufrir; si no es nuestro dolor quien da vida a nuestras alegrías, y nuestra luz la que proyecta nuestras sombras; si hay un término a esta maldición de desear siempre otra cosa, una posesión que repose el acezar de nuestros corazones infatigables; si somos algo frente al universo que nos ignora y aplasta o si éste toma su realidad de nosotros, siendo, fuera de nosotros, una ilusión, la nada; si el hombre puede conocer otra cosa que su propio pensamiento; si puede salir de sí mismo a constatar la existencia de una realidad que no tenga por garantía la veracidad de sus facultades cognoscitivas; si hay un puente que le permita salir del reino encantado de su conciencia, de su soledad, y en fin, si hay una consolación a la suerte de este rey sin corona de un reino de mirages... Para renovar el dramático interés de todas estas interrogaciones el poeta tiene la fertilidad de su asombro ante toda cosa: si ésa es la cualidad del niño es también la del sabio; los antiguos reconocían en esa facultad el origen de la especulación filosófica y de toda la ciencia humana. ¿Y no es Pasteur quien decía: “todo es milagro”, significado que sólo los ignorantes juzgan lo extraordinario más digno de admiración que lo moral y corriente?... Pero, conviene repetirlo, Barbusse no plantea ni resuelve directamente ningún problema: el fondo de estas meditaciones trasparece en la acción, en la trama de las imágenes, va mezclado a la vida de los

personajes e inspira sus sentimientos, de tal suerte que nunca tropezamos con abstractas discusiones de ideas. A todas ellas, ci interés les viene del lado dramático y vivido y adquiere su verdadera importancia del fermento de dolor y ansiedad que las levanta. Por otra parte, el autor no busca a persuadir, con lo cual su pensamiento gana en concisión y libertad, pues no lo distrae en la yana tarea de prevenir dificultades. Nos habla como si sus ideas fueran las nuestras, como a sus hermanos, a sus iguales en fervor y en desolación. No se defiende de la incomprensión; antes bien, dando por consabidas las razones intermedia, proclama sus últimas consecuencias en fórmulas elípticas de una simplicidad desconcertante en veces, de una transparente tenuidad, en otras. Por eso, para penetrar su verdadero sentido es necesario ponerse en el peculiar punto de vista del autor, e investírse de su mentalidad para conceder a sus palabras el valor y oficio que él les atribuye, que no siempre son los ordinarios: les da una más allá, una perspectiva ideal, y dejan así una resonancia más compleja, como la de un acorde numeroso y vago.

*

**

En una literatura como la moderna, en que la atención se dispersa sobre la cambiante multiplicidad de los detalles y pierde de vista las grandes líneas eternas de la vida y del mundo, no puede menos de sorprender esta obra que deliberadamente ignora las contingencias individuales para no atender sino a las profundidades elementales y simples, de ordinario ocultas a los ojos del artista, tras la engañosa y multicolor superficie de las apariencias sensibles.- La tendencia a agotar un asunto bien delimitado, a analizar una carácter anatomizándolo hasta en sus mínimas adherencias e indagando sus orígenes remotos, ha borrado las grandes perspectivas del destino humano, y ocupada en desmontar el mecanismo de las acciones, ha dejado casi intactas las reservas de misterio en el interior de las almas.

Es preciso seguir a este buscador de vías nuevas. El interés de su obra renueva nuestras sensibilidades, un poco embotadas ya al contacto de las superficies que la literatura realista copiaba del natural.

A pesar de la boga inmensa del realismo,-del cual el naturalismo zolesco no fue sino una excrescencia monstruosa, y en cierto sentido, admirable,- algunos espíritus clarividentes presintieron que la verdad llamada entonces realista no era la que podría nutrir por largo tiempo un gran arte ni satisfacer las más altas,- que son las más tenaces,- aspiraciones humanas. *La reproducción exacta y minuciosa de la vida corriente, si bien ejercitaba y lucía la habilidad de los artistas en dar relieve y colorido nuevos a cosas neutralizadas por el trato cotidiano, no ofrecía el ambiente que buscan los que acuden al arte con la necesidad, más o menos conciente, de cambiar de vida, de reposarse de la realidad; necesidad que no es peculiar a las almas aquejadas de un incurable idealismo, sino común a todos aquellos que, no satisfechos con lo que les rodea, quisieran simplemente otra cosa, o, por lo menos, una visión nueva, una interpretación más honda de sus vicisitudes. ..,Y no son éstos el mayor número? Lo cual no significa que hayamos de volver a los cuentos de Mil y una noches ni a los libros de caballería. Dentro de la vida misma hay fuentes de verdad y de emoción aún vírgenes. Pero ya de la lectura de aquellos inventarios de mediocridades, -sin contar los que detallaban, con una vulgar salacidad, espectáculos viles o grotescos,- sólo se desprendía un relente de tedio y de acre de tristeza que, si en las raras obras maestras alcanzaba la sombría grandeza de un pesimismo sistematizado, en las de menor cuantía era simplemente un síntoma de oscura depresión, de malestar y de esterilidad. Bien se sentía que aquella exactitud no enseñaba nada, que esa pretendida identidad con la vida real no era sino superficial, que, en suma, esa verdad no era la verdadera, la cual se hallaba más adentro o más allá. No era todo el hombre, como lo pretendían, ni siquiera la más humana parte del hombre la que ponían en relieve al reproducir la materialidad de sus actos. Porque ningún acto traduce fielmente su origen interno ni obedece tan sólo a causas determinantes; como tampoco realiza por entero ninguna vida las posibilidades que esperan en su profundidad.*

Mientras los realistas se ciñen a la copia estricta o a la pobre interpretación de los actos de un hombre según sus motivos inmediatos, Barbusse nos hará ver la aspiración desmesurada que duerme en todo corazón y muestra hasta en los más miserables la raza de los hijos, aún encadenados, de Prometeo.

Los copistas de la realidad descuidaron o desconocieron la verdad esencial por aplicarse a la reproducción de las apariencias sensibles; y así, por ejemplo, en los revueltos apetitos de la carne no descubrieron el anhelo profundo, el fervor desviado y ciego. La mera reproducción de la vida aparente no nos satisface, **110** puede satisfacer por largo tiempo; y, de ser practicada como canon exclusivo, redujera el arte a muy estrechos límites. En toda creación del espíritu buscamos naturalmente un significado trascendental, una visión nueva del mundo, una revelación de los misterios del propio corazón, pero no en sus yerros accidentales, sino en su ley, en su ritmo vital: por eso, amamos tan sólo con amor durable las obras que nos dan de nuestro destino, en reprobación o en apoteosis, en esperanza o en desolación, una imagen transfigurada. ¿Quién relee hoy la epopeya de los Rougon-Macquart? Y es que los hombres solamente aman de veras las obras que los redimen de su esclavitud al afanar cotidiano. Nadie está contento dentro de sus límites; todos, sin cesar, quieren sobrepasarlos; y el arte, en verdad, no tiene otro origen ni fin que libertar a los hombres de sus vidas mediocres, airearles un poco la prisión en que se ahogan. En último término, las ficciones del arte no son sino medios de huír. Pues no sólo aquellos en quienes un excedente de imaginación, de temperamento o de cultura ha despertado ímpetus mayores y necesidades más elevadas, sino también los humildes que ignoran, los que penan al rededor de una tarea mezquina, todos guardan en sí, vigilante y perseverante, el culto del Hombre. Y aunque la obra de Barbusse no celebra las hazañas ni los destinos de un héroe que encarne las aspiraciones de un pueblo y de una época o de todas las épocas y pueblos, en ella encontramos ese respeto de la criatura humana, dramatizado por el sentimiento de su soledad en medio de la naturaleza bruta y ciega que parece desconocerle, legitimado por la convicción de que su miseria y su grandeza no son sino dos aspectos de un mismo destino indivisible e incambiable, de una contradicción que se resuelve en la profundidad de sus entrañas. Dramático dualismo que Barbusse suele presentar a lo vivo en seres pobres y desamparados que nada pueden en su oscuridad de siervos, pero en quienes se ve, si las alas están rotas, en ímpetu del vuelo palpita intacto en sus corazones.

(De “La Evolución de Gabriel d’Annunzio”)

CAPITULO X

Significación actual Del espíritu dannunziano

Si, haciendo abstracción de varias incoherencias, puede llegar- se a descubrir en la obra entera, de Primo Veré a La Nave, una ascendente continuidad de pensamiento, ésta no fíe desde el principio una intuición directriz, sino, a lo más, una lenta y sucesiva adquisición de la experiencia, iluminada aquí y allá, a lamos vívidos, por filosofías extranjeras. En su última novela, *Il Fuoco*, - que parece toda ella escrita en superlativos y es como un grande espejo de aumento en donde Gabriel d’Annunzio contempla su imagen reverberante como un reflejo exacto de la realidad, -el poeta resume las visiones fragmentarias del mundo diseminadas en sus obras anteriores y se esfuerzan a darnos la síntesis de su espíritu diversiforme.- Pues bien: aún en esta obra sería vano e impertinente buscar una enseñanza intelectual.

Si él no pretendiese habernos dado “el hombre modelo del mundo”, según la palabra, ya que no según la mente de Leonardo, nosotros no pararíamos mientes en ello y nos limitaríamos a juzgar de sus cualidades y defectos meramente literarios. Pero no olvidemos que en el prólogo a *Piú che l’amore* exige él mismo que la interpretación de su obra trascienda el dominio del arte. Sus obras son la obra de un temperamento, no de una inteligencia. Todas sus ideas, las pocas que allí aparecen como tales, es decir,

como reflexiones abstractas que revelan una cierta concepción global de la vida, provienen de Nietzsche. O más bien: provienen del fondo mismo de su propio temperamento, pero fue Nietzsche quien le dio conciencia de ellas y se las presentó sistematizadas, quien transformó **sus** instintos en convicciones, sus aspiraciones en principios. La originalidad, o más estrictamente, la personalidad de d'Annunzio consiste en haber revivido todas esas ideas con una intensidad singular, con una convicción que nada o poco tiene de intelectual y mucho de sensual.

Si Nietzsche es antirracionalista —a pesar de haber sido un infatigable razonador, —d'Annunzio es anti-intelectual.

No hallamos en su obra ideas, sino tendencias. No sienta premisas ni deduce consecuencias: afirma un todo, y le afirma líricamente, como brote espontáneo de su genio intuitivo e instintivo. Lo que él nos ofrece a participación no es una mentalidad, es una sensibilidad. Un espíritu, no un sistema.

Pero sí un espíritu sistemático. Concíbelo todo rígidamente, desde un único punto de vista, pliégallo todo, de grado o por fuerza, a su sentir unilateral. Impone su concepción de la vida, no ya dignándose justificarla, pero sin curarse siquiera de unas contradicciones que implica. No admite la legitimidad, o la belleza, o la nobleza, o la utilidad de otras maneras de pensar y sentir que las suyas. Sus facultades antiespeculativas no reclaman una concepción metafísica; ni han formado de concepciones jerarquizadas un todo integral. Su sentido de la vida es el resultado más o menos fortuito de tendencias que por el azar de mil causas se estre cruzan en su espíritu y en su temperamento; tendencias que no han menester ser legítimas porque son primordiales y prevalecen. Prevalecen porque siguen el sentido del mundo: afirman la vida, la vida total. Y una vez más, le esclarece aquí Nietzsche, para quien la sola concepción del universo admisible es la que él llama su concepción trágica, esto es, su concepción estética. Puesto que en la naturaleza no se ven trazas de justicia, de bondad ni de moralidad, —meros conceptos humanos sin realidad trascendente, — la explicación del mundo por un fin o por un principio de moralidad, de bondad, o de justicia es contradictoria. Mientras que la concepción estética justifica aún el mal, aún el dolor, aún la muerte, inexplicables en las otras, porque de todo eso la vida compone un espectáculo grandioso. Y la belleza no es una abstracción humana, es una rea-

lidad exterior. El fin de la vida debe ser pues la belleza. La actividad libre del artista que crea por crear, por gozar de su plenitud, nos da una imagen de la actividad de la vida. Sin que esta finalidad le sea interna, ni suponga un Dios artista que juegue con la materia. Es una manera de darle un sentido a un tiempo racional y concordante con el mundo. Nada es verdadero de veras, piensa Nietzsche: nada tiene un valor absoluto en sí pero al hombre es creador de valores. El criterio de valores debe ser el de la belleza,- es decir de la nobleza, la fuerza, la alegría,- no sólo en el arte sino en la vida. La tabla de valores existente, la moral cristiana, da precio a cosas viles y envilece las cosas nobles: es la exaltación del plebeyanismo, la moral de los esclavos. Es la prisión de los héroes, el obstáculo a la vida libre, dominatriz, bella en la expansión de los instintos profundos, de las ambiciones soberbias. Condena a ser lo menos posible, a ser otra cosa que somos. Deprime, deforma; o exalta monstruosamente el dualismo que mantiene su perenne guerra dentro de nosotros. Mientras que la vida nos empuja a ser unos, a ser únicos, a ser por entero todo lo que somos, a devenir ceux **que nous sommes**. Vivamos, pues, toda la vida. Hagámosla bella. Vivámosla en belleza. No hay otra destinación a la humanidad, dicen ambos. Concepción que supera a la vez el optimismo y el pesimismo, porque ni lleva a la beatitud un poco tonta del primero ni a la renunciación algo cobarde del segundo: antes quien la profesa busca la lucha para gozar de la fuerza en acción; y si sucumbe, la muerte no le será sino la prueba magnífica de su temeridad. El dolor se transmuta así en energía estimulatriz, de peso muerto y deprimente brebaje que era. “Vivir peligrosamente”, he ahí la divisa imperativa de la filosofía nietzscheana *Navigare necesse est, vivere non est necesse*, es el lema equivalente de la *Laus Vitae*. La barca de este Uliside iba sobre el mar empujada por un viento de heroísmo. La sabiduría que él buscaba no era la ciencia teórica, sino la experiencia y aún el experimento de “un mundo de peligros y victorias”. Despojado Nietzsche de preocupaciones intelectuales, conviértase en Gabriel d’Annunzio.

Si, d’Annunzio es un Nietzsche sensual. Es Nietzsche menos la inteligencia. Nietzsche menos Nietzsche

No queda de él sino la voluntad de dominio, la voluntad afir-

mativa y lírica. La voluntad no necesita de certidumbre: va. ¿Adónde? A girar en el retomo eternal. El hombre como todas las cosas va arrebatado en el torrente circular de las fuerzas cósmicas. No puede sustraerse ni por un instante al rítmico torbellino. Todo fluye incesantemente. Nadie se baña dos veces en el mismo río; aún, más el pasajero que se embarca en una orilla no el mismo que desembarca en la otra, como decía Heráclito. El reposo no es sino el trabajo invisible de fuerzas contrastadas. Todo deviene, nada es. El hombre puede llegar a esta conciencia de la ftiga eterna, a sentirse idéntico al todo del cual participa y que le absorbe, a perderse, en las corrientes universales que se fecundan de muerte para crear energías vitales. El individuo entonces desaparece, se sobrepasa, su actividad es la actividad de los elementos y su propia muerte es la vida. Esta conciencia vertiginosa y lúcida es el estado dionisiaco. La embriaguez trágica transforma el dolor y la muerte en la alegría de ser.

Pero esta alegría dolorosa y arrebatada se aplaca en la visión estética del mundo, en la creación artística, en la belleza de las apariencias. Es el estado apolíneo. De su serenidad nacen las artes plásticas, mientras el entusiasmo trágico prorrumpe en la música y la lírica. La tragedia de Esquilo y Sófocles a una los dos espíritus. D'Annunzio ha querido reunirlos una vez más. Los dos modernos consideran, pues, la vida como un campo al heroísmo trágico, hacen del dolor y del mal no sólo un agujijón a la voluntad de superamento,- por donde se diferenciarían apenas de los estoicos en encaminar a la acción las impulsiones que éstos preferían abolir en la quietud, -sino que los convierten, sobre todo d'Annunzio, en una singular voluptuosidad. La renunciación, la paz del alma, la ecuanimidad, les parecen no siquiera un doble y lento suicidio, sino apocamiento y disfraz de la cobardía. El combate, pues, es decir la victoria, es el fin de la vida. No lo es la felicidad.

Felicitta **non** ti cercai
che solo cercai mé stesso,
mé stesso e la terra lontana.

En verdad, la vida no tiene un sentido, una dirección bien visi-

bies. Así, pues, todos los fines que se le atribuyen son tan legítimas como improbables. Toda moral parte de un principio arbitrario, irrefutable al mismo título que indemostrable. Tal vez la cuestión de morales se resuelve irónicamente en una cuestión de gustos por su principio, o en una cuestión de utilidad, ya individual, ya social, por sus resultados. En d'Annunzio es el producto de un temperamento. El criterio de belleza no puede, por lo mismo, ser universal, a pesar de su vaguedad que le hace extensivo indefinidamente, toda vez que no hay un criterio superior que falle acerca de la belleza en general para aplicarla a la estimación más o menos aproximativa, y justa de la belleza y fealdad de una obra, de una tendencia, de una acción. Como quiera que sea, d'Annunzio interpreta la vida, si de algún modo, con entendimiento de hermosura, no ya con el dantesco *intellecto d'amore*. La belleza fin de la vida individual y social es la más seria de sus convicciones: bien es cierto que si no fuera él mismo creador de belleza, le importara menos el culto que quiere instaurar.

Las sociedades no deben poner traba a la expansión de la potencialidad heroica, deben someterse al héroe: -("La Gloria", "Las Vírgenes de las Rocas", etc) — "Mas dónde vive el dominador, - dice TI Trionfo,- el coronado con la corona de la risa, con aquella corona de rosas ardientes de las cuales habla Zarathustra,- el tirano franco de toda falsa moralidad, seguro de su potencia, determinado a elevarse sobre el Bien y sobre el Mal?" Hay que preparar su advenimiento. Le anuncia la Laus. Entretanto, el individuo extreme la tenacidad del instinto agónico, aspire a la hegemonía, que así vivirá la vida ascendente, la vida triunfante en el dolor, a la cual una bella muerte es la mejor apoteosis. Y el artista afirme su sueño como la realidad primera, y sacrifíquelo todo a un poco más de belleza, de esplendor, de voluptuosidad en el mundo.

Con igual fervor exalta la belleza en el arte y en la vida. Sus principales personajes la viven en belleza, y la componen como una obra de arte, sellada con estilo indeleble. D'Annunzio cree que la exaltación del sentimiento estético conduce, en último término, una concepción heroica de la vida y a la voluntad de vivirla soberbiamente; cree en la virtud regulatriz del gusto estético, de tal suerte que éste debiera reemplazar al caduco sentido moral. Mas como él subentiende bajo el nombre abstracto de Belleza

puramente artística y sensual, goce y privilegio de individuos superiores, su idea no es precisamente la de Guayu, por ejemplo, quien supone ante todo en la belleza un valor social y moralmente dinámico.

El sensualismo estético de los personajes danunzianos generaría tan sólo una moral hedonista a base de un voluptuoso egoísmo individualista. Su concepción de la vida sin otra finalidad que la belleza como fuente de placer es, si quiere fundamentalmente falsa: pero es admirablemente fértil —y es eso lo que aquí importa,— en revelaciones de un espíritu infatigable que busca, y halla, en toda cosa la línea bella y la sensación deleitosa. Deliberadamente ha puesto al centro del mundo contemporáneo una inteligencia de artista, a fin de mostrar este criterio de la vida como el más alto y armonioso. Pero todo es cuestión de medida.

Creemos haberlo probado al mostrar el sofisma que celaban las bellas frases de la Gioconca. De todos modos parece excesiva la pretensión de endiosar la belleza, de hacer del idola specús de los artista un idola tribu.

La belleza es, en realidad, un lujo, el más noble, el menos superfluo; pero no es una necesidad vital. Admirable como estímulo a ennoblecer el arte, es falsa, lo repetimos, o por lo menos, estrecha y parcial, como concepción de la vida. Y ni aún dentro del arte convendría a todos los artistas como canon exclusivo. Generaría una secta de ratés neronianos que serían más ridículos o peligrosos mientras más impotentes. D'Annunzio mismo no se halla exento de neronismo: pero él reviste de soberbias crueldades, de suntuosas magnificencias su perversión fatigada. Aún en él degenera en histrionismo. No hay sino que verle en El Fuego. Tal exclusivismo esterilizaría otras fuentes de inspiración. El mismo fecundísimo d'Annunzio carece por ello de variedad. No ha llegado a crear en suma sino un tipo de belleza humana, que a muchos ha de parecer discutible, porque es más bien de una belleza ferina, por su ferocidad sutil o imperiosa. En verdad ¡de qué ásperos elementos de ambición, de frenesí, de orgullo, está hecho su ideal de superhombre! Su voluntad de dominación no reconoce límites en la de los otros, es claro, ni su placer en el dolor ajeno. Por eso su Corrado Brando es simplemente antipático, por decir lo menos; su Cantelmo es anacrónico; su effrena es insaciable de auto adoración. Y en fin, el ideal de la Laus Vitae es inaccesible de sublimidad,

128

de una especial sublimidad que consistiría, como dijimos, en abolir todo lo que hay, en nosotros y fuera de nosotros, de **humano, demasiado** humano, para llegar a no se qué fabulosa felicidad de centauro, inconsciente del bien y del mal, inmémoro de los conflictos entre lo ideal y lo real, en comunión con la naturaleza primigenia. Más humanos, más actuales, a lo menos, por su tristeza sensual. por su clarividencia amarga, fueron los ahora sobrepasados héroes de la Rosa. Pero aún ellos, acérrimos estetas, gustaron de encruelecer sus placeres. De modo que toda la obra dannunziana palpita de crueldad, de lujuria y orgullo ferales. No es extraño que rehuya los rincones de intimidad, de dulzura que se olvida, de bondad que se ignora. La nostalgia de hogar, el amor a la madre y a las hermanas ausentes son acaso la sola voz conmovida que se le oye; y todavía, siente más vivamente la ausencia de ellas que su presencia. todos los amantes dannunzianos aman asimismo de un solo amor, sensual y trágico, pero es un hecho que hay otras manera de amar menos crueles y de sufrir menos emponzoñadas. En cuanto al dolor ajeno, al vasto sufrimiento humano, ni está en el fondo de sus concepciones, ni le arranca en casos particulares a su egoísmo. Sin duda por no haber mirado la vida sino a través el prisma estético y estudiádola sólo en los libros, su sensibilidad carece del don de comprender y compartir. Se dirían que todo su genio no puede suplir la simple virtud de la simpatía. Sus criaturas de bondad y de abnegación, del dulzura doliente y casta, o de sacrificio ardiente, son por demás bellas e ideales para ser otra cosa que admirables ficciones poéticas creadas de una pieza por necesidades de contraste con la vida voraz que las rodea. Son la Imagen que sus héroes sensuales idealizan cuando más ansiosamente revuelven las heces de la saciedad.

Su furibunda y casi religiosa exaltación de la naturaleza pánica nos parece también justificable como un exceso de lirismo, pero falsa o verdadera a medias, como concepción del hombre en el universo. La comunión dionisíaca con el torrente de fuerzas cósmicas es un sentimiento imaginario. La aptitud a imaginarlo tan vívidamente no es sino la potencia de crear un estado de ánimo, que nos parece desde luego asaz confuso y vago y no respondiente a una relación íntima entre la conciencia de la personalidad y la mutabilidad universal. Dos mil quinientos años nos separan de los griegos antesocrá

ticos y mucha agua ha pasado bajo los puentes desde entonces. Y como cree Nietzsche que un griego de la grande época no hubiera comprendido la mentalidad de un hombre de ciencia moderno,- todo él cabeza como el Je sais tout del frotispicio de la revista homónima, -así nosotros no podemos penetrarnos de la profundidad de aquel sentir.

El hombre natural, vuelto a su naturaleza primigenia, tiene apenas sentido para nosotros. El hombre no es un absoluto: es un producto: el hombre primitivo fue el producto de los bosques, como el de hoy es un producto de siglos de evoluciones, en quien es casi imposible discernir las adquisiciones de la civilización, ya congénitas, y el fondo primario. No puede pues eliminar de su naturaleza la historia, ni realizar su visión retrospectiva de la Grecia esquilinea. Pero esta discusión de posibles sería yana si no absurda. Ni creo que un retorno al pasado esté en las mientes de d'Annunzio. Peregrino del pasado en el viaje a la Hélade, el poeta fue el hombre moderno en la Sixtina, el punto, para mí, culminante del poema. Y si luego en el Desierto conviértese en una especie de centauro para glorificar la vida natural, allí espera también el anuncio del superhombre inminente el mensaje del futuro, y dice: "el día y la llama de toda libertad está cerca". Y no es de creer que ésta conquista en quitar de por medio todo lo que nos separa de la naturaleza y de la Grecia...

Habituados estamos a considerar al hombre en el universo como un imperio en un imperio, y más altamente, en la región de la verdad pura, como creador de las apariencias y única realidad. No deja, pues, de hacernos violencia esta exaltación de la naturaleza en olvido o en detrimento de las conquistas del hombre sobre ella, contra ella.

Con todo, d'Annunzio se halla aún lejos del sentimiento espasmódico, hiperestésico con que la sensibilidad de la condesa de Noailles, por ejemplo, gira delirante y arrebatada, en un imaginario vértigo pantésita. Mas humana, más profunda, más patética me parece la concepción romántica de Vigny que magnífica la soledad del hombre en el seno de la naturaleza, extranjera, ajena, hostil. Ne me laissez jamais seul avcc la Nature...

*

**

Tales son las tendencias esenciales, el espíritu de la obra dannunziana, toda ella un ardiente ditirambo a la Vida, a la vida instintiva y libre, a la vida en fuerza y en belleza. Según él, los que no pueden vivirla peligrosamente ni estéticamente, son esclavos de nacimiento, son la plebe vil. Como Nietzsche, escinde la humanidad en dos campos: patronos y esclavos, señores y siervos; rebaño y conductores o explotadores del rebaño. De un lado, artistas neronianos y hombres feroces de acción; de otro, la gran Bestia que tiene de ser domada, que debe ser sumisa, la recua de bestias enfermas y tardas que apenas pueden llevar sobre los flacos lomos la carga material de la civilización, el suntuoso equipaje de lujo con que el superhombre viaja hacia la tierra lejana... Llegados a este punto, naturalmente, inevitablemente brota a los labios la observación que uno repite de un extremo al otro en la lectura de Nietzsche: Es justo, de justicia natural, que los superhombres se arroguen toda clase de privilegios y que los esclavos lleven el peso secular de la civilizaciones: que a los unos incumba una moral contraria, una moral inmoral con respecto a la muy severa y limitada que ellos imponen a los dominados a fin de mantenerles en su esfera servil. Pero ¿quién los califica? A qué signo previo se les reconoce? ¿y los que no son déspotas ni esclavos, los verdaderos hombres libres? ¿No son éstos los mejores, acaso no son el verdadero sostén de la cultura, del vastísimo edificio del cual el genio es sólo la cúpula y cimientos son las turbas ignaras? Y si como clase forman la más útil, como individuos son de natural armoniosos, concordantes, antifrenéticos. ¿Qué hacéis pues, de ellos, señores o esclavos? No tienen ni el gusto, en suma bárbarico, ni tal vez la aptitud, en suma primitiva, de hacer los déspotas; y son demasiado conscientes de su independencia para sacrificar de ella un átomo en provecho del que se afirma señor. Ninguna de las dos morales les es aplicable. Se harán una a su medida, no abstracta y axiomática, sino adaptable al infinito varias de los individuos y de los casos. D'Annunzio no los toma en cuenta. Y quiere y exige que el mundo sea de Stelio Effrena y de Corrado Brando, con exclusión de toda otra voluntad diversa. Así la vida se reduce a una visión de esteta neroniano, y el mundo de la acción al agitarse casi sonámbulo de frenéticos explotadores, a una megalomanía imperialista.

Por demás está decir que rechazar el espíritu dannunziano no significa desechar su obra. La aceptamos íntegramente, con sus cualidades y defectos reveladores por igual de una potencia extraordinaria: aún sus defectos tienen un aire de grandeza y son, como su fuerza, impetuosos y excesivos. Muchas cosas son buenas de aprender en su arte; pero la influencia de su espíritu sería desastrosa. Su personalidad extrapotente aniquilaría la de sus imitadores. Me pesa confesar mi ignorancia acerca de la extensión del dannunzianismo en Italia, cuestión interesante que completaría mi estudio. Los hispano-americanos conocemos más de cerca al colombiano Vargas Vila, contagiado de megalomanía dannunziana. El la imagen de d'Annunzio deformada en un espejo curvo. La importancia de d'Annunzio es mundial. Presentado en Francia por M. De Vogué, pronto fue conocido mediante la excelente traducción de todas sus novelas y de cuatro de sus dramas, hecha por M. Herelle. En un artículo de la Revue des **Deux Mondes**, (15 de enero de 1895), M de Vogué saludaba en la obra del poeta un presagio venturoso del Renacimiento latino. Ahora su fama decrece sensiblemente. Sus libros son todavía leídos, pero no comentados. Ni creo que fuera del elogio del ilustre académico haya sido objeto de un estudio detenido. Como poeta se le ignora completamente, por falta de traducción. Las citas tomadas por Madame Dornis, sin selección ni método, de las poesías anteriores a los **Luadi**, en un artículo que no es más insignificante porque no es más largo, no revelan nada del original. Pero bastó a su gloria la temprana consagración en la revista canonizante. Lástima es que ese inteligentísimo análisis no comprenda sino las tres novelas de la Rosa, en razón de la época en que fue publicado. A pesar de su brevedad, ese juicio sobre las primeras obras del italiano pronunciado con entusiasmo por el introductor de los rusos en la Europa occidental, es de los más significativo; y, como todo lo que ese gentilhomme escribe, elegante, sólido, generoso. El libelo del italiano Marinetti, *Les Dieux s'en vont*, d'Annunzio reste, talvez sea buena muestra de la manera como parece que le juzgan sus compatriotas: se diría que le ven demasiado cerca. Y no quieren separar el hombre del artista, prefiriendo, por tanto, las anécdotas pacantes a la crítica imparcial. De ahí se colige que d'Annunzio hallará resistencias a su ambición de ser reconocido en toda su impor

tancia de parte de un público mal aclarado acerca de su obra por periodistas y revisteros de actualidades.

Pero vimos que Gabriel d'Annunzio no ha dejado a otros el cuidado de hacer el elogio de su obra, de su persona, de su vida inimitable. La ha magnificado el **II** Fuoco. Y ha sublimado su espíritu en la Laus. Tan legítimo orgullo no podía contentarse con la gloria y el placer reales, vividos de veras: por eso se desmesura en vastísimos sueños de dominación. Su megalomanía agiganta cuanto cae bajo la reverberación de su fantasía solar. Acciones ordinarias y cosas normales, o vagos fantasmas y sombras toman así proporciones quiméricas. La común perspectiva se cambia en alucinante autosugestión.

Es natural que un lector irónico no desarme ni se rinda ante tan fragosa imposición: por el contrario ha de aguzar el espíritu de contradicción y ha de acabar por reventar a alfilerazos el globo inflado de caliginosos vapores.- Despejada la atmósfera de solemnidad, no se ve, al fondo, sino un frenesí que ahinca y jadea por transfigurado todo a imagen del propio orgullo. Mas no todo se presta a ello: de ahí la desproporción entre la forma y el contenido, la vacuidad sonora.

Fácil juego del ironistas. Nada más sencillo que trocar en ridículo aquello que pudiera se sublime. Nada más infecundo. En todo caso quedaría probado que para elevarse a tal altura irrespirable de orgullo se han menester de potentes alas y amplios pulmones. El lector vanidoso pero débil, después de sentirse vagamente humillado frente a la exorbitante imposición de Corrado Brando, por ejemplo, acabará por sentirse anonadado por el colosal orgullo del Prólogo. Reaccionará penosamente, y mal humorado, echará el libro y toda la obra y el autor a mala parte. Pero el lector sereno distinguirá. Con todo, aún éste, a fuerza de respirar aquella atmósfera artificialmente cargada de tragedia y electrizada de relampagueante lirismo, a fuerza de sentir los nervios tendidos incesantemente por el frenesí del poeta, acabará por pedir tregua y solaz, e irá en busca de quien le responde y refresque: una página de Anatole France le sabrá a delicias; y aun preferirá los poetas menores: se hundirá con deleite en la gracia muelle de un libro de Gerard d'l-louville, un poco lánguida pero tan tierna, o de cualquier otro poeta que sepa sonreír, enternecerse, ¿y por qué no, llorar?; que sea, sobre todo, menos frenético. Y también menos monótono.

Así, pues si en sus poesías, no hay “el verso que exalta y que consuela”; si en sus novelas prepondera demasiado un solo personaje y éste es de los llamados vulgarmente “sin corazón”; si sus dramas carecen de movimiento pasional y de emoción, tal vez no sea temerario concluir que falta a su arte maravilloso un importante elemento de humanidad.

Pero es injusto desestimar a un poeta precisamente por que no es una cosa, cuando aquello que es de verdad basta largamente a compensar sus deficiencias.

Podría pues tentarnos al decir, para abreviar el resumen, que su obra es rica de belleza y pobre de espíritu; pero esta simplificación nos parecería, al instante mismo de formularla, demasiado simple para no ser falsa. Y sería falsa, groseramente. De su obra desborda un espíritu jubilarte, trágico insaciable, acerbo, infatigablemente vivo. Lo que deberíamos observar es que este espíritu, si se impone mientras le leemos, lo eliminamos de nosotros fácilmente, o se desvanece de suyo, al volver a la vida en la cual nuestra voluntad engrana con tantas otras. No se insinúa, discreto y persuasivo. Carece de virtud dinámica, de potencialidad indefinida. Su obra es estática, inmóvil, perfecta. Tiene más de la escultura, como hemos dicho, que de la música, a pesar de la musicalidad del estilo: en la música cada cual oye su propia voz, transfigurada; pero en lo que dicen estos libros es imposible oír otra voz que la de Gabriel d’Annunzio. Por eso vamos a la obra de d’Annunzio como se va a un museo: las obras maestras allí abundan; ¿mas quién no conoce el tedio de los museos? ¡Cómo, al salir, la calle parece un río de vida, pululante de innumerables posibilidades, más misteriosa, más patética, inagotable!

No es tiempo todavía de formular acerca d espíritu y la obra de d’Annunzio un juicio definitivo. Pero desde ahora los caracteres de su arte aparecen tan claros, tan netamente delineados, que grande novedad, tan netamente delineados, que grande novedad será para nosotros una interpretación discrepante en lo fundamental de la que acabamos de ensayar.

A los 20 años le vimos ya formado. No hizo en seguida sino desarrollar, ya paralela, ya alternativa, ya simultáneamente sus diversas pero concordantes tendencias. Cultivó a un tiempo el realismo y la lírica. aferró potentemente la realidad o la vaporizó en poesía. Y fue el peno

do de fiebre sensual, de demencia afrodisiaca. Para salir de ese dédalo de ambages, en el cual, como en la selva dantesca, la **diritta via era smaritta**, tentó una falsa vía, la primera que le señalaron entonces extranjeros guías. Pero luego advirtió que si ella le sacaba del laberinto, le dejaba en la estepa solitaria y estéril. Y volvió a la vida tumultosa, con una más clara conciencia de sus necesidades, y en vez de claudicar en el arrepentimiento evangélico, exaltó su propio pecado, extrajo de él todo el veneno mortal. De suerte que si mató a Aurispa, al autor le regeneró. Y así pudo encararse con la Enemiga, y exaltando su voluntad de dominio llegar al canto de triunfo.

Su evolución describe una curva airosa, algo semejante a la de Danés. Pero es menos interesante como problema de psicología y se explica por sí misma, sin necesidad de recurrir a las ideologías elegantes, enrevesadas y profundas del culte du moi. Le hemos seguido de **Primo Vere a La Nave: le** hemos visto primeramente formar su personalidad, afirmarla luego frente a la vida contemporánea, delimitándola en un individuo hedonista y fortificándola con un desmesurado orgullo egocéntrico; abrirla, en fin, al sentimiento de la patria y ensanchar el campo de su arte haciendo palpitar en ella el alma nacional. Y como siguiendo el curso de un río se ve crecer su caudal con el de los afluentes, acrecimiento que se distingue mejor en el punto de confluencia que no cuando las corrientes van ya mezcladas, hemos discernido a lo largo de la obra las influencias varias que han enriquecido este espíritu, en el momento de su interpretación. Ahora aspira a ser el Poeta Nacional, el poeta mesiánico, el anunciador de las voluntades del futuro, el poeta total. Reclama la sucesión de Carducci. Dijo:

**La fiaccola che viva Ei mi commette
'agiteró su le piú aspre vefte.**

¿Es tal ambición un producto legítimo de su evolución o un capricho de su orgullo despótico? ¿Es su nueva inspiración sincera?, ¿es antigua o reciente? Ha brotado de lo íntimo o al choque de motivos externos? Ya hemos respondido a todo ello. ¿Llegará a ser consagrado en su rol de augur y de bardo? El co-
135

mité romano para las fiestas de 1911 le ha pedido, a raíz del triunfo de La Nave, una trilogía nacional que será representada en Roma, en el circo Maxencio, según dice un periódico, a la manera de las representaciones al aire libres restauradas en Francia, en el teatro antiguo de Orange y otros théâtres de la Nature. Hasta aquí parece de carecer de sentido social. Mas ¿quién puede decir? ¿adónde le llevará su evolución? En plena virilidad aún llegado a un paroxismo de actividad, -(los periódicos anuncian que acaba de componer una tragedia, “Fedra”, en 17 días)- ¿qué sorpresa magnífica nos reserva, siguiendo su propósito fijo de renovarse o morir?.

La lealtad del intérprete de un obra para con el autor consiste naturalmente en no desfigurarla por el empeño de reducirla a los límites de un juicio preconcebido, en desentrañar la intención esencial, mostrar en su pureza la concepción creadora y luego la medida y forma en que aparece realizada. La fecundidad del crítico consiste a su vez en multiplicar los puntos de vista en torno a la obra así expuesta. No creemos haber faltado a la primera y hemos procurado llenar la segunda de estas condiciones elementales. Si la imagen de d’Annunzio que en la mente del lector ha debido de ir formándose a la lectura no es, al llegar a este punto, del lodo borrosa, incompleta e incoherente, ya puede él mismo concluir. Que si nos pregunta cuál es, a nuestro sentir la impresión final dejada por estos treinta y tantos volúmenes, podríamos responder como Hamlet a la indiscreción de Polonio: -What are you reading, iny lord? —Words, words, words...

Pero no tenemos derecho de mostrarnos insatisfechos por no haber hallado aquello que no debíamos buscar. No tenemos derecho de exigir aquello que no se nos da. Talvez el lector nos reproche el no sentar explícitamente una opinión formal acerca de la moral dannunziana, cuando toda la obra versa precisamente sobre materias tenidas por inmorales, cuando la búsqueda del placer, -así sea éste un placer nobilitado por su propia belleza o por el arte que le adorna y sazona.- aparece aquí como móvil único a la actividad del hombre... En primer lugar la calificación de moral o inmoral no tiene razón de ser dentro del dominio artístico. El solo cuidado que incumbe a la crítica literaria es el de examinar la calidad estética de la obra, sus medios de expresión. Si éstos son adecuados y suficientes y si aquella

es de valor, la obra es buena, es decir, bella más o menos. ¡Es defectuosa en caso contrario. Forma y fondo se miden y se sondan con otras medidas que las morales.

En segundo lugar; los personajes dannunzianos son esencialmente amorales: tanto lo son que ni siquiera profesan el amoralismo: la cuestión moral les es más indiferente, inexistente. Ni la sospechan. con excepción de Tulio Ilermil.

Por lo demás, omnia mundus niundi. Los que hallan en el arte una excitación inmoral son aquellos que la buscan por donde quiera, aturdidos por la propia lascivia, y se solazan en verla analizada; o son hipócritas azoradas de no poder llegar a igual señorío de sí mismos en la confesión de sus instintos.- Los que reducen la moral al sexto mandamiento dirán sin duda que estos libros son inmorales. Pero en verdad nadie puede considerarse de buena fe a d'Annunzio como apologista de la pasión carnal: lo que ha pintado es la lucha tormentosa de la sensualidad consigo mismo y con las tenaces aspiraciones ideales.

No se le puede acusar de cinismo, menos aun la salacidad y todavía menos de vulgar complacencia. Porque un inextinguible arder de espiritualidad sublima en su obra la tragedia sexual; y si no purifica de toda miseria a sus personajes es porque sobre ellos y sus rebeldías pesa, como pesa en la vida real, la fatalidad de la carne. Aunque vencida, la espiritualidad transparente. Traspone en forma de tristeza, de inquietud, de ansiedad, en espera de una imposible liberación. Mientras languidecen en el torpor sensual, mientras se asfixian en el cerco de angustia de dos brazos enlazantes, no olvidan la Imagen pura y tienden siempre a libertarse de la esclavitud carnal. No por razones de moralidad ni por motivos exteriores, sociales u otros, sino por preservar lo que hay de más noble o más viril en ellos. Sucumben siempre, es cierto: pero reconociendo en la hembra el placer a la Enemiga inmemorial, a la inconsciente destructura de energías. No se postran a sus pies como delante a un ídolo. Aun en el diletante Sperelli,- cuando los caprichos galantes le llevaban en su juego perverso, engañándole con sus propios engaños hasta hacerle caer bajo las garras de la verdadera pasión,- vimos mezclarse al amor no se qué odio incoercible: y el denso limo de sensualidad, rebotado por los celos de Hermil es aun mas ponzoñoso y acre en L'Innocente: y el fatalismo sensual llega al atroz dilema cuya sola solución fue el Triunfo de la muerte sobre los amantes.

Todos estos amantes dannunzianos desdoblan, pudiéramos decir, su personalidad: son ellos y el enemigo que ha entrado en posesión de ellos y del cual aspiran a libertarse. Si no lo logran es porque son flacos de voluntad operante y porque se hallan abandonados por todos los auxilios que el hombre encuentra, de ordinario, alrededor suyo para ese combate, cuando no ha perdido como ellos todo contacto con la otra vida: la del pensamiento actuante, o de la acción pura y simple. el deber. las obligaciones, las voluntades ajenas. No en vano vemos, pues, en su obra, la pasión sensual conducir a sus héroes del placer a la desesperación infecunda, al crimen inútil o a la muerte violenta. Y si nunca las pasiones de amor dejaron de revistir a sus ojos un carácter eminentemente trágico,- lo cual contendría por sí solo una enseñanza todo lo contrario de inmoral,- tampoco puede acusársele de la inmoralidad hipócrita de haber predicado como deseables y recomendables o inofensivas las prudencias del epicúreo que busca el placer con cautela y se esquivo al amor y no cae jamás en exceso.

El proclama la libertad del hombre sólo después de hacerle sacudir la tiranía del sexo: en la Laus; o antes de haberle visto profundamente inmerso en las tristezas de la voluptuosidad: en el **Canto** Novo. Entre estos dos puntos extremos de su curva evolutiva, él ha examinado la esclavitud como tal. Bien es cierto que es a veces, por confusión de ideas más o menos visiblemente conexas, ha creído a algunos de sus héroes llegados al heroísmo cuando aún no hacían sino exasperar en sadismo guerrero o en solitario orgullo impotente una lujuria rebelde a todo deber e imposible de contener. Por que d'Annunzio apologista de la fuerza mezcla implícitamente al heroísmo una infatigable sensualidad: de modo, que sus héroes nada tienen de cristiano: van a la acción a través del exceso sensual. No reniega la carne, “que es la madre del hombre y es la hija”; no proscribire la sensualidad. La liberta del deseo esclavizante y exclusivo, la ensancha,- (no ya a todas las mujeres, ni a la mujer en todos como en “Pamphila”,) — sino al goce de una vida plena y potente en la libertad.

No es pues extraño que llegado el héroe dannunziano,- esta vez si. de veras.- a la íntegra posesión de sí mismo, no sucumba más a excesos que fueron efecto de una crisis demasiado violenta; y que, si se

plugo en pervertirla y complicarla de mil resabios, ya no se complazca ahora e las mismas tristes vicisitudes. Declaremos, sin embargo, que aquel especial idealismo dannunziano no tiene valor en sí, por que nace y obra en función del sensualismo. No es sino una reacción, más o menos sincera, de excesos sensuales. De tal suerte que son estas caídas al abismo las que levantan en su instinto de conservación ese aletear ansioso pero desorientado.

*

**

Podemos decir de su obra lo que el poeta dice de Hipólita: “Ella es estéril. Su vientre ha sido tocado de maldición. Todo germen parece en él como en una hornaza ardiente. Ella engaña y desengaña en mí, de continuo, el más profundo instinto de la vida”. Pero su obra, como “Hipólita, puede responder, segura del poder fatal de su belleza:

“¿Qué puede contra mí tu perspicacia? Yo soy la Invicta. Soy más fuerte que tu pensamiento. El olor de mi piel puede disolver en ti un mundo”.

Porque, en verdad, este poeta de la alegría instila sutilmente el tósigo de su sensual tristeza, que exacerba la fiebre de nuestra sangre juvenil.

INDICE

	Pags.
INTRODUCCIÓN de Galo René rez.	5
De: "Montalvo", Edit. Garnier, París, 1937	11
De: "Literatura Patria-HITOS- Juan Bautista	
De Aguirre" (Fragmentos) Edit. Ministerio de	
Educación, Quito, 1960	55
De: "Gonzalo Zaldumbide: en Cuenca" (Fragmento)	
Edit. Artes Gráficas, Quito, 1948	85
De: "Significado de España en América" Edit. Inst.	
De las Españas, New York, 1933	90
De: "José Enrique Rodó" (Fragmento) Edit. Bailly Bailliére	
New York, 1918	103
De: "En elogio de Henri Barbusse" (Fragmento)	
£dit. Roger-Chernoviz, París, 1909	113
De: "La evolución de Gabriel d'Annunzio" (Fragmento)	
Edit. Roger-Chernoviz. París, 1908	123